

CONDICIONES PARA UNA CULTURA POLÍTICA ALTERNATIVA

Joaquim Sempere • Luis Enrique Alonso • Carlos Jesús Fernández •

Javier Zamora • Ricardo Gordo • Daniela Osorio-Cabrera •

Daniel Albarracín • Monica Di Donato



EXPERIENCIAS

Del periodismo internacional
al consumo crítico
Laura Villadiego

PAPÉLES

Director Santiago Álvarez Cantalapiedra

Redacción Nuria del Viso

Consejo de redacción

Luis Enrique Alonso (Universidad Autónoma de Madrid)
Joan Benach (Universitat Pompeu Fabra)
Beatriz Felipe (CEDAT, Universidad Rovira i Virgili)
Jordi Mir (Universitat Pompeu Fabra)
José Manuel Naredo (Cuerpo Superior de Estadísticos del Estado)
Carmen Madorrán (Universidad Autónoma de Madrid)
Tica Font (Centre Delàs)
Jesús Ramos (ICTA-Universidad Autónoma de Barcelona)
Carolina Yacamán (Universidad Autónoma de Madrid)

Comité asesor

Daniele Archibugi (Universidad de Londres)
Tanja Bastia (Universidad de Manchester)
Nick Buxton (Transnational Institute)
Pedro Ibarra (Universidad del País Vasco)
Isabell Kempf (Oficina del Alto Comisionado para los Derechos Humanos)
Bichara Khader (Universidad de Lovaina)
Maxine Molyneux (Universidad de Londres)

PAPELES de relaciones ecosociales y cambio global es una revista trimestral publicada desde 1985 por FUHEM. Con una mirada transdisciplinar, la revista aborda temas relacionados con la sostenibilidad, la cohesión social y la democracia, con la paz como eje transversal del análisis.

La revista está recogida sistemáticamente por las bases de datos: LATINDEX, DIALNET, DICE, ISOC-Ciencias Sociales y Humanidades, RESH, ARCE



© FUHEM. Todos los derechos reservados
FUHEM Ecosocial
Avda. de Portugal 79 posterior, 28011 Madrid
Teléf.: (+34) 91 431 02 80
fuhem@fuhem.es
www.revistapapeles.es

I.S.S.N. 1888-0576

Depósito legal M-30281-1993

© de las ilustraciones: Javier Muñoz, Mariela Botempi, Jon G. Balenciaga

Imagen de portada: "Condiciones para una cultura política alternativa", Javier Muñoz

Esta revista es miembro de ARCE



Esta revista recibió una ayuda a la edición del Ministerio de Cultura y Deporte.

Para solicitar autorización para la reproducción de artículos publicados, escribir a FUHEM Ecosocial.

Las opiniones de los artículos publicados no reflejan necesariamente las de FUHEM Ecosocial y son responsabilidad de los autores.

Impreso en papel ecológico como parte de la política de buenas prácticas en materia de sostenibilidad de FUHEM.

Sumario

INTRODUCCIÓN

Por una cultura política alternativa SANTIAGO ÁLVAREZ CANTALAPIEDRA	5
---	---

A FONDO

¿Qué hacer? Reflexiones para la izquierda hoy JOAQUIM SEMPLERE	11
La empresarialización de la vida y la crisis de lo social LUIS ENRIQUE ALONSO Y CARLOS JESÚS FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ	19
¿Condenados a una esfera pública espectacularizada? La política de los mercados de la atención JAVIER ZAMORA GARCÍA	41
Alfabetizar mediáticamente en un mundo mediatizado RICARDO GORDO MUSKUS	53
Por una política de los afectos en la economía social y solidaria DANIELA OSORIO-CABRERA	63
El consumo en un metabolismo sociedad-sistema Tierra sostenible: una perspectiva alternativa DANIEL ALBARRACÍN SÁNCHEZ	75
Entrevista a Alberto Fraguas y José Manuel Naredo sobre la Alianza de movimientos sociales Más allá del crecimiento MONICA DI DONATO	89

EXPERIENCIAS

La PAH: Resistencia y esperanza frente a la crisis de la vivienda PLATAFORMA DE AFECTADOS POR LA HIPOTECA (PAH)	97
Del periodismo internacional al consumo crítico LAURA VILLADIEGO	109

ENSAYO

Yo, en Gaia; la ley moral, en mí RAÚL GARROBO ROBLES	117
--	-----

REFERENTES

E.P. Thompson y las identidades como clausura XAVIER DOMÈNECH SAMPERE	131
Escribiendo a la luz de las velas EDWARD P. THOMPSON	136

LECTURAS

Foundations of social ecological economics. The Fight for Revolutionary Change in Economic Thought , Clive L. Spash. PEDRO L. LOMAS	139
Sorting machines. The reinvention of the border in the 21st Century , Steffen Mau CLAUDIA SÁNCHEZ VIDAL	142
La creación de riqueza y pobreza. Neoliberalismo y desigualdad , Hassan Bougirne CARLOS SUSÍAS RODADO	146
Notas de lectura	150

RESÚMENES

155

Por una cultura política alternativa

SANTIAGO ÁLVAREZ CANTALAPIEDRA

Vivimos tiempos inciertos marcados por cambios acelerados y transformaciones profundas. El fin del orden neoliberal ha abierto un escenario plagado de contradicciones que impregna de miedo e inseguridad a la sociedad. La capacidad de respuesta de la ciudadanía se encuentra lastrada por la desorientación y la impotencia y, particularmente, por la ausencia de una práctica cultural alternativa capaz de aliviar las tribulaciones y liberar la imaginación política.

El miedo es como una masa viscosa que se adhiere y expande por el cuerpo social. Resulta difícil desprenderse de ella cuando lo inunda todo. No es un pánico infundado. El malestar y el sufrimiento social lo alimentan. Las desigualdades, la precariedad, el ascensor social averiado, la falta de esperanza en el futuro por el aumento de las amenazas asociadas a las guerras o a la profundización de la crisis ecológica constituyen el sustrato en que arraiga una parte importante de nuestro miedo. Se espera el golpe, aunque no se sepa muy bien por donde vendrá. Puede llegar de manera repentina en forma de pandemia, guerra, DANA, megaincendio asolador o simple desahucio, o de manera gradual y casi imperceptible al erosionar las bases de la prosperidad y convivencia democrática que dábamos por ciertas y bien asentadas.

Esta sensación difusa pero muy presente de incertidumbre e inseguridad, de estar a merced de no saber qué, da alas a los mercaderes del recelo. Quienes intercambian odio por miedo, aquellos que ofrecen sucedáneos de seguridad individualizada, logran mayor aceptación que la que consiguen las propuestas de las izquierdas, cuando estas últimas, sobre el papel, deberían de estar en condiciones de poder canalizar mejor el malestar y la indignación al haber defendido históricamente la necesidad de mecanismos de protección social. ¿Qué ha cambiado, en qué marco cultural nos movemos hoy, para que eso pueda ser así?

El capitalismo ha cambiado

El creciente protagonismo económico y político de las grandes empresas tecnológicas y financieras está transformando el capitalismo contemporáneo y con ello también se está alterando la estructura social, así como los efectos de los discursos asociados a los cambios en esas estructuras.

Estos cambios representan una oportunidad perdida, otra más, para encarar las amenazas que se derivan de esa crisis ecosocial de amplio alcance (pues presenta vertientes tanto ecológicas como sociales y políticas) que atravesamos en la actualidad. Las contradicciones lejos de atenuarse se profundizan cada día que pasa. La primera, y más fundamental, es que la economía capitalista socava las condiciones sociales y naturales sobre las que está asentada.¹ No es un problema interno del capitalismo, es una contradicción entre la economía y la sociedad, por un lado, y entre la economía y la naturaleza, por otro. Es una crisis que emerge entre esferas o sistemas distintos con dinámicas de reproducción difícilmente compatibles y que conduce a que la continuidad de la existencia social (y de gran parte de la vida no humana) se encuentre amenazada por los imperativos económicos, que básicamente hoy son financieros y tecnológicos al basarse en el predominio de las rentas financieras y en el incremento de la capacidad de apropiación y transformación de la naturaleza. También existe una contradicción entre economía y política o, por ser más precisos, entre capitalismo y democracia, dado que la acumulación capitalista necesita de unos poderes públicos como condición de posibilidad y, sin embargo, ese impulso a la acumulación ilimitada conduce a la larga a desestabilizar y a generar desconfianza sobre esos mismos poderes públicos de los que depende.²

Estos cambios y contradicciones afectan también a la estructura de una sociedad cada vez más fragmentada en la que se han asentado formas de subjetivación que promueven salidas individualistas justificadas en discursos –centrados en la “autorresponsabilidad”, la “eficiencia”, la “excelencia”, la “empresarialización” de uno mismo y la desconfianza en las instituciones– dictados por gurús del *management* y una amplia gama de multimillonarios tecnológicos,³ al tiempo que se

¹ Nancy Fraser, *Capitalismo caníbal*, Siglo XXI editores, Madrid, 2023.

² Nancy Fraser, «La crisis de la democracia. Sobre las contradicciones políticas del capitalismo financiero más allá del politicismo», en Hanna Kettner y Karina Becker (eds.): *¿Qué falla en la democracia? Un debate entre Klaus Dörre, Nancy Fraser, Stephan Lessenich y Hartmut Rosa*, Herder, Barcelona, 2023, pp. 67-93 (también en el capítulo 5 de *Capitalismo caníbal* de esta misma autora).

³ Véase en este mismo número el artículo de Luis Enrique Alonso y Carlos Jesús Fernández Rodríguez, «La empresarialización de la vida y la crisis de lo social», pp. 19-40.

asiste con impavidez al colapso de las bases comunitarias de la sociedad y al desmontaje político de los mecanismos de protección pública.

De este modo, el mayor logro del capitalismo contemporáneo ha sido hacernos creer que se trata simplemente de un sistema económico y no lo que realmente es: un modo de producción cultural que da lugar a un tipo de sujeto que ha declinado la obligación de hacerle frente. Así, en el día de hoy, cautivo y desarmado el sujeto antagonista, las tropas tecnológicas y financieras del capitalismo global han alcanzado sus últimos objetivos dando por terminada la guerra de clases y la posibilidad de cualquier alternativa.

La necesidad de una cultura política radical alternativa

Se hace difícil contar con una cultura política alternativa sin sujetos o agentes del cambio que la promuevan. Pensar lo primero conlleva tomar en consideración lo segundo y viceversa. Sin embargo, la cuestión crucial en el pensamiento político de quienes son los agentes de cambio que pueden alumbrar una alternativa está abierta desde hace tiempo, al menos desde el momento en que empezó a ser cuestionado el papel de partera de la historia que se había atribuido tradicionalmente a la clase obrera.

Manuel Sacristán dejó planteadas algunas consideraciones al respecto de los sujetos de la revolución ecológico-social hace más de cuarenta años. En este nuevo año en el que se celebra el centenario de su nacimiento, no está de más recordarlas.⁴ Según Sacristán –pensando en el papel que podrían desempeñar los intelectuales en un sentido amplio (profesorado universitario, científicos y cuadros técnicos en sociedades cada vez más posindustriales)– parece poco probable que puedan perfilarse como agentes de cambio aquellos grupos que, además de minoritarios, son claros beneficiarios de la situación existente. Por tanto, habría que seguir pensando, como siempre se hizo, en términos de mayorías sociales que sufren algún tipo de explotación y dominación o sobre las que se ciernen amenazas inminentes ante las que ya no cabe compensación alguna.

Pero añade Sacristán una segunda consideración de mayor relevancia si cabe. Resulta improbable que pueda acontecer algún cambio social significativo sin el

⁴ Véase: «Una conversación con Wolfgang Harich y Manuel Sacristán», publicada en el año 1979 en la revista *Mientras Tanto*, nº 8, pp. 33-55 y recopilada en el libro de Salvador López Arnal y Pere de la Fuente: *Acerca de Manuel Sacristán*, Ediciones Destino, Barcelona, 1996, pp. 131-152.

concurso de quienes aguantan la subsistencia de la sociedad. Y aquí hay que tener en cuenta que la inmensa mayoría de quienes desempeñan las actividades esenciales que aguantan la existencia social o bien las desarrollan fuera del mercado, cuando desempeñan su trabajo bajo relaciones mercantiles, reciben la peor valoración y la menor remuneración, y en general se encuentran sometidas a condiciones de fuerte precarización y atravesadas por relaciones de dominación y explotación coloniales, de género y clase social.

Esta consideración nos obliga de nuevo a tener presente la principal contradicción que hemos enunciado al principio: la derivada de un capitalismo caníbal que devora las bases sociales y naturales de las que depende. Esta contradicción no anula ni desplaza otras contradicciones internas que desestabilizan al capitalismo con crisis recurrentes, pero exige ahora poner la atención tanto en sus componentes internos como, sobre todo y especialmente, en la interacción con las condiciones primordiales –externas al propio sistema económico– que posibilitan la reproducción de la existencia civilizada de una sociedad; asimismo, nos muestra que en esas fronteras entre el sistema económico y la esfera social reproductiva y los sistemas naturales es donde en mayor medida se están manifestando hoy los conflictos más apremiantes (por el derecho a una vivienda y un trabajo dignos, por la asistencia sociosanitaria, por una justicia alimentaria sostenible, por el reconocimiento de los derechos de las personas inmigrantes, las luchas feministas por la corresponsabilidad en los cuidados, las acciones ecologistas en favor de los comunes del agua, la calidad del aire, la tierra o la defensa de la biodiversidad). De lo que se desprende que no será alternativa aquella cultura política que no ponga en el centro la protección de las personas y el cuidado de la naturaleza no humana. Una idea de cuidado y protección que debe interpretarse en un sentido amplio y con gran alcance pues invoca actividades que se desarrollan en diferentes ámbitos o esferas bajo condiciones y relaciones muy diferentes. Significa también saber diferenciar el trabajo socialmente necesario de todas aquellas otras actividades que, por muy lucrativas que sean, no aportan ningún valor social o destruyen la naturaleza.

Obstáculos y desafíos

No es fácil promover una cultura política alternativa de este tipo. Se enfrenta a importantes obstáculos materiales y culturales. Entre los primeros, la fuerte fragmen-

tación y precarización que se vive en los ámbitos asalariados ocupados en las tareas más esenciales, la rígida división social, sexual e internacional del trabajo sobre la que se asienta nuestro modo de vida, las dificultades que se ponen a la integración como ciudadanos de pleno derecho a la población inmigrante y un largo etcétera. Entre los segundos, el escaso aprecio por lo público y lo común en beneficio de lo privado e individual, el distanciamiento y cosificación que imprime la mentalidad y el tipo de racionalidad que emana de la modernidad capitalista y la dificultad de plantear un modo nuevo de satisfacer las necesidades humanas más allá de la lógica extractivista y consumista que se desprende de la acumulación sin término que impone el capital.

Tal vez esta última sea la principal dificultad con la que nos encontramos. Plantear una crítica radical al actual modo de vida imperante y buscar alternativas de vida que no sean consumistas ni destructoras de la naturaleza es algo extraordinariamente difícil de alcanzar en el contexto sociocultural actual. En nada ayuda el actual despliegue de las tecnologías de la información en manos de magnates tecnológicos, un puñado de ricos que controlan medios de comunicación y redes sociales en connivencia con los poderes financieros de este planeta. Este creciente protagonismo económico y político de las grandes empresas tecnológicas y financieras está “desdemocratizando” las democracias liberales y generando una tormenta perfecta que arrasa la relación de la ciudadanía con la información y la verdad. Convendría no olvidar el papel decisivo que tuvieron en su día otros inventos tecnológicos a la hora de establecer nuevas formas de hacer política. Hitler fue quien usó por primera vez en sus mítines potentes sistemas de megafonía, convirtiéndolos en actos públicos de masas. Fue también, junto a Mussolini, el primero en aprovechar los nacientes avances de la aeronáutica para multiplicar los actos en los que participaba. Hoy, en un contexto de máxima incertidumbre y miedo, las redes sociales –convertidas en un actor político con agenda propia– siembran la sospecha e inundan con bulos y relatos alternativos cualquier espacio de conversación pública. La lógica de las plataformas digitales y redes sociales, centradas en la batalla de la atención, ha reducido la práctica política a un carrusel de guerras culturales al que todo el mundo quiere subirse, también quienes andan en busca de alternativas. Pero eso significa entrar en un terreno con las reglas marcadas y con escasas posibilidades de éxito.

Tal vez, en medio de esta atmósfera “infoxicada”, ensimismada en la última polémica divisiva y polarizadora, haya que buscar otros caminos y otras prácticas para

construir una cultura política alternativa. Y como no se trata de descubrir mediterráneos, quizás convendría volver a dedicar más tiempo a las viejas maneras de socialización y formas de subjetivación política con las que el movimiento obrero y sindical, ecologista, feminista y pacifista consiguieron entrar en escena. La presencia, el acompañamiento, la autoorganización con las gentes que aguantan la subsistencia de la sociedad, escuchando y dando voz a quienes no la tienen: mujeres, personas inmigrantes, campesinos y población asalariada de los sectores de cuidados y protección social que viven en la mayor irrelevancia y precariedad vital. Impulsar una cultura popular crítica necesita, para empezar, lograr entender-nos mediante procesos elementales de alfabetización con la población procedente de lugares con otras lenguas y culturas y traducir los lenguajes con los que se expresan situaciones insopportables de opresión para evitar que sean jerga incomprendible para la mayoría. Abrir espacios de encuentro –ateneos, asociaciones, casas del pueblo, parroquias, organizaciones sindicales, centros de cultura popular– que permitan superar los particularismos y las identidades cerradas, desde los que se forje y difunda una cultura de solidaridad y unos valores distintos a los propios de la ideología capitalista. Espacios preocupados tanto de la transformación personal como de la creación de experiencias de vida comunitaria alternativa que no obvien la importancia de la dimensión política. Escuelas cotidianas que nos preparen a encajar los golpes y ayuden a comprender las enseñanzas que deberíamos haber sacado de experiencias como la COVID o la DANA: tal vez, la principal de todas, que no es conveniente volver a la normalidad, que es mejor comenzar de nuevo. Sin estos espacios, sin esos vínculos, atomizados y a la intemperie por muy conectados que estemos, es fácil sentirse desamparados y vulnerables frente a las amenazas y el miedo que nos atenazan.

Es posible que también ayude en esa tarea de construcción de alternativas rebajar el tono de prédica categórica con la que a menudo se trata de convencer a los demás, evitando la ingenuidad de que es suficiente con la constatación científica de unos hechos para suscitar voluntades y promover la acción colectiva. La verdad científica debe dar realismo a lo que se propone, pero la repolitización de los conflictos se consigue con actitudes y gestos de coherencia ética en la práctica política que muestran que la mejor forma de decir es el hacer.

*Santiago Álvarez Cantalapiedra
Director de la revista PAPELES*

¿Qué hacer? Reflexiones para la izquierda hoy

JOAQUIM SEMPLERE¹

La aparición en España de Podemos como producto del 15-M marcó un hito. Un sector de la izquierda –no solo en España– tomaba nota de que la oligarquía dominante llevaba un par de décadas erosionando el consenso interclasista de la postguerra establecido en 1945 y adoptado en la España postfranquista. Las clases trabajadoras y populares ni siquiera habían dado ningún pretexto para que los poderosos rompiéran unilateralmente la baraja. Más bien al contrario: habían aceptado con pocas resistencias las imposiciones neoliberales desde finales de los setenta, los retrocesos en derechos sociales, el aumento del poder del gran capital privado con las desregulaciones, la creciente inequidad fiscal, las privatizaciones, la pérdida de peso de lo público, etc.

La salida de la crisis financiera del 2007 con una intervención pública masiva a favor de la banca privada y la imposición de austeridad a los más pobres se vivió en algunos sectores populares radicalizados como la gota que colma el vaso. En varios países surgieron movimientos de “indignados” que, a la vez que denunciaban esos abusos del gran capital, ponían en cuestión no solo la moderación de las políticas de la socialdemocracia, sino también la subalternidad resignada de quienes se situaban a su izquierda. Irrumpieron en la escena política con una clara voluntad de sacudir el marasmo en el cual la izquierda-a-la-izquierda-de-la-socialdemocracia se había instalado. En España Podemos mostró, con sus primeros éxitos electorales (hasta algo más del 24% de los votos), que una parte nada desdeñable de la población aplaudía ese discurso y apoyaba la voluntad de romper el monopolio del bipartidismo –como expresión del consenso interclasista dominante–, impugnando

¹ Versión actualizada del artículo publicado con el mismo título en la revista digital *Mientras tanto*, núm. 236 (julio de 2024).

incluso la monarquía, y abrir una nueva etapa de pugnacidad popular, resumida en el lema de «asaltar los cielos».

Hoy en día, lo que podríamos convenir en llamar la nueva izquierda se encuentra ante una crisis grave de la cual no saldrá fácilmente si no es capaz de hacer un diagnóstico acertado de la coyuntura sociopolítica y, en lo inmediato, reconstituir su unidad. A mi juicio, en lo que respecta al diagnóstico, no se puede hacer política alternativa o revolucionaria si no se pone la crisis ecológica en el centro mismo de la estrategia. No como “un problema” más, sino como el eje en torno al cual debe girar toda la política. Ni Podemos ni Sumar parecen haberlo comprendido.

Poner la crisis ecológica en el centro no significa ignorar la lucha de clases. Muy al contrario. Pueden preverse luchas enconadas por recursos crecientemente es-

No se puede hacer política alternativa o revolucionaria si no se pone la crisis ecológica en el centro mismo de la estrategia

casos en unas sociedades atravesadas por desigualdades extremas que no cesan de agravarse. El resultado no puede ser otro que el conflicto social, y seguramente en formas inéditas que requerirán imaginación innovadora. Por poner un solo ejemplo: dada la previsible reducción de la riqueza disponible, ¿no es preferible dar prioridad a los au-

mentos de salarios combinados con políticas redistributivas que a esos aumentos a palo seco? Si la riqueza social disminuye y hay que apretarse el cinturón, los primeros en hacerlo han de ser los que más tienen.

¿Cómo se nos presentan hoy los actores en presencia? En un extremo se sitúa el gran capital, que ha acaparado –sobre todo en cuatro decenios de contrarrevolución neoliberal– un poder gigantesco a escala mundial añadiendo a su control de los sectores tradicionales de la economía el control de un conjunto de técnicas y mecanismos, especialmente la financiarización y el sector de la comunicación y la digitalización reforzado por la inteligencia artificial. A esto hay que añadir una mayor división internacional del trabajo hasta extremos que convierten la economía mundial en un sistema interdependiente en el que no se puede mover una ficha en un lugar cualquiera del mundo sin que quede afectado el conjunto; de tal manera que los componentes del sistema (los países, las regiones...) no pueden plantearse iniciativas autónomas sin que automáticamente entre en crisis el conjunto. La lucha política popular se hace así más difícil, porque cada iniciativa local de cambio puede verse ahogada por la rigidez del conjunto. En este contexto, la

lógica del capital –acaparar más y más sectores y acumular, acumular, acumular– adquiere una dinámica imparable y aumenta su peligrosidad ecológica y social en un planeta finito.

Frente a este poder se alza un movimiento alternativo ecologista y/o ecosocialista consciente del peligro existencial del momento y dotado de un proyecto que propone detener y revertir el crecimiento económico y reconstruir la vida social sobre bases nuevas, que se pueden resumir en economía estacionaria de las necesidades y adaptación de las actividades productivas humanas a las condiciones y a los límites medioambientales. Este proyecto va asociado a una transformación radical de los estilos de vida en la línea de la contención y la frugalidad: la austерidad, si se quiere llamar así, pero muy distinta de la impuesta quince años atrás. Ahora bien, este segundo actor es débil, mucho más débil que su enemigo. Quienes hablan de “hegemonía verde” se engañan. Confunden el hecho de que hoy no se puede negar la crisis ecológica –y todo el mundo se declara verde– con la capacidad de influir de verdad en la realidad social, que sigue siendo exclusiva del gran capital, productivista y extractivista. Es el gran capital internacional el que dicta qué se produce, cómo y dónde; el que nos organiza la vida; el que decide qué se puede hacer y qué no se puede hacer. No debe confundirse la lucha por la hegemonía –tarea esencial para todo cambio revolucionario– con el *ejercicio real y efectivo* de la hegemonía.

Entre estos dos actores sociales, el gran capital y el ecologismo social, hay una mayoría de la población en la que se mezclan actitudes y posiciones que van desde la protesta de un sector negacionista, xenófobo, racista, inclinado a fórmulas antidemocráticas y fascizantes, hasta gentes de inclinaciones democráticas, cada vez más sensibilizadas por los asuntos ambientales, pero poco proclives a aceptar soluciones ecosocialistas radicales porque siguen confiando en que los estilos de vida dominantes en el Occidente capitalista podrán mantenerse mediante las reformas oportunas que, con una transición energética a las renovables, permitirán seguir viviendo con facilidades y comodidades parecidas a las que hoy están al alcance de esas “clases medias” que constituyen la mayoría social.

En un panorama sociológico así, es prácticamente imposible construir *a corto plazo* un bloque social con un programa ecosocialista radical, que es lo que necesitamos. Esta masa intermedia puede oscilar hacia la derecha cuando se toman medidas con un componente ecologista que afecta a sus intereses inmediatos, como se ha

visto en Francia con los chalecos amarillos y en varios países europeos con las tractoradas de campesinos hostiles a las prohibiciones de insumos químicos tóxicos en la agricultura. (Claro que se puede argumentar, con razón, que los gobiernos, cuando toman medidas ambientales restrictivas, deben actuar con habilidad,

En el actual panorama sociológico, es prácticamente imposible construir a corto plazo un bloque social con un programa ecosocialista radical, que es lo que necesitamos

diálogo y medidas económicas compensatorias –por ejemplo, con mayor presión fiscal sobre los sectores más contaminantes y energívoros para poder apoyar con subsidios a los sectores esenciales a proteger. El problema se puede gestionar mejor, pero existe y no se puede ignorar.) Dicho de otra manera: el gran capital productivista tiene muchas posibilidades de establecer alianzas, aunque no sean explícitas, con estos sectores intermedios

–o parte de ellos–, incluso con fórmulas ultraderechistas, e impedir la formación del bloque ecosocialista, justamente porque los estilos de vida consumistas (que los ecosocialistas rechazamos) son atractivos para mucha gente.

¿Qué hacer en una situación como esta? Predicar la austeridad es impopular, en todas sus formas, incluyendo la del decrecimiento. No es previsible que surjan mayorías a favor del ecosocialismo –inevitablemente asociado a alguna forma de austeridad– mientras las promesas consumistas sean verosímiles. Pero este mismo razonamiento nos indica por dónde puede aparecer un cambio en las mentalidades: *si la crisis energética y de recursos, si las catástrofes climáticas y si otros efectos de la depredación ecológica se combinan para degradar las condiciones de vida en un grado suficientemente grave, el programa ecosocialista e incluso decrecentista puede ser percibido como la solución.*

Esta degradación de las condiciones de vida ha empezado ya. El Instituto de Potsdam para el estudio del cambio climático (PIK) ha publicado recientemente un estudio que relaciona la emergencia climática con el PIB y concluye que la factura del cambio climático en la economía mundial ya supera los 35 billones de euros anuales, *seis veces más* de lo que cuesta reducir las emisiones de CO₂. «Incluso si las emisiones de CO₂ se redujeran drásticamente a partir de hoy, la economía mundial ya está comprometida con una reducción de ingresos del 19% hasta 2050 debido al cambio climático», añade el estudio. Esta conclusión expresa con cifras algo que ya sospechábamos: que los daños provocados por huracanes, inundaciones, sequías y otros fenómenos meteorológicos extremos (cosechas perdidas,

edificios destruidos, infraestructuras dañadas, instalaciones aniquiladas, etc.) nos hacen más pobres. El instituto de Potsdam lo cuantifica. Incluso con un indicador tan discutible como el PIB –que más bien tiende a minusvalorar los daños físicos–, tenemos en el citado estudio una aproximación cuantitativa al proceso de empobrecimiento que se nos viene encima.

A los efectos del cambio climático deberán añadirse los costes de una reconversión económica masiva de prácticamente todos los sectores productivos para superar la crisis ecológica, con todas las incertidumbres asociadas a cambios de gran calado como los que serían necesarios para reconstruir la economía sobre bases socioecológicas saludables y, a la vez, para ir reduciendo los efectos más letales del cambio climático. Así, pues, vamos sabiendo cada vez mejor que los daños ecológicos, empezando por los climáticos, tienen un precio que habrá que pagar y que ya estamos pagando. Dicho en plata: *ya nos estamos empobreciendo*. Este empobrecimiento tiene muchas caras, no todas ellas ecológicas: el tema es demasiado complejo para entrar aquí en más detalles. Valga para ilustrarlo el ejemplo de la vivienda: las políticas privatistas y las prácticas especulativas inciden en el encarecimiento de la vivienda, suponiendo un recorte substancial de los ingresos de buena parte de la población, y por tanto un empobrecimiento. Esto refuerza la idea de que para protegerse de los males que amenazan hay que librarse tanto a favor del ecologismo como contra el capitalismo.

La gente no parece ser consciente de que vamos de cabeza hacia un empobrecimiento si las cosas siguen igual que ahora; por eso es tan difícil constituir el bloque social por la sostenibilidad y la justicia social con una perspectiva ecosocialista. Las promesas consumistas son aún creíbles. Pero van a dejar de serlo, ya sea de manera gradual o brusca. No se deben descartar en modo alguno los posibles cortocircuitos bruscos causados por interrupciones del suministro de combustible, materias primas esenciales, fertilizantes, componentes industriales o incluso alimentos. Las guerras pueden contribuir a ello, y el belicismo creciente es una péssima noticia; pero no solo las guerras. Los efectos de estos factores serían variantes del «aprendizaje por shock»: percibir de manera palpable, en carne propia, que terminó la época de las vacas gordas tiene una capacidad pedagógica insustituible.

Todo esto puede evolucionar de maneras muy distintas: más bruscas o lentas, pero también con pesos variables de unas y otras fuerzas. Un peligro nada des-

deñable es que la extrema derecha adquiera un peso dominante debido en gran parte al clima de inquietud e incertidumbre causado por la debacle climática y sus amenazas. En cualquier caso, es previsible un periodo de conflictos y turbulencias lleno de riesgos. La izquierda debe prepararse para situaciones de alta conflictividad de este tipo, debe tener presente esta posibilidad para imaginar políticas eficaces contra estos riesgos, con propuestas a la vez audaces y capaces de concitar amplios consensos. La extrema derecha no se combate con paños calientes, sino con políticas que aborden de verdad la solución de los problemas de fondo con fórmulas valientes. Como han señalado muchos observadores políticos, el desencanto con "la política" y "los políticos" tiene mucho que ver con la indefinición de la llamada izquierda y su moderación en busca de votos. Mucha gente ya no ve en ella diferencias substanciales con la derecha y se despolitiza.

Vivimos en precario, y no debemos ocultarlo a la gente, como pretenden muchas voces de la izquierda. Y es ahí donde conviene evaluar hacia dónde debe ir esa

Los daños ecológicos, empezando por los climáticos, tienen un precio que habrá que pagar y que ya estamos pagando. Es decir: ya nos estamos empobreciendo

izquierda. Creo, ante todo, que las políticas que Podemos y Sumar han hecho desde el gobierno de coalición –el primer gobierno de la historia de España (si exceptuamos la guerra civil), en el que ha habido ministros de la izquierda radical– han sido substancialmente adecuadas. Han sido políticas reformistas de defensa de los intereses populares: aumento del salario mínimo, mejora de la

estabilidad laboral, mejoras en la contratación laboral, escudos defensivos para los más necesitados durante la pandemia (Ingreso Mínimo Vital, ERTOS y otras), etc. Podemos y Sumar han acreditado que desde el gobierno estatal se pueden lograr mejoras inmediatas, lo cual es un antídoto contra el fatalismo resignado. Y han acreditado también que son una garantía para que el PSOE acepte aplicar medidas reformistas valientes que seguramente no aplicaría sin la presión de esa izquierda. (Harina de otro costal son las políticas exterior y migratoria.)

Pero es peligroso quedarse en el acierto de esas medidas y dar la impresión de que se puede seguir avanzando hacia más mejoras materiales en un marco socioecológico como el actual. Y es peligroso simplemente porque no es verdad. En cambio, hay que explicar que se puede vivir mejor con menos ingresos, pero solo con cambios radicales, que se resumen en reestructurar la economía eliminando inversiones de sectores no esenciales y reorientándolas hacia la satisfacción, para

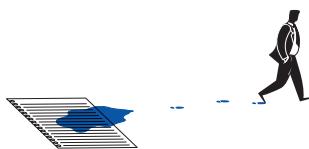
todos, de las cinco necesidades básicas: 1) alimentación sana y suficiente, 2) vivienda digna, 3) atención sanitaria para todos, 4) protección frente a la vejez y las inclemencias de la vida, y 5) acceso a la escolarización y la cultura. En cambio, hay consumos de los que se puede prescindir: automóvil privado, viajes en avión, exceso de carne roja en la dieta, digitalización innecesaria o redundante... y tantos otros.

Recapitulemos y concluyamos. El crecimiento capitalista nos encamina a un desastre económico y ecológico que solo puede detenerse con medidas drásticas – algo así como una economía de guerra– que difícilmente serán aceptadas si las poblaciones no viven en carne propia el declive económico. Solo así parece viable reunir la masa crítica de voluntades que permita construir el bloque social alternativo requerido para cambiar de rumbo. La tarea es hoy prepararse para estar en condiciones de aprovechar las ocasiones de crisis o declive económico que se presenten en el futuro. La preparación tiene dos patas. La primera es hacer políticas inmediatas como las que han hecho desde el Gobierno de España Podemos y Sumar. Estas no solo logran mejorar, poco o mucho, la vida diaria de la gente, sino que empoderan a la ciudadanía mostrando con hechos que «unidas podemos», podemos lograr resultados tangibles, y que la política es útil. La segunda pata apela a la iniciativa de la ciudadanía en la sociedad. Sea cual sea la evolución de las cosas, las salidas justas, democráticas, solidarias serán tanto más plausibles cuanto más se haya desarrollado el tejido asociativo, las asociaciones de vecinos, las actividades culturales y recreativas que fomenten la colaboración vecinal, juvenil, etc., una *cohesión social*, en suma, que facilite la difusión de valores y prácticas colaborativas y facilite pararle los pies al fascismo. Añádase a esto todo lo que tiene que ver con la construcción de embriones de una economía social y solidaria, como las cooperativas de todo tipo o las comunas agroecológicas. Ni que decir tiene que esta segunda pata “social” debería buscar sinergias con la pata “política”: las administraciones pueden y deben ser facilitadoras de estas iniciativas sociales y económicas. Lograr avances en esta línea, aunque sean parciales, abriría unas perspectivas que hoy son difíciles de imaginar.

Y para desarrollar con éxito ambas patas, parece necesario contar con una *unidad sin fisuras* y sin protagonismos personales disolventes. Basta pensar por unos instantes en el poder enorme al que nos enfrentamos para que nos dé la risa –la risa nerviosa y amarga del derrotado– ante las pequeñas ambiciones que nos dividen. Necesitamos desesperadamente una unidad que se plasme en una organización,

llámese partido, movimiento o como se quiera, con *implantación territorial* en todas partes donde se pueda, capaz de llevar adelante un proyecto tan complicado de *salvación pública* como el que supone salir del hoyo en que la civilización moderna ha metido a la especie humana.

Joaquim Sempere ha sido profesor titular de Sociología de la Universidad de Barcelona.



La empresarialización de la vida y la crisis de lo social¹

LUIS ENRIQUE ALONSO Y CARLOS JESÚS FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ

«La preponderancia de la economía sobre lo social no es, para nada, la consecuencia ineluctable del progreso de la ciencia y la tecnología; es una elección política de sociedad que podría ser otra».²

DANIEL MOTHÉ

Las grandes burocracias económicas y las regulaciones corporatistas que se desplegaron a partir de la salida de la Segunda Guerra Mundial –después de un largo ciclo de conflictos históricos generalizados– constituyeron el fundamento social para el capitalismo histórico, asentándolo sobre los principios de la racionalidad legal (Max Weber) y la solidaridad orgánica (Émile Durkheim). Las profecías de los grandes teóricos de la modernidad industrialista se terminaban cumpliendo, con todas las salvedades, imperfecciones y desigualdades que se quieran, pero marcando la tendencia de la constitución de una norma social de uso regulado del trabajo. El Estado –sancionando jurídicamente los mecanismos de institucionalización del conflicto, evitando el subconsumo social y garantizando la realización de programas de inversión en infraestructuras públicas, servicios colectivos o empresas estratégicas– aparecía como el agente clave en la fundamentación de este capitalismo organizado, a partir de los principios de un comportamiento administrativo regulador que se desplegaba desde los territorios nacionales.

Sobre un conjunto limitado de metáforas organizativas principales, derivadas primero de imágenes mecánicas y más tarde de representaciones sistémicas e incluso ciberneticas, se fueron superponiendo luego los diferentes ajustes para el gobierno de organizaciones eficaces: ajustes que, sobre la primera y central matriz

¹ Este artículo se ha escrito en el conjunto de trabajos derivados del proyecto de investigación PID2022-14278282NB-100 del Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades: es una síntesis original y desarrollo de nuestros libros *Los discursos del presente*, Madrid, Siglo XXI, 2013; *Poder y sacrificio*, Madrid, Siglo XXI, 2018, y *Capitalismo y personalidad*, Madrid, Libros de la Catarata, 2024, donde se pueden encontrar los argumentos centrales de este trabajo ampliados, complementados y documentados.

² Daniel Mothé, *L'utopie du temps libre*, París, Esprit, 1997, p.40.

burocrática, sistemática y funcional, iban incluyendo sus disfunciones como aspectos no previstos, desplazamientos de fines o inflexibilidades normativas. Las aperturas así a las relaciones humanas, los grupos en las organizaciones, los grados de visibilidad de la norma, las contingencias de los contextos o los factores culturales y simbólicos no hacían más que reforzar la idea principal de la racionalidad normativa de la modernidad, y la posibilidad de ir integrando lo jurídico, lo tecnológico y lo humano en un orden organizacional negociado –o, si se prefiere, en una *disciplina contractual*– cristalizada, fundamentalmente, en grandes corporaciones públicas y privadas muy centralistas y centralizadas.

Esta “sociedad organizacional” del bienestar se constituía como un modelo de dinámica centrípeta –mesocrático e integrador en el discurso del crecimiento permanente y del optimismo de la función social de la empresa–, que garantizaba la formación de identidades estables en grandes espacios colectivos a partir de una solidaridad –pasiva– tutelada por la idea de un Estado intervencionista moderadamente redistributivo. La nueva situación que creaba esta sociedad del bienestar era la absoluta separación ideológica entre el mundo del trabajo, considerado como una norma de empleo, y el mundo de la inestabilidad, la marginación y la pobreza; mundos que habían permanecido indisolublemente unidos en el capitalismo *“prewelfarista”* y socialmente explosivo del siglo XIX. El mundo de la vida social se incrustaba en el entramado organizacional del capitalismo corporatista de representación de grupos de interés mediados por el Estado, siendo los sindicatos las figuras más representativas de una ciudadanía laboral –trabajadores normalizados por la relación salarial fordista– que cerraba de forma parcial, pero significativa, el horizonte de la inseguridad como condición estructural asociada a la vida cotidiana laboral, en un marco de cierta colectivización y socialización de los riesgos.

El asalto a la razón burocrática (y keynesiana)

La base material de esta forma de capitalismo organizado se ha ido fragmentando progresivamente, con el paso de un fordismo rutinario –basado en grandes mercados nacionales de masas y en la utilización de grandes cantidades de trabajo homogeneizadas por el principio mecánico de la gran corporación industrial– a un modo de regulación postfordista, donde se ha producido una reestructuración fabril muy fuerte y en el que las líneas de coherencia productiva pasan a situarse a nivel

internacional. Hemos asistido, así, a una importante desindustrialización de zonas tradicionales de la sociedad moderna, al mismo tiempo que han estallado los grandes talleres clásicos de las empresas fabriles de gran escala, mundializados al transvasarse gran parte de la producción industrial clásica hacia secciones históricamente semiperiféricas de la economía mundo, robotizadas ahora gran parte de sus tareas mecánicas de matriz taylorista y diseminadas sus estructuras administrativas en redes hegemónizadas por compañías tecnológicas que impulsan una permanente reestructuración productiva. La informatización total ha tomado el mando, y la economía de los servicios y las rentas tecnológicas se vienen haciendo hegemónicas hasta lograr su máximo esplendor en la llamada economía de plataformas.

En suma, se han flexibilizado los modelos organizativos, buscando adaptarse a unos mercados cada vez más imprevisibles y turbulentos, sometidos a las fuertes ondas de choque de la innovación tecnológica. Del capitalismo ordenado nacionalmente –a partir de Estados que regulaban las reglas de juego del desarrollo de los mercados nacionales de masas y el comercio internacional– hemos pasado a un capitalismo globalizado, fuertemente desregulado donde los mercados se han fragmentado y desestructurado, y donde las reglas del juego las ponen las nuevas empresas-red de características transnacionales, las cuales se incrustan en el territorio sobrepasando la clásica idea del Estado-nación y estableciendo nuevas características de vinculación de lo local con lo global. El nacionalismo político y sus llamadas a la defensa tradicional de los mercados internos de los grupos abiertamente ultraconservadores tienen un carácter más propagandístico que real, pues la hegemonía de las grandes empresas tecnológicas en nada queda mermada por las estrategias de crear una nueva derecha ultraconservadora y posliberal: al contrario, pueden generar alianzas ventajosas para ambas partes.

El concepto de *responsabilidad social de la empresa* ha sido radicalmente manipulado (hasta difuminarlo totalmente) en esta transición de modelos de regulación, y el sistema de producción flexible y de distribución en plataforma ha modificado fundamentalmente lo que podríamos conceptualizar como el sustrato material de la ciudadanía, al menos en lo que conecta derechos laborales con derechos políticos generales. Este proceso está directamente asociado a la desestructuración de los sujetos básicos que impulsaron la ciudadanía social: el trabajador homogéneo de cuello azul que impulsó el reconocimiento del oficio industrial como elemento básico en la distribución de los frutos del crecimiento económico, por un

lado, y las nuevas clases medias funcionales basadas en la expansión de las burocracias, la distribución y el comercio en la era del capitalismo de los mercados de masas y el Estado del bienestar, por otro. La transición en los países con un capitalismo maduro de una sociedad industrial nacional a una sociedad de los servicios cada vez más *sucursalizada*, ha puesto en primera línea de argumentación (y formando el núcleo del discurso de la *empresarialización* total del gerencialismo actual) la consecuente y necesaria sustitución de las grandes organizaciones burocratizadas por *empresas-red*, totalmente dependientes de los mercados financieros internacionales y de los buscadores de rentas tecnológicas. Este cambio ha generado progresivamente nuevos marcos de relaciones sociales cada vez más individualizados, acompañados de la multiplicación de los sujetos frágiles y vulnerables, el vaciamiento de los derechos colectivos y laborales, y aumentos indiscutibles de la desigualdad social.

El paradigma de los “fallos del mercado” y de la racionalidad del comportamiento administrativo (como mano visible), que había sido central en el período keynesiano, ha sido sustituido, dentro de las convenciones organizacionales dominantes, por el del “castigo del mercado”: es decir, se considera que todo aquello que no se adapte a los designios del mercado y la competencia tecnológica es inútil

La construcción individualista, precarizada y darwinista del mundo de la empresa abre la puerta a un tipo de neoliberalismo autoritario que amenaza a las democracias

para la sociedad económica y, por lo tanto, tiene alta probabilidad de ser marginado. De esta manera, uno de los conceptos fundamentales de lo que había sido la democracia occidental desde la Segunda Guerra Mundial, esto es, la idea de que había una serie de derechos sociales asociados al propio concepto de trabajo y producción, se ha ido diluyendo en estos momentos, arrinconada por la idea de competitividad total, la carrera tecnológica

(presentada de manera positiva por su misma naturaleza) y la relegitimación de los grandes discursos personalistas del héroe de empresa, ahora asociado a mega fortunas obtenidas de la innovación tecnológica (Musk, Bezos, Zuckerberg y tantos otros). Los derechos sociales se presentan en el discurso empresarial dominante de manera latente o manifiesta como enemigos de la competitividad y el éxito empresarial y se asocian a las decadentes burocracias (públicas y empresariales) enemigas de la generación de riquezas. Todo aquello que no ponga en primer lugar la función de beneficios (privados y estrictamente económicos) es sacado de cualquier proyecto realizable de futuro social. En este sentido se puede

decir que el proceso de reconstrucción de los discursos gerenciales y las formas empresariales nos conecta con un proceso más profundo de cambio en los sistemas de gobierno, de solidaridad y participación en las sociedades occidentales. La construcción cada vez más individualista, precarizada y darwinista del mundo de la empresa abre las puertas al asentamiento de un tipo de neoliberalismo autoritario que coquetea con formas de prefascismo o postfascismo de carácter muy diverso y difuso, pero que amenaza ya sin complejo a las democracias occidentales.

Este rearme de valores ha hecho que el *management* postmoderno aconseje insuflar viejas recetas darwinistas (o nuevas recetas neodarwinistas) en la educación y en los aparatos ideológicos de creación de la opinión pública, sustituyendo las instituciones representativas amplias por decisiones de los “expertos” o los técnicos en la toma de decisiones cruciales; se publicitan y blanquean así las *instituciones fuertes y tecnocráticas*, ahora capaces de prescribir el rumbo del desarrollo económico y social. La legitimación racional-legal de las instituciones es, por lo tanto, simplemente reemplazada por una omnipresente legitimación *tecnocrática* y *meritocrática*, difuminándose por ello la moralidad de los medios en la efectividad de los fines; o, si se quiere de otra forma, reemplazándose la normatividad de las leyes por la performatividad de los procedimientos.

El discurso del nuevo gerencialismo se ha construido siguiendo estas tendencias ideológicas, y si todo el pensamiento organizativo del ciclo de crecimiento keynesiano se hizo sobre la idea de la posibilidad de las grandes corporaciones de crear un equilibrio social compatible con el máximo beneficio privado, en estos últimos años la tendencia ha sido la de presentar un panorama de máxima racionalidad de un mercado (donde quien adquiere el máximo valor es el empresario) que, sin un mínimo control colectivo, debe penetrar hasta los actos más mínimos de las empresas y las personas. Si el modelo de la era fordista proclamaba una cierta democratización de la economía y la empresa, en el horizonte postfordista la prescripción gerencialista es que son las empresas y la mentalidad empresarial las que deben permear y adaptar, en su beneficio, a las democracias. Se llega incluso a proclamar como imprescindible para la eficiencia de la razón económica la adhesión absoluta y total al ideario de la supremacía de la libre competencia mercantil –con entusiasmo y genuina creencia– de cualquier persona que quiera prosperar (o simplemente sobrevivir), abandonando otras formas de vida en común.

Este camino se ha ido recorriendo, en el discurso gerencial, creando un marco de interpretación y diagnóstico prácticamente simétrico al que se había realizado en los años de la modernización corporatista de la salida de la segunda guerra mundial, de esta forma, ahora ya no se trata de la construcción racional –y parcialmente negociada– de grandes organizaciones eficaces y socialmente equilibradas, sino de competir en un entorno caótico e imprevisible, donde todo vale y no pueden existir ni reglas ni regulaciones que puedan

El tópico es presentar la imagen de la red informática como la metáfora positiva de la dinámica general de la empresa y la sociedad actual, y dejar para el Estado la imagen de una jerarquía burocratizada, ineficiente y retrógrada

impedir la máxima movilidad de recursos o la máxima posibilidad y rapidez de obtener posiciones rentables. La progresiva creación de grandes organizaciones jerarquizadas fue la estrategia de operación del capitalismo socialcristiano o socialdemócrata, siguiendo los principios weberianos de la materialización de una racionalidad formal y legal. Ahora es la apelación a la máxima flexibilidad, a las redes, a los algoritmos, a la descentralización, a la reingeniería de procesos, al rentismo

tecnológico o a la externalización de funciones, etc., la manera de presentar una gestión compatible con un *nuevo espíritu del capitalismo*, que se justifica en la imposibilidad de existencia de las regulaciones y garantías sociales, porque estas anulan la capacidad de competencia de las empresas y los territorios. Lo que a su vez supone, implícitamente, la aceptación como principio normativo universal de que solo lo que se adapta tecnológicamente al mercado, sobreviviendo en el desorden –y por tanto ayudando a que permanezca o se agrande ese desorden programado–, puede sostenerse con éxito. El propio discurso del *management* clásico (planificación empresarial, negociación, organización de empresas, etc.) queda aplastado por la idea de que solo los saberes tecnológicos (inteligencia artificial, algoritmos, *big data*, etc.) son relevantes para el desarrollo eficaz del mundo de la empresa y por ende de la vida misma.

Este marco cognitivo acaba presentando la estructura en red como la única posible, haciendo aparecer cualquier burocracia formal como la más fiera enemiga de la empresa y el proyecto neoliberal. El tópico es así presentar la imagen de la red informática y sus diferentes desarrollos como la metáfora principal positiva y generativa de la dinámica general de la empresa y la sociedad actual (conocimiento, flexibilidad, creación, dispersión, etc.), y dejar para el Estado la imagen de una jerarquía burocratizada e intervencionista, ineficiente y retrógrada donde resisten

los viejos agentes sociales (sindicatos, políticos tradicionales, viejas profesiones instaladas, etc.) y los discursos garantistas o parcialmente igualitaristas (y, por principio, inefficientes). El poder de la “nueva empresa” y la “nueva economía” queda así plasmado en la hegemonía de estas estructuras en red y en el constante reclamo a la sociedad tecnológica, tratando de hacer desaparecer, tras el brillo impostado de un personalismo meritocrático o del carisma de los nuevos millonarios de la digitalización, las bases históricas materiales de la ganancia y los conflictos por la distribución típicos del capitalismo. Conflictos que el ciclo político keynesiano trató de regular, pero que los actuales discursos de la organización posmoderna, en complicidad con el neoliberalismo autoritario, intentan hacer desaparecer entre las “leyes absolutas” de la tecnología, la competencia, el caos y el individuo.

Al hacer pasar así todo discurso de la economía y la sociedad por el avance de la tecnología informática, se consuman los juegos del lenguaje más habituales de la argumentación gerencialista. Esto es, se defiende un *determinismo* radical, donde la tecnología avanza sin freno por encima de los poderes y los grupos sociales, de tal manera que quien se atreva a criticar su desarrollo se posiciona, de facto y estúpidamente, contra algo imparable y que coincide con el progreso. Este discurso del determinismo tecnológico se caracteriza por su *esencialismo*, lo que significa que lo que es bueno para una parte de la sociedad, es bueno para toda la sociedad, de tal manera que lo que, por ejemplo, lo que beneficia a los grandes grupos financieros o industriales, o a los grandes millonarios de las plataformas o de otros espacios (hasta el fútbol) es bueno para los territorios, grupos o sujetos más vulnerables. Y por supuesto, este discurso está marcado por el *reduccionismo*, esto es, no más hay alternativas tecnológicas o sociales que las que dictan los procesos más capitalizados de innovación, lo que es otra forma de enunciar la tesis conservadora –hoy ya neoconservadora– del fin de las ideologías y la sustitución de las alternativas sociales por simples problemas de gestión, eficiencia y rentabilidad ahora en manos de emprendedores tecnológicos que juegan en una economía de casino. Discurso, en su conjunto, que en última instancia acaba sustituyendo la sociedad por la tecnología, y en su siguiente lectura, la sociedad por la economía (de mercado, por supuesto) y amenazando, implícita o explícitamente, a todos aquellos que no hagan este desplazamiento.

Si el contexto corporatista reclamaba a los actores colectivos, al acuerdo y a la racionalidad legal como elementos de gestión a todos los niveles, la presentación

de un horizonte de caos e imprevisibilidad radical lleva hasta sus últimas consecuencias, en el panorama del discurso gerencial –siempre muy propenso, por cierto, a adoptar este tipo de presentaciones en la vida cotidiana– al superhombre conocedor y formador de las tendencias, *al gurú* que es capaz de divisar, en solitario, lo que los grupos sociales son incapaces de prever. Con esta “filosofía” del gurú gerencial o tecnológico se anula, implícitamente, la racionalidad colectiva de las decisiones conjuntas tomadas por acuerdo de los actores sociales, para volver a un discurso y una dominación *carismática* –también en el sentido weberiano del término–, donde son personajes con habilidades especiales, pero sobre todo de éxito en los medios de comunicación, los que dictan lo que puede ser y no puede ser en el futuro de la economía y la tecnología. El discurso del desorden y del caos creativo de los mercados se complementa, de manera dual y simétrica, con el de la eficacia y *la excelencia*, resultado solo alcanzable si se atiende a los consejos de los gurús del *management* que presentan fórmulas, casi mágicas, para ser más competitivos en ese entramado de batallas en que se ha convertido el orden empresarial, tal y como lo reflejan sus legitimadores. En este contexto, el cambio ya no se considera un proceso colectivo de búsqueda de opciones generales de lo social, sino un proceso de adaptación, mejora y “autoayuda” individual para soportar la transformación permanente de las condiciones de y en la empresa. Condiciones dictadas por una amplia gama de multimillonarios tecnológicos y diversos niveles de gurús, expertos, auditores, consultores y auditores, que pueden prescribir, desde su estatuto especialmente bien remunerado y blindado, cuáles tienen que ser las condiciones de competencia y dependencia de los colectivos laborales más indefensos.

La pirámide –y la revolución– *managerial* era presentada, en los años cincuenta del siglo pasado, en sus versiones clásicas de la tecnoestructura y *el hombre organización* como una legión de anónimos hombres incrustados en las organizaciones, que dominaban las normas y condicionaban el mercado a su favor, pero con poderes limitados que compensaban sus actuaciones. De esa manera, la sociedad civil liberal se acababa conformando y desarrollando como una sociedad organizacional, que superaba las contradicciones del capitalismo y la propiedad privada creando una sociedad poscapitalista. Sin embargo, el pensamiento gerencial contemporáneo presenta constantemente una imagen individualista y personalista: un reencantamiento de la figura del emprendedor, el técnico o el consultor, que utilizan su capital humano –personal e intransferible– para potenciar, y potenciarse, en el mercado, y que antes que ajustarse a las normas, las dinamita.

El cambio de siglo ha supuesto el renacer del capitalismo del pionero, de los señores del mercado y los *robber barons*, esta vez postindustriales y trasladados ahora al negocio informático, a la intermediación financiera y al universo de los negocios de internet. Todo ello indica una especie de vuelta atrás en los sistemas de legitimación del capitalismo, que a la vez que vuelve a alabar el coraje de los grandes hombres de la era virtual, permite también la individualización y desinstitucionalización sistemática de la sociedad. De esta forma, el abuso del discurso del emprendedor –y el de la formación– en el marco de una sociedad presentada homogéneamente como “del conocimiento”, tiene como resultado en la vida cotidiana de las personas una exigencia de una oportuna *empleabilidad, empresarialidad y adaptabilidad*, exigiendo además una disponibilidad permanente para el cambio de empleo continuo (y con condiciones de trabajo cada vez más inestables y menos regladas). Desde los poderes, se pedirá a los individuos un esfuerzo de formación, reciclaje y prácticas a cuenta del buscador de empleo, y se les anima a luchar contra la dificultad de encontrar empleo, creando empresas propias o autoempleándose, porque frente a la idea de que todo mundo es trabajador en potencia (típica de la era socialdemócrata), el nuevo *management* ha impuesto la idea contraria: ahora todos tenemos capital (económico, social, humano, simbólico, relacional, etc.) y somos, por ello, empresarios en potencia: al menos, empresarios de nosotros mismos.

Consagrado ya, en este discurso por arriba, el poder de los nuevos “grandes pioneros” de la economía virtual, al resto solo le queda la salida individualista de la búsqueda de estrategias personales que rompan cualquier pretensión de ajuste colectivo. El reconocimiento, pues, de las categorías de los trabajadores en una organización pasa a realizarse no teniendo en cuenta los escalones colectivos normalizados y negociados de cualificación y remuneración, sino la evaluación de *competencias* absolutamente individualizadas y desformalizadas: las habilidades emocionales, las destrezas sociales y la motivación por el logro pasan a ser el centro en este esquema. Estando tales competencias atribuidas personalmente, queda abierta la puerta para que se construyan abanicos salariales individualizados y dependientes de la arbitrariedad y deseo de agraciar del reconocedor de estos requerimientos tan variopintos y volátiles. Desinstitucionalizado, flexibilizado e individualizado el uso social del trabajo, la única manera de crear un espacio humano relativamente estable en torno a la empresa –al debilitarse las justificaciones racionales según valores– es apelar a relaciones de *confianza*, el viejo valor liberal del contrato individual y privado entre personas con una soberanía sin lími-

tes, sin referencias a negociación colectiva o a normativa laboral o garantía social de carácter generalista alguna. En este contexto, aparece el recurso a la adhesión *emocional* a la empresa (y en general al sistema) como una paradójica exigencia obligatoria, pero a la vez entusiástica, para aquellos individuos que pretendan permanecer con cierta estabilidad en la empresa, tratando con ello de neutralizar, a través de la creación de una subjetividad colaborativa, las tensiones y conflictos que surjan de un proceso de trabajo cada vez más endurecido.

Una vez atacado el carácter público de las regulaciones laborales (incluyendo los significados implícitos morales y políticos que estas regulaciones implicaban al asociarse, en tiempos anteriores, a la idea de justicia distributiva), el discurso del nuevo gerencialismo ha tendido a acudir a lo emocional, como única manera de

**Desinstitucionalizado,
flexibilizado e
individualizado el uso
social del trabajo, solo
quedá el recurso a la
adhesión emocional a la
empresa (y en general al
sistema) como paradójica
exigencia obligatoria,
creando una subjetividad
neutralizadora de
tensiones y conflictos**

recubrir el vacío y la pérdida de sentido social que la organización económica postfordista. La acción social afectiva o emotiva se consideraba, en su presentación clásica weberiana, como un tipo de conducta con bajo significado social, imperfecta y de institucionalización inestable, típica de las sociedades premodernas, siendo la gran conquista de la modernidad, precisamente, la generalización de las acciones sociales racionales con respecto a fines y con respecto a valores. Ahora la gran conquista de la empresarialización de la vida posmoderna ha sido volver a recuperar, de la manera

lo más individualista posible, las categorías del poder carismático o tradicional (siempre autoritarias o preautoritarias), y trasladarlas desde el interior de la empresa a la generalidad de la sociedad, dando por muerta la moralidad derivada de la institucionalización racional del trabajo y las relaciones sociales en su conjunto.

Reconstruyendo el mito del eterno retorno al mercado natural: la empresarialización total

Las teorías del capitalismo organizado y corporatista de los treinta años gloriosos keynesianos daban por muerto al viejo liberalismo, sustituyéndolo por un gerencialismo despolitizado, en buena medida porque sus agentes sociales principales (que son los gestores y no los propietarios) habían obtenido una posición de pri-

vilegio manipulando los saberes gerenciales y las prácticas de empresa –la planificación indicativa, la reducción de la incertidumbre, la difuminación de los límites entre Estado y mercado– en beneficio de su máxima estabilidad y confort corporativo. Todo ello parecía indicar la realización misma del proyecto moderno y de la reforma social, con sus secuelas beneméritas del bienestar material y el consenso social. Se daba, por tanto, por superada la propiedad, y por ello se otorgaban a la teoría de sistemas y a los primeros usos de la cibernetica el rango de herramientas cognitivas de un cálculo lineal y anticipatorio para integrar a lo social en las ecuaciones del crecimiento sin límites y del reparto de renta según sus orígenes funcionales. Para el gerencialismo de aquella época, la convergencia entre sistemas estaba anunciada y el industrialismo y el posindustrialismo acabarían por anunciar el fin de las ideologías, la hegemonía de la ingeniería económica y social, y la proclamación del conocimiento como base de planificación indicativa –una vez perditada la propiedad y el accionariado– como elemento constructivo de una sociedad regulada y organizada que dejaba, dichosamente, atrás los conflictos insurreccionales y las injusticias radicales del pasado.

El conocimiento y la sociedad del conocimiento como conceptos nominales tuvieron el papel efectivo de construir los puentes que conectaron el discurso gerencial entre el fordismo y el postfordismo o, si se quiere, entre el keynesianismo regulador asociado a la gran corporación nacional e internacional y la economía-red, *ubertecnológica* y neoliberal. De esta forma, si en su primera singladura la idea de la sociedad del conocimiento anunciaba la realización de la reforma social –por introducir la responsabilidad de los efectos sociales de la empresa como parte de la gestión económica misma, superando las miserias capitalistas y estableciendo una especie de postcapitalismo social–, en su actual reencarnación sus usos discursivos se sitúan prácticamente en el polo contrario: esto es, el recurso a la sociedad del conocimiento sirve para desregular todas las garantías colectivas establecidas en el ciclo sociopolítico anterior, disolver el conocimiento social en competencias individuales y proclamar un indisimulado *darwinismo*, eso sí, ahora algorítmico y “digital”.

En el discurso del *management* postmoderno, el conocimiento ya no es un factor de previsión que socializa y colectiviza procesos buscando equilibrios, sino que ha emergido como el recurso de mayor importancia de las empresas en luchas competitivas del tipo “todos contra todos” por las rentas tecnológicas. Los modelos de gestión y gestación de conocimientos se convierten así, en este relato, en las

herramientas centrales para la búsqueda de ventajas competitivas básicas y sostenibles –a nivel tecnológico, organizativo y personal- dentro de un mercado que se considera omnímodo y omnipotente. En el diagnóstico moderno, la sociedad del conocimiento superaba, regulaba y dulcificaba al mercado, al considerarse más allá de una mercancía (creaba una racionalidad administrativa). En la narración posmoderna del neoliberalismo maduro y cuando menos preautoritario, el conocimiento venal –implícito o explícito, formal o informal, cuantitativo o cualitativo, empresarial o individual– es *la gran mercancía*, la meta mercancía que organiza de manera holográfica toda la sociedad –y toda la realidad misma– a su alrededor. El conocimiento como capacidad técnica, o como producto cognitivo diferencial y comercializable se convierte en el salvoconducto para la navegación empresarial –y, por extensión, personal– en un mundo pintado, primero, como proceloso, y luego como autoorganizado o, simplemente, como *libre*. El discurso *managerial* encuentra con ello uno de sus tópicos más espectaculares, así como de sus eufemismos más logrados, y este es el de la libertad como *caos creativo*. El orden, la previsión y la reducción de incertidumbre del pensamiento clásico se cambian por el hallazgo de la ventaja competitiva en la frontera, o el extremo del caos. Ahora, los procesos estratégicos de gestión realizados en esta frontera del caos pueden ser conceptualizados como rutas o vías para aminorar los aspectos rutinarios de la organización y para prosperar en la complejidad y la incertidumbre, generalmente añadiendo todavía más complejidad e incertidumbre en toda suerte de sistemas abiertos.

El equilibrio y la adaptación organizacional no se observan ya como un orden creado por los sujetos, sino como una “estabilidad algorítmica”, basada en los pro-

**Lo que debe adaptarse,
flexibilizarse, reciclarse y
contorsionarse
permanentemente son
“las personas” y sus
vaporosos talentos**

cesos y las fluctuaciones que surgen de las estrategias permanentes de ajuste e interconexión interna y externa. Ello deja sin misión a las normas, las instituciones o los acuerdos estructurales que imponen formas prefiguradas de comportamiento. En un (des)orden general, presentado como fluctuante y cambiante y cuya dinámica ge-

neral es imprevisible –y de esa imprevisibilidad surgen oportunidades infinitas de negocio–, cualquier compromiso, regla, salvaguarda, garantía o seguridad que impida la inmediata y flexible readaptación a las fuentes de rentabilidad (estén estas donde estén, sea en la misma línea de actividad u otra, sea en los mercados reales, en los tecnológicos y naturalmente, en los financieros) se acaba conside-

rando ahora por el sentido común económico dominante algo anticuado, empobrecedor y burocratizado. En este punto, el discurso se precipita por un curioso y paradójico personalismo. Desencadenada la tecnología y naturalizado el mercado, lo que debe adaptarse, flexibilizarse, reciclarse y contorsionarse permanentemente son “las personas” y sus vaporosos *talentos*, la redescubierta gran fuente de energía de la organización. Si los sistemas complejos no permiten la predicción, porque dependen de factores que no son estadísticamente significativos, hace falta que en la gestión posmoderna de recursos humanos se alíe el rigor a medio y largo plazo con la máxima disponibilidad a corto plazo. Esta disponibilidad toma forma de red y empresa flexible, y proclama la muerte definitiva de los conflictos colectivos redistributivos anunciando, por el contrario, la era del partenariado, de la adhesión al imaginario de la empresa, del logro de competencias y de una curiosa situación competitiva de todos contra todos, pero en la que milagrosamente también, según este discurso propagandístico ganan todos, porque solo hay que saber utilizar tu talento y vender bien tu marca personal.

En esta situación de caos creativo, el *management* postmoderno despliega –tomanando como rehén a la tecnología y su pretendido poder absoluto de cambio, y sus exigencias de flexibilidad– una intensa cruzada contra cualquier sujeto colectivo en el ámbito de la decisión socioeconómica, y todavía más contra cualquier regla social de intervención que pueda impedir la fluidez del conocimiento innovador y la navegación por las aguas de la turbulencia económica (tecnológica y financiera). La negociación colectiva, los subsidios, la planificación indicativa, los derechos laborales y sociales, la seguridad en el empleo, la responsabilidad social de la empresa o cualquiera de las medidas del ciclo socialdemócrata, son decretadas como prácticas aberrantes y colectivistas, que con sus regulaciones y cautelas solo alejan a los posibles actores económicos (sean personas, organizaciones o empresas) de sus puntos de ajuste dinámico a los movimientos (y las exigencias) de “los mercados”. No por casualidad vemos incrementarse por doquier el subempleo, la vulnerabilidad, la precariedad y la exclusión social: detrás de la economía digital no solo hay ingenieros y tecnólogos, sino que hay muchos más repartidores, *riders*, almacenistas y una larga lista de subempleos del sector servicios que han resultado fundamentales para mantener la rentabilidad de los núcleos tecnológicos de las nuevas economías de las plataformas

El caos creativo se asocia ahora, casi naturalmente, con el retorno de los pensadores tradicionales del integrismo liberal que dormían políticamente el sueño de

los justos en la era keynesiana (Hayek, Friedman, Rand, Von Mises, etc.), aunque habían continuado teniendo una buena audiencia académica y empresarial. Asistimos a una especie de ceremonia generalizada de canto al individuo, a la información y al uso de metáforas cerebrales, neuronales, matemáticas y

**Asistimos a una ceremonia
de canto al individuo, a la
información y al uso de
metáforas sobre la
superioridad del mercado
frente a cualquier
regulación con
orientación pública**

autoorganizativas para referirse a la enorme superioridad del mercado individualista frente a cualquier sistema de regulación con alguna orientación pública. Metáforas importadas a las ciencias sociales desde la neurología, la termodinámica, la biología o la matemática (por sólo citar algunas) ahora se acaban fundiendo y convirtiendo, por una maniobra de asombrosa digestión intelectual, en el discurso del *management* pos-

tmoderno neoliberal, en el canto del más estricto liberalismo individualista y la economía desregulada que, por fin, ha abandonado cualquier "camino de servidumbre" colectivo. Dada la ausencia de cualquier referencia empírica relevante o estudio sistemático de los resultados sociales reales y contrastables –apenas alguna que otra ilustración o "caso" que serviría, realmente, para justificar cualquier afirmación– que puedan ser atribuidos con certeza a las políticas empresariales e industriales desplegadas según los criterios de la "libertad absoluta," lo que observamos es que la supuesta eficacia y los no menos supuestos triunfos de esa gestión neoliberal postmoderna no son otra cosa que lo que se ha derivado de solicitar la adhesión pragmática a todos los poderes económicos de las élites financieras: un incremento monumental de los beneficios de los oligopolios tecnológicos y financieros y la acumulación de rentas y patrimonios en los detentadores del nuevo poder digital y sus asociados.

Se manifiesta así una paradoja flagrante, primero se hace un canto desde la política conservadora o desde los dueños de las empresas tecnológicas a la libertad como valor absoluto –incluso tratándose de presentar esto con tintes "libertarios"–, pero se practica luego, sin resquemor, políticas de recorte de lo público, limitación de la negociación colectiva, ataque a los más vulnerables, actuaciones inequívocamente xenofobas o aporofobas, o supresión de conquistas históricas de las mujeres o de los colectivos LGTBI. Por otra parte, en coherencia con esta estética de la libertad absoluta, y arrastrando generacionalmente los restos de algunos tópicos discursivos de la "era de la protesta", se acepta todo comportamiento. Así, "todo vale" si es creativo, y esta creatividad puede ser la especulación financiera,

la codicia contable, la piratería informática o la inmensa profusión de formas estéticas comercialmente determinadas. La seducción del caos, el milagro de lo auto organizacional o la despreocupación del azar se nutren, fundamentalmente, del declive del pensamiento político en su sentido más profundo y general a la vez. Los hombres de la desorganización, en esta crisis de la sociedad anónima y de la organización científica, reciben “recetas locas” para “tiempos locos”, caracterizadas por un individualismo mal disimulado vestido de una retórica entre un espiritualismo *new age* y el belicismo extremo; de la corporación como gran casa protectora pasamos a la empresa como multidimensional campo de batalla.

La cuestión social se planteó, históricamente, como una programación política y ciudadana contra el riesgo, la incertidumbre y el miedo provocados por los rigores del mercado y la relación salarial: una cierta redistribución en las rentas privadas y públicas trataba de regular los efectos perversos de la radical desigualdad en la propiedad. El devastador discurso del *management* posmoderno, seguramente más por deformación que por aplicación y desarrollo auténtico de las teorías originales, anuncia la muerte de la cuestión social, de las regulaciones y las protecciones; su única alternativa es dejar fluir el mercado al azar e impulsar la competición tecnológica en ciclos cada vez más recurrentes de euforia y depresión, compuestos por voluntades elementales yuxtapuestas y oponiéndose frontalmente, además, a cualquier intento de voluntad general democrática o proyecto de construcción de lo social, tildándolo de retardatario o totalitario. Parece que para este corto viaje intelectual no hacían falta tantas alforjas caóticas y posmodernas.

Los problemas de organización social en un mundo fragmentado

El lugar que los diferentes grupos laborales han tomado en la economía posfordista no ha sido, pues, casual o accidental, sino el producto de las lógicas de flexibilización de la relación salarial inscritas en el despliegue del nuevo modelo de organización del trabajo, y auspiciadas por las políticas de temporalización y desregulación social de la contractualización laboral. En este sentido, se presenta una abierta contradicción entre los objetivos declarados de inserción de los grupos especialmente débiles y vulnerables en el mercado de trabajo, buscando aumentar y reinstaurar “la cohesión social”, y el contenido estricto de las medidas de competitividad total –de todos contra todos– que se toman en el mercado de trabajo a

nivel cotidiano en el mundo empresarial real. El resultado de estas prácticas es el deterioro del lugar laboral de los grupos sociales con menor defensa institucional, que se han hundido en la desestabilización de las relaciones laborales, hasta hacer estallar el núcleo mismo del sistema salarial fordista y la corporación regulada, enmarcando el funcionamiento económico en nuevas formas de desigualdad social. Formas que, bajo el proteico concepto de flexibilidad y utilizando como coartada la necesidad tecnológica de la misma, han supuesto la ruptura de la lógica estructural que supuso la relación salarial como forma orgánica y ordenada de gestión y uso de la mano de obra.

En los discursos dominantes de la vida económica, la relación salarial se muestra como una variable necesariamente flexibilizada y desinstitucionalizada, dependiente solo de los procesos empresariales, tecnológicos y financieros; procesos que, al ser ahora presentados en su versión de máxima extensión internacional, aparecen de manera anónima y mundializada, tomando la forma de un mecanismo

En este discurso todo lo que no sea el propio mercado queda arrojado a las tinieblas exteriores; esto se manifiesta en metáforas fatalistas o incluso teológicas de la acción económica

incontrolable, sin sujetos, fines, poderes o responsables, sin ganadores o perdedores. Es la forma teológica de presentación del mercado como fin de la historia, las ideologías, los hombres, la verdad y prácticamente de todo (salvo del poder omnímodo de la técnica que cada vez amplía su magia legitimadora y nos va suministrando deidades frente a las que postrarse: internet, algoritmos, inteligencia artificial, plataformas, etc.). Por ello,

desde este discurso todo lo que no sea el propio mercado queda arrojado a las tinieblas exteriores; esto se manifiesta en nuevas metáforas fatalistas o meteorológicas –o incluso teológicas– de la acción económica mercantil, instaurando la imagen de una economía que se autorregula y en cuyas múltiples turbulencias y calmas se generan (en ciclos y circuitos presentados como absolutamente independientes de los poderes reales y prácticamente insondables para las personas comunes) empleos considerados como providenciales, esto es, llovidos del cielo o de la buena voluntad de los grandes señores de las tecnologías. Queda en desuso, ya definitivamente, el argumento keynesiano central –y uno de los fundamentos de la legitimidad racional legal de las democracias modernas– de que el desempleo masivo es el principal azote del capitalismo y que la responsabilidad macroeconómica por el pleno empleo es la primera y más importante función activa y distributiva de los gobiernos.

El trabajo y la realidad salarial cada día parecen más limitados como elementos de generación de identidad homogénea y autónoma, puesto que el trabajo está desarticulado socialmente y presenta situaciones que hacen muy difícil la aparición de la solidaridad mecánica que surge por homogeneidad de horizontes vitales comunes. Es por esto que la defensa de lo público y de *una ciudadanía social* basada en derechos amplios de bienestar parece un elemento básico y sustancial en el reforzamiento de la solidaridad institucional general, superando la idea de una Unión Europea solo definida por el control monetario, lo económico (empresarial) y una ciudadanía europea paradójicamente basada en la circulación libre de capitales y mercancías por el mercado interno continental, pero poco interesada por las personas, sean de donde sean. Ello exige una nueva racionalización y refundación del Estado del bienestar: que sea más austero y menos megalómano, pero a la vez más atento a las demandas concretas, cercanas y reales; mucho más descentralizado y participativo, y con la tendencia a equilibrar los derechos sociales con las obligaciones económicas de los que son titulares de derechos de bienestar, lo que supondría una reconstrucción de la propia condición de ciudadanía. Las disfunciones burocráticas no son solo un problema de las organizaciones estatales, sino de toda gran organización que se hace opaca, desmotivadora y poco o nada participativa. Su remedio no es, por lo tanto, solo la privatización, sino la introducción de mecanismos de comunicación, descentralización y relación entre los funcionarios y los usuarios; los incentivos de interés pueden ser una vía en la consecución de organizaciones más ágiles, pero también los incentivos comunitarios de identidad, solidaridad y ciudadanía política pueden ser definitivamente efectivos en ese fin. De nuevo aquí hay que salir de las aporías del pensamiento gerencial neoliberal, que hace del modelo conceptual de competencia mercantil el canon de todos los comportamientos humanos.

Un Estado del bienestar más participativo, y que no solo debe actuar en función de las necesidades de una nueva economía, también tiene que estar rediseñado en función de las necesidades de una nueva ciudadanía. Una ciudadanía que reconozca el derecho a la igualdad, y no solo la posibilidad de competitividad. Como decíamos antes, gran parte del discurso económico actual es un discurso centrado en que el Estado debe dejar de ser un Estado benefactor para convertirse en un Estado emprendedor; sin embargo, ese paso no puede materializarse sin dejar desprotegidos socialmente a importantes grupos de ciudadanos. Es imprescindible por tanto rearticular también nuestra visión activa hacia esas zonas de vulnerabilidad y exclusión social, integrarlas en la ciudadanía compleja que ha cristalizado

debido a la fragmentación social. Generar redes ciudadanas, y redes de territorios que no sean solamente las redes determinadas por el efecto mercantil (tecnológico y financiero) que se han constituido con el nuevo entramado empresarial neoliberal. Es necesario corregir socialmente (y colectivamente) los efectos agresivos del nuevo modelo de despliegue de la empresarialidad postfordista en el tiempo y en el espacio, haciendo que la potente descentralización productiva y financiera no acabe con sus prácticas de endurecimiento de la competencia con la idea de ciudadanía social misma y los derechos que le han sido consustanciales.

El cada vez más flexible mundo tecnológico permite superar la concepción rígida y tecnocrática del *one best way* típica del taylorismo, y realizar diseños de los instrumentos y herramientas de los procesos productivos. La posibilidad de generar diseños flexibles, *ad hoc*, modulares o incrustados en contextos y requerimientos personales, es un rasgo de adaptabilidad de los procesos productivos actuales que, al rebajar la rigidez organizativa sin por ello perder eficiencia económica, abren fronteras increíbles para la plena incorporación al trabajo de las personas. Sin embargo, han significado en el marco neoliberal casi siempre todo lo contrario: el incremento de la precarización, la inseguridad, a disponibilidad sin límites y la proliferación de los malos trabajos en el sentido más genérico que podemos emplear el concepto. El uso de cualquier tecnología no implica ni exige la pérdida de los marcos de seguridad colectiva en una lucha privativa por adquirir competencias excluyentes, creando subjetividades cada vez más aisladas y socialmente fragmentadas. Toda tecnología se genera y desarrolla en un proceso *sociotécnico* lo que implica que los impactos de la innovación son producto del sistema de relaciones políticas y sociales en las que se desenvuelve. Esto implica desechar la convención *managerial* cada vez más asentada en los tiempos neoliberales, que nos hace tomar al trabajo, cuando lo pensamos con respecto a la tecnología y el mercado, como una variable simplemente dependiente, considerándolo como algo inducido por los elementos tecnológicos y económicos y, por tanto, variable secundaria en la que sólo se puede pensar como resultado del desarrollo de la técnica, y nunca como punto de partida *institucional* de la planificación de tal desarrollo.

Esto exige introducir, en los planteamientos de la nueva gerencia, no solo el habitual recurso a la diferenciación, individualización y *darwinización* de los espacios empresariales (vestido de todos los ropajes postmodernos y caóticos que se quiera), sino el asentamiento de una nueva relación salarial que sea capaz de

configurar un nuevo paradigma institucional –que no solo mercantil– para la estructuración de una gestión regulada, dialogada y socialmente racionalizada de la utilización del trabajo. Solo mediante un modo de regulación y desarrollo socialmente protegido pueden armonizarse las relaciones entre la flexibilidad micro –tomada en un sentido técnico estricto– y el empleo global (cuantitativa y cualitativamente considerado), tomado como un compromiso político previo. En estos momentos, en los que las formas de organización del trabajo han roto las pautas tayloristas simples y la *tecnodiversidad* es un hecho cotidiano, resulta fundamental la inclusión de elementos normativos que desarrolle el apoyo de formas de vida no convencionales, dentro del conjunto de *sistemas y redes* cada vez más *descentralizados* y *multilocalizados* en los que se ha convertido la sociedad posindustrial, frente al gigantismo fabril o gestor del modelo anterior. Los planteamientos sobre las redes, de este modo, no solo servirían para representar situaciones tecnológicas o configuraciones empresariales, sino también para abrir la posibilidad de generar nuevas redes de bienestar y de seguridad descentralizada de la vida cotidiana.

El trabajo, concebido como razón social y política concreta, encarnado en grupos sociales reales, debe ocupar un lugar institucional principal en el conjunto de mecanismos de regulación y gobierno de las democracias actuales

Por ello, se puede decir que el trabajo, sin ningún tipo de esencialismo y concebido como razón social y política concreta, encarnado en grupos sociales reales –sin tomarlo ni como una abstracción historicista y profética, ni como un empleo que se reduce a mera magnitud económica individualizada–, debe ocupar un lugar institucional principal en el conjunto de mecanismos de regulación y gobierno de las democracias actuales. No decimos ni el único, ni el central (entre otras cosas porque ese hipotético centro es cada vez más difícil de encontrar); pero sí insistimos en su importancia y en la necesidad de su reconocimiento en la formación de identidades y en la adquisición de titularidades. Los discursos del fin o la superación del trabajo como titularidad colectiva –para ser sustituido por la excelencia empresarial, la activación, el emprendimiento o las competencias en todas sus acepciones– son, además de empíricamente insostenibles, políticamente arriesgados, porque tienden a consagrar la vida y las referencias sociales y personales de gran parte de los habitantes y las familias occidentales (y del resto del mundo) al perfecto e inconsciente desorden del mercado desregulado, el determinismo tecnológico, los dictados financieros y la flexibilidad total. Frente al impulso posmoderno

y neoliberal de solazarse, ya sea de manera apocalíptica, ya sea de manera integrada, en este marco caótico, parece más lógico a nivel político confiar en el imperfecto orden consensual derivado de los movimientos, grupos e instituciones sociales, entre los cuales el mundo de la empresa y el trabajo sigue siendo una dimensión fundamental. No hay buenas democracias con malos empleos.

Conclusión

En los últimos años, han sido justamente los elementos más individualistas los que se han potenciado en las sociedades occidentales, resquebrajándose la solidaridad institucional representada por el Estado benefactor, el cual hundía sus raíces en el trabajo estable, la seguridad laboral y social, las prestaciones universalizadas y las políticas fiscales progresivas. En este debilitamiento de la cara más progresiva de la modernidad hemos asistido a la deriva hacia la faceta menos presentable del pensamiento occidental, hasta generar un discurso que, en grandes aspectos, se puede caracterizar directamente como contra moderno o antimoderno. Los peligros contemporáneos de desintegración y fragmentación de las identidades sociales, así como de corrosión y disolución de los vínculos cooperativos, han sido la base para la aparición de prácticas políticas, líderes de opinión y movimientos indiscutiblemente antidemocráticos, iliberales, autoritarios y fuertemente reaccionarios, que han tenido una notable recepción social que, si no positiva, al menos, ha sido recibida con indiferencia por parte de amplios sectores de la ciudadanía lo que, cuanto menos, resulta descorazonador e inquietante, especialmente si queremos imaginar o proyectar un futuro que ya de por sí se presenta desafiante ante la amenaza del cambio climático y el colapso ecológico. El posmodernismo se ha tornado en una especie de época postdemocrática, en la que se respetan los elementos legitimadores de la dominación política, pero se ejerce el poder o se aspira a ejercerlo de una manera inequívocamente autoritaria. En este contexto parece imprescindible restaurar la solidaridad social y la seguridad pública como fundamento del ámbito de aplicación de las políticas democráticas. En este sentido, la importancia del estatuto del trabajo, las formas de gestión de la empresa y los estilos económicos de vida son determinantes para poder frenar el ocaso de las democracias y la seducción del totalitarismo.

En consonancia con ello, uno de los hechos más significativos asociado a los fenómenos de conservadurización y abierto autoritarismo que se ha venido produ-

ciendo con la alianza del neoliberalismo con formas fascistas o prefascistas de conducir la vida política de las naciones en pleno siglo XXI –algo que el antropólogo e historiador Karl Polanyi había diagnosticado hace más de ochenta años–, ha sido la irrupción de un populismo empresarial ultraconservador en la arena estrechamente política. Sus líderes pseudo carismáticos son una serie de empresarios –Berlusconi, Trump, Musk y muchos otros– que, formalmente, se presentan como regeneradores del panorama político, enfrentándose al decadente mundo del parlamentarismo profesional con el supuesto crédito de su rotundo éxito empresarial. Se trata de un populismo empresarial, perseguidor nominal de todo lo que considera las ineficiencias burocráticas provocadas por el desgobierno político. Dicho desgobierno estaría originado, según este neopopulismo de origen empresarial, por los intereses de los partidos convencionales o de los sindicatos, pasando por los funcionarios o los grupos profesionales que no juegan en la competencia mercantil y que quieren arrebatarle al pueblo sus recursos –vía impuestos– para vivir sin tener que afrontar los riesgos y adversidades que padece la gente común. En esta forma de populismo se exhibe el coraje o el talento emprendedor de un mitológico personaje, el hombre de negocios triunfador y hecho a sí mismo en el mundo de los negocios, que sabe sobrevivir en el mercado y utilizar sus reglas para conseguir sus espléndidos objetivos frente a adocenados burócratas, políticos parásitos o intelectuales subvencionados. Curiosamente, este populismo empresarial ha atraído y sigue atrayendo a enormes capas de la población en estos últimos años, en muchos casos con trayectorias de vida totalmente ajenas, cuando no antagónicas, a ese líder que ha forjado su carrera en el mundo de los negocios y no en la vida política. De este modo vemos a las clases populares defendiendo a las élites empresariales, apostando por fórmulas preautoritarias o directamente autoritarias, irónicamente derivadas del neoliberalismo económico, que incluso llegan a defender un nacionalismo económico y patriótico cuando sus formas de vida siguen siendo totalmente dependientes de mercados y suministros que tienen un carácter globalizado. Son aparentes paradojas que forman parte de la consolidación de este fenómeno de romper las bases sociales de la economía y la organización empresarial para defender los intereses de las élites tecnológicas, financieras y (por cooptación) políticas.

Todo esto nos revela que, detrás de las formas de la producción y distribución actuales, –con resultados, no demasiado esperanzadores, para el avance de la igualdad, la equidad y el reparto de los riesgos sociales–, se encuentran también las bases para el impulso directo a diversas formas de gobernanza política de carácter

autoritario. Las tecnologías (de fabricación y de gestión) no son ni naturales ni neutras, sino formas de organización diseñadas para maximizar los intereses de unos grupos sociales y minimizar los de otros grupos mucho más frágiles y vulnerables, lo que afecta directamente a los modos concretos de cómo se construye la democracia y la ciudadanía, el poder y las resistencias, la dominación y conflicto social. El estudio sobre los marcos políticos de la empresa contemporánea y sus consecuencias es, en este sentido, vital para el futuro de nuestras democracias.

Luis Enrique Alonso es catedrático de Sociología en la Universidad Autónoma de Madrid.

Carlos Jesús Fernández Rodríguez es profesor titular de Sociología en la Universidad Autónoma de Madrid



¿Condenados a una esfera pública espectacularizada? La política de los mercados de la atención

JAVIER ZAMORA GARCÍA

A fondo

Durante los últimos años, el auge de las redes sociales digitales ha contribuido a generar una esfera pública marcada por un exceso de información, opinión y entretenimiento. Para determinadas perspectivas, vivimos en una «economía de la atención» en la que diversos competidores desarrollan nuevas técnicas para atraer nuestra mirada, convertida en un recurso limitado y escaso.¹ Ahora bien, por mucho que los mercados de la atención hayan ganado popularidad en la era digital, lo cierto es que no son realmente un fenómeno novedoso. Autores como Alison Hearn o Tim Wu vienen planteando que la moderna competición por la atención hunde sus raíces en el auge de las industrias publicitarias y de entretenimiento.² El desarrollo de estas industrias definiría así el comienzo de una época cuyos albores ya anunciaron autores como Guy Debord, quienes nos hablaba de una «sociedad del espectáculo». Con todo, nuestro presente más inmediato también se encuentra marcado por la influencia una serie de eventos posteriores, vinculados con distintas transformaciones socioeconómicas que tuvieron lugar durante los últimos veinticinco años del siglo XX. Fue durante estos años cuando surgió lo que hoy llamamos capitalismo flexible o posfordista, caracterizado por una deslocalización de los sectores productivos, una segmentación cada vez mayor de los mercados de consumo, y una concentración de la inversión de las empresas matrices en el diseño y desarrollo de marcas.³ Esta explosión de las marcas, bien ilustrada por trabajos como *No Logo* y denunciada por movimientos

¹ Thomas H. Davenport y John C. Beck, *The Attention Economy. Understanding the New Currency of Business*, Harvard Business Review Press, Harvard, 2002.

² Alison Hearn y Stephanie Schoenhoff, «From Celebrity to Influence: Tracing the Diffusion of Celebrity Value across the Data Stream», en *A Companion to Celebrity*, ed. P. David Marshall y Sean Redmond, John Wiley & Sons, Chichester, 2016, 194–212; Tim Wu, *The Attention Merchants. The Epic Scramble to Get Inside Our Heads*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 2016.

³ Gerald F. Davis, «After the Corporation», *Politics and Society* 41, no. 2 (2013), pp. 283–308.

como AdBusters, provocó una intensificación de la competición empresarial con el objetivo de atraer la mirada de los consumidores. Junto con este proceso, nuestro presente también se explica por el impacto de algunos avances tecnológicos en las así llamadas Tecnologías de la Información y las Comunicaciones (TIC). El más importante de ellos es la masificación del uso de Internet.

En este contexto, tanto el primer Internet como, posteriormente, las redes sociales digitales, supusieron para muchos una oportunidad con la que transformar una esfera pública dominada por la televisión, que muchos consideraban desde hace tiempo como alienante y superficial. Bernard Manin nos habló de una «democracia de audiencias»,⁴ y fenómenos como Silvio Berlusconi evidenciaban que la esfera pública televisiva ofrecía claros síntomas de agotamiento a la hora de vehicular una conversación pública de calidad. Al mismo tiempo, el debate público se encontraba también estancado por el amplio consenso alcanzado por las ideas neoliberales tras la caída del bloque soviético. Por estas razones, la llegada de las redes sociales digitales pocos años después ofreció la promesa de un cambio basado en la posibilidad de una comunicación entre iguales que prescindiera de los intermediarios tradicionales, revitalizando el debate público mediante la inclusión de nuevas voces y perspectivas. En un contexto de crisis ideológica como fueron los años posteriores a la crisis de 2008, las redes sociales digitales energizaron importantes aspectos de la vida pública democrática a partir de un renacer del activismo, el debate y el periodismo ciudadano. Debido a su importancia en las primaveras árabes o en el movimiento Occupy, estas redes sociales digitales fueron elogiadas por ofrecer una herramienta para el cambio político, y sugirieron autores como Yochai Benkler.⁵ Convenientemente, este entusiasmo con las plataformas digitales fue también azulado por la industria tecnológica de Silicon Valley que, apoyada en gurús económicos como Tim O'Reilly, intentaba recuperarse mediante la retórica de la web 2.0 de la crisis que había supuesto el estallido de la burbuja de las puntocom.⁶

Con el tiempo, sin embargo, las plataformas se han ido desvelando como lugares bastante más problemáticos de lo que parecía. Además de fenómenos conocidos por todos, como las ciberturbas, el acoso digital y las *fake news*, escándalos como

⁴ Bernard Manin, *Los Principios Del Gobierno Representativo*, Alianza, Madrid, 1998.

⁵ Yochai Benkler, *The Wealth of Networks. How Social Production Transforms Markets and Freedom*, Yale University Press, New Haven, 2006.

⁶ Fred Turner y Christine Larson, «Network Celebrity: Entrepreneurship and the New Public Intellectuals», *Public Culture* 27, no. 1 (2015), pp. 53–84.

el de Cambridge Analytica han revelado que las empresas que controlan las plataformas son actores poco comprometidos con la idea de una esfera pública inclusiva, segura e imparcial. Sumado a todo ello, la proliferación de contenido promocional en buena parte de las plataformas ha provocado que pequeñas organizaciones y ciudadanos tengan cada vez más dificultades para hacerse oír en medio del estruendo causado por gigantes de la industria publicitaria y demagogos hábilmente entrenados en aprovechar los algoritmos. Por varias razones, Twitter parecía ser una de las plataformas que mejor resistían estas dinámicas. Utilizada principalmente por periodistas, académicos, activistas y políticos, esta red social había constituido históricamente un lugar privilegiado para tomar el pulso a la conversación pública. Sin embargo, su compra y posterior reorganización por parte del magnate Elon Musk han provocado una profunda crisis traducida en un éxodo masivo, habiendo perdido más del 20% de sus usuarios desde octubre de 2022.

Es tentador entender la breve vida de las redes sociales digitales como la historia de un paraíso democrático que entró en un inevitable declive, como si las fuerzas del realismo se impusieran a las energías utópicas de sus inicios. Sin embargo, lo cierto es que las redes sociales digitales fueron y pueden volver a ser espacios valiosos capaces de transmitir información y mejorar la salud de la conversación pública democrática. Para que esto sea así, sin embargo, deben darse una serie de condiciones. Para entenderlas adecuadamente, es necesario prestar atención a la influencia que tiene el diseño técnico de las plataformas.

Las redes sociales digitales fueron y pueden volver a ser espacios valiosos capaces de transmitir información y mejorar la salud de la conversación pública democrática

El diseño técnico de las redes sociales digitales como punto de partida para el debate

Hoy en día, buena parte de la conversación pública digital tiene lugar en redes sociales digitales. Las redes sociales digitales son un tipo de plataformas digitales que comparten determinadas características funcionales: 1) permiten a los usuarios crear perfiles personales que les identifican dentro de la plataforma; 2) permiten que estos usuarios interactúen entre sí y establezcan conexiones, parte de las cuales pueden ser públicas y consultadas por otros usuarios; y finalmente, 3) permiten que los usuarios produzcan, consuman e interactúen con flujos de contenido

creados por ellos u otros.⁷ En el ecosistema occidental de plataformas, destacan sobre todo redes como LinkedIn, Facebook, Instagram, Twitter o Youtube. Buena parte de ellas fueron creadas hace 15 ó 20 años. LinkedIn fue creada en 2003, Facebook en 2004, Youtube en 2005, Twitter en 2006 e Instagram en 2010. A pesar de que en sus orígenes eran muy diferentes entre sí, todas ellas comparten actualmente estas características. También existen algunas diferencias. Facebook es probablemente la red social más conocida, y está orientada a vehicular esencialmente la vida social más íntima. LinkedIn, por el contrario, se orienta a la vida social profesional. Twitter actúa como una plataforma vinculada a comentar y discutir la actualidad. Youtube e Instagram, por su parte, ofrecen servicios basados en la posibilidad de compartir e interactuar con vídeos e imágenes, respectivamente.

Como hemos anticipado, las redes sociales digitales son hoy mucho más similares entre sí de lo que eran cuando fueron creadas. No solo es que todas permitan compartir contenido e interactuar con él en una red de usuarios, sino que cada vez lo hacen de formas más similares. Uno puede ver vídeos cortos, comúnmente conocidos como *reels*, en Tiktok, Youtube o Instagram. Y las *stories*, introducidas originalmente por la red social Snapchat, fueron posteriormente copiadas por Instagram y Facebook. Esta convergencia de funciones y herramientas no es casual, sino el resultado una competencia entre redes que deriva del modelo de negocio compartido por todas ellas.⁸ Es este modelo de negocio lo que determina el diseño técnico que se traduce en las interfaces que todos conocemos.

Como señalan van Dijck, De Waal y Poell en su importante libro *The Platform Society*, es muy importante tener en cuenta que los diseños técnicos de las redes sociales no son neutrales ni inocentes. Por el contrario, la forma concreta con la que determinadas plataformas vehiculan la vida social está siempre animada por valores sociales específicos.⁹ En el caso de las redes sociales más conocidas del ecosistema occidental, esos valores están íntimamente relacionados con el hecho de que las redes sociales digitales son propiedad de empresas que buscan proveer un servicio al tiempo que obtienen un beneficio. En otras palabras, las características técnicas de las redes dependen de un modelo de negocio

⁷ Danah M. Boyd y Nicole B. Ellison, «Sociality Through Social Network Sites», en *The Oxford Handbook of Internet Studies*, ed. William H. Dutton, Oxford University Press, Oxford, 2013.

⁸ José van Dijck, *La Cultura de La Conectividad: Una Historia Crítica de Las Redes Sociales*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2016.

⁹ José van Dijck, Thomas Poell, y Martijn De Waal, *The Platform Society. Public Values in a Connective World*, Oxford University Press, Oxford, 2018.

determinado, desarrollado inicialmente por empresas como Google o Meta, y que se basa en el uso y rentabilización de los datos. Esta estrategia económica, que ha sido denominada como «capitalismo de la vigilancia»,¹⁰ «economía del *Like*»,¹¹ «capitalismo de plataforma»¹² o incluso «capitalismo netárquico»,¹³ presenta siempre unos rasgos comunes. De forma esquemática, podemos resumir su lógica esencial en el hecho de que las empresas persiguen la extracción, procesamiento, almacenado, circulación y monetización de todos datos sobre la conducta humana.

Una vez que esos datos son recolectados, existen diversas formas de aprovecharlos. Una de ellas es sencillamente dar acceso a la red que los contiene, como hacen plataformas como LinkedIn o Academia.edu con sus servicios de pago. Esta estrategia es especialmente relevante en otro tipo de plataformas distintas a las redes sociales digitales. Pensemos en plataformas cerradas como Blablacar o Airbnb, que operan sobre la base de suscripciones que permiten el uso pleno sus servicios. Sin embargo, los servicios de pago son algo menos importante dentro del caso concreto de las redes sociales digitales, que suelen definirse más bien como plataformas abiertas. En este segundo caso, el modelo de negocio dominante tiene que ver más bien con obtener su fuente principal de ingresos explotando económicamente los datos sobre los usuarios.¹⁴ La forma más efectiva de hacerlo es ofrecer estos datos para la publicidad dirigida. A través de la información que las plataformas tienen sobre nuestra conducta, compañías como Meta (Facebook, Instagram), Google (Youtube), X Corp (Twitter/X) o Microsoft (LinkedIn) permiten que los agentes publicitarios puedan segmentar las audiencias en grupos específicos, ayudándoles a desarrollar estrategias publicitarias más eficientes.

Con el tiempo, el uso de la publicidad dirigida se ha convertido en la principal fuente de ingreso de las redes sociales, por lo que puede decirse que las redes

En la lógica esencial de las redes sociales, las empresas persiguen la extracción, procesamiento, almacenado, circulación y monetización de los datos sobre la conducta humana

¹⁰ Shoshana Zuboff, *La Era Del Capitalismo de La Vigilancia*, Paidós, Barcelona, 2020.

¹¹ Carolin Gerlitz y Anne Helmond, «The like Economy: Social Buttons and the Data-Intensive Web», *New Media and Society* 15, no. 8 (2013), pp. 1348–65.

¹² Nick Srnicek, *Platform Capitalism*, Polity Press, Cambridge, 2017.

¹³ Vasilis Kostakis y Michel Bauwens, *Network Society and Future Scenarios for a Collaborative Economy*, Palgrave Macmillan, Basingstoke, UK, 2014.

¹⁴ Las redes sociales digitales suelen ofrecer también servicios premium, presentes en casos como LinkedIn o Twitter, plataformas que permiten pagos a cambio de esos servicios. No obstante, su fuente de ingresos principal no son estos servicios, sino el comercio de datos.

han ido desarrollando durante los años una alianza estratégica con la industria publicitaria. Esta industria se beneficia de una herramienta que les permite técnicas más potentes que las tradicionales, consiguiendo mejorar su incidencia en los diversos nichos de consumo a los que aspiran llegar. Por su parte, las redes se benefician no solo de los pagos directos por parte de los agentes de la industria, sino también del atractivo que proporcionan sus contenidos, incitando a que los usuarios pasen aún más tiempo en las redes, generando más datos en un círculo virtuoso que se retroalimenta.¹⁵

Twitter como epítome de los problemas que atraviesa nuestra esfera pública digital

Twitter es una red social que fue creada en 2006 como una plataforma de *microblogging* por Jack Dorsey, Evan Williams y Biz Stone con la ayuda de Evan Hensaw-Plath y Noah Glass. Desde sus inicios, Twitter declaró tener por objetivo que sus usuarios pudieran compartir información e ideas sin barreras. El verbo *tuitear* pronto se convirtió en una palabra de uso habitual dentro de determinados círculos. Gracias a sus mensajes breves y a su peculiar microsyntax, basada en los famosos *hashtags* y menciones, Twitter permite una forma particularmente intuitiva e interesante de trazar conexiones entre unos mensajes y otros. Esa forma técnica de sostener la conversación ha sido, sin duda, una de las principales causas de su éxito.

Con todo, el éxito del primer Twitter se debe también a la ambición de sus creadores. En su momento, el fundador y CEO de Twitter Jack Dorsey declaró que su deseo era convertir a esta red social en una infraestructura más, tal y como ocurre con las tuberías o los semáforos. Lejos de ser exclusivo de Dorsey, este deseo es típico de las compañías que gestionan plataformas digitales. La razón de ello es que todas estas empresas aspiran a tener posiciones dominantes en el mercado, pues ese dominio es lo que les permite que la base de datos de sus usuarios sea lo más amplia posible, incrementando su valor. Esta estrategia de negocio, conocida como *Get Big Fast* o *Growth Before Profits*, se basa en ofrecer servicios muy atractivos (y, en gran medida, gratuitos) hasta conseguir fidelizar a una base de usuarios lo más amplia posible, pasando después a rentabilizarla.

¹⁵ Javier Zamora García, *Neoliberalismo y marca personal en la era de las redes sociales digitales*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2024.

Twitter es un ejemplo muy claro de esta estrategia. Creada en 2006, Twitter se financió con inversiones de capital riesgo hasta 2013, momento en que salió en Bolsa alcanzando un valor de 1 800 millones de dólares. Y aunque sabemos que Twitter recibe ingresos por publicidad al menos desde 2010, no llegó a ser realmente rentable hasta 2017, cuando comenzó a explotar su base de usuarios de forma significativa. Pocos años después, Twitter alcanzó su pico máximo de usuarios activos, coincidiendo con otro de los momentos clave de su historia: la adquisición por parte de Elon Musk. En octubre de 2022, el magnate sudafricano compró la compañía por 44 000 millones de dólares y cambió su nombre a X.

Desde su adquisición, Musk fue claro en su intención de cambiar radicalmente el futuro de la red social. Además de despedir al 75% de su plantilla, Musk intensificó los intentos de X por obtener rentabilidad a partir de la publicidad a través de movimientos como el lanzamiento de X Premium, un servicio que permite a los usuarios obtener un mayor impacto de su contenido a cambio. Sin embargo, los efectos más sonados de la llegada de Musk tienen que ver con cómo su gestión modificó la política de control de contenidos de la plataforma. Además de eliminar las reglas que perseguían la desinformación y los discursos de odio, Musk recuperó muchas de las cuentas bloqueadas, entre las que destaca la de Donald Trump. A pesar de que estos cambios se apoyaban en una defensa de la libertad de expresión en el plano retórico, lo cierto es que sus críticos han reseñado que todos estos cambios han favorecido los contenidos de ultraderecha en la red. Esto se ha hecho particularmente evidente durante la última campaña electoral de Donald Trump, que llevaba al propio Musk en su equipo. De hecho, recientes investigaciones revelan que X comenzó a favorecer los contenidos afines al Partido Republicano desde los inicios de la campaña electoral, otorgando menor visibilidad a aquellos afines al Partido Demócrata.¹⁶ Los contenidos generados por el propio Musk también alcanzaron mayores cotas de visibilidad entre toda la base de usuarios de X.

Todos estos hechos han provocado que, desde la llegada de Musk, la base de usuarios de X no haya dejado de descender. Particularmente significativos son dos éxodos. El primero se produjo en Brasil cuando el Supremo Tribunal Federal prohibió el uso de X en agosto de 2024 tras la crisis vinculada con la petición judicial de suspender diversas cuentas que habían incitado a la violencia en las es-

¹⁶ Timothy Graham y Mark Andrejevic, «A Computational Analysis of Potential Algorithmic Bias on Platform X during the 2024 US Election», 2024 (documento de trabajo no publicado), disponible en: <https://eprints.qut.edu.au/253211/>.

cuelas. El segundo se produjo tras la segunda victoria de Trump en noviembre de 2024.

La historia de Twitter/X representa, de esta manera, dos de las patologías más significativas de las plataformas digitales. La primera de ellas es que, a pesar de su retórica, la llegada de Musk ha demostrado que X no es en absoluto una red social neutral, sino más bien un altavoz propagandístico para las fuerzas de derecha radical. La segunda patología tiene que ver con que, independientemente de su ideología, redes como Twitter/X están diseñadas para favorecer determinados

Los valores sociales que alimentan los algoritmos de las redes sociales buscan producir mercados de consumo, no ágoras ciudadanas

contenidos por encima de otros. Más allá de la gestión de Musk, sin duda significativa en lo que respecta a la primera patología, es la segunda de ellas la que mejor explica por qué la conversación en las redes a menudo está poblada de contenido banal, simplista, polarizante o directamente falso. Al fin y al cabo, Twitter/X representa un caso extremo, pero

el resto de las redes sociales digitales más conocidas comparten el mismo problema de base. La forma en que sus algoritmos favorecen determinados contenidos sobre otros privilegia mensajes simplistas y provocadores, pero esto es así porque los valores sociales que alimentan los algoritmos buscan producir mercados de consumo, no ágoras ciudadanas. En todo mercado de consumo, los productos más populares son los más vistos y no necesariamente los de mejor calidad, como evidencian las listas de éxitos musicales o los catálogos de cualquier tienda. Es por eso también que la intensificación de la publicidad en redes satura a los usuarios de un contenido basura que se aleja de aquella expectativa de un diálogo generado por los propios ciudadanos. Finalmente, el hecho de que las redes se hayan diseñado como un mercado de consumo donde nuestra atención es la principal moneda de cambio es lo que provoca que las comunidades de usuarios se agrupen por patrones de afinidad. Igual que ocurre cuando uno navega por Amazon, la plataforma solo nos muestra lo que el algoritmo prevé que deseamos. Esto fractura la conversación pública y genera una esfera pública digital con importantes problemas de pluralismo.

El clima político de los últimos años ha favorecido una lectura que privilegia el impacto de la primera de estas patologías, enfatizando el rol que tiene Elon Musk en la degeneración de Twitter/X. Por las opiniones que emiten la mayoría de usuarios que declaran querer abandonar esta red social, parecería que la causa principal

estriba en cómo Twitter/X se ha convertido en un altavoz de la derecha radical. Esto es grave y sin duda cierto, pero conviene recordar que es posible gracias a la primera de las patologías antes mencionadas. El hecho de que el diseño técnico de las redes favorezca usos publicitarios convierte a las plataformas en herramientas poderosas de propaganda, y las coloca en un lugar perfecto para que liderazgos concretos sesguen el contenido desde determinados parámetros ideológicos.

¿Son plataformas como Bluesky la solución?

En términos globales, el debate público que está generando la crisis de Twitter/X es probablemente menos significativo de lo que parece. X tiene en 2024 335 millones de usuarios, lo cual sitúa a esta red social por detrás de Tiktok (1 600 millones), Instagram (2 000 millones), Youtube (2 500 millones) o Facebook (3 100 millones). Desde un punto de vista agregado, la desinformación y la escasa calidad del debate público probablemente dependan más de estas otras redes que de Twitter/X, por no mencionar la importancia que tienen servicios de mensajería como Whatsapp o Telegram. Lo que hace significativo este debate es que, por primera vez, el hartazgo con la deriva que ha convertido las redes sociales digitales en gigantescos escaparates multimedia se ha traducido en el surgimiento de una posible alternativa: Bluesky.

Bluesky es una red social relativamente nueva que fue concebida en 2019, lanzando una beta abierta en 2023 para finalmente abrirse al público masivo en febrero de 2024. Con esta breve trayectoria, Bluesky está lejos de tener los 335 millones de usuarios que tiene Twitter/X, pero a su vez está muy por encima de los 800 000 usuarios activos que tiene Mastodon, hasta ahora la principal alternativa a Twitter/X. Y, sobre todo, Bluesky evidencia un patrón de crecimiento impactante. Solo en 2024, esta red social ha crecido hasta los 24,5 millones de usuarios, con ganancias relativas especialmente fuertes, como los 5 millones de usuarios que siguieron a la victoria de Trump.

Ahora bien, más allá de estos números, lo verdaderamente significativo del crecimiento de Bluesky es el potencial de su diseño técnico actual para solucionar las dos principales patologías reseñadas más arriba. Como señala Xan López en un magnífico texto,¹⁷ esto se debe a dos características principales. La primera de

¹⁷ Xan López, «Protocolos, Redes Sociales, Democracia», *Amalgama*, 2024, <https://amalgama.ghost.io/protocolos-redes-sociales-democracia/>

ellas es que Bluesky cuenta con protocolos abiertos que permiten la transparencia algorítmica y la interoperabilidad. Proporcionar transparencia en sus algoritmos supone un importante avance respecto de otras redes sociales digitales que, a pesar de su retórica en favor de la transparencia y la apertura, guardan con intenso celo sus algoritmos, provocando que estos actúen como cajas negras que resulta muy difícil entender.¹⁸ Además, Bluesky no solo ofrece algoritmos transparentes, sino que también permite a los usuarios modificarlos. Frente a redes como Twitter/X, que solo permiten que los usuarios utilicen los algoritmos diseñados por la compañía («Para tí» y «Siguiendo»), Bluesky posee una arquitectura modular que estimula una mayor participación de terceros en la plataforma. Esto permite el diseño de múltiples feeds, favoreciendo otros regímenes de visibilidad para el contenido que se produce en el interior de esta red social. Finalmente, Bluesky no se apropiá en exclusiva de los datos generados en su interior, sino que permite a los usuarios llevárselos a otros servidores, evitando así su apropiación privada.

Estas tres características (transparencia algorítmica, interoperabilidad y datos abiertos) constituyen un obstáculo significativo para que Bluesky se convierta en

Estas tres características –transparencia algorítmica, interoperabilidad y datos abiertos– constituyen un obstáculo significativo para que Bluesky se convierta en una plataforma similar a las otras

una plataforma similar a las anteriores. Redes sociales digitales como Facebook, Instagram, YouTube o Twitter/X alcanzaron tanto poder económico porque actuaban como propietarias de los datos de sus usuarios, monetizándolos ante la industria publicitaria al tiempo que sus algoritmos privilegiaban el contenido que esta industria produce. Las características del diseño técnico de Bluesky constituyen, a priori, una salvaguarda frente a este escenario.

En este contexto, el principal problema que limita el potencial de Bluesky (aparte de su crecimiento en términos de usuarios activos) es que no existen garantías significativas de que estas características vayan a mantenerse en el tiempo. Las responsables de Bluesky han asegurado que quieren evitar que la publicidad se convierta en la principal fuente de ingresos de la plataforma, apostando más bien por patrocinios y cuentas premium. La cuestión, sin embargo, es que Bluesky es demasiado joven como plataforma para otorgar credibilidad a este relato. Desde Google a Twitter/X, pasando por Facebook o LinkedIn, son muchas las plataformas

¹⁸ Frank Pasquale, *The Blak Box Society. The Secret Algorithms That Control Money and Information*, Harvard University Press, Londres, 2015.

que han evitado vivir de la publicidad mientras crecían lo suficiente para llegar a ser dominantes en el mercado. Sin embargo, en un determinado momento todas ellas han necesitado probar su rentabilidad ante sus inversores, recurriendo a la publicidad como solución.

Conclusiones

En este contexto, concuerdo plenamente con Xan López en que el desarrollo de una esfera pública digital democrática depende de una multiplicidad de estrategias. No basta que numerosos individuos, de forma aislada, abandonen Twitter y apuesten por Bluesky. Necesitamos, en primer lugar, un debate público extenso y plural que nos permita decidir qué valores y diseños deseamos para nuestras plataformas. Como se escuchaba en los años del 15M, no se trata tanto de que carezcamos del conocimiento técnico para diseñar una red social digital que responda a nuestras necesidades como demócratas, sino de que tenemos que decidir cuáles son esas necesidades y cuál es el diseño que mejor las satisface. Quince años después del auge de las redes, estamos mucho más preparados que entonces como sociedad para discutir estas cuestiones. Este debate debe constituir, en segundo lugar, la base sobre la que sociedad civil e instituciones públicas decidan su presencia en unas redes u otras, idealmente de forma concertada. Sabemos, por la historia de las redes, que todas ellas dependen de un «efecto red», de modo que la acción de actores estratégicos puede motivar un cambio a mayor escala. En tercer lugar, son necesarios mayores esfuerzos regulativos que consigan limitar el alcance de una alianza entre plataformas e industrias publicitarias que no solo provoca problemas para la privacidad, sino que también genera importantes problemas de salud pública vinculados con la adicción a las plataformas. La DSA marca un buen camino, pero es vaga en algunos puntos e insuficiente en otros. Finalmente, considero también importante apostar por la participación pública en la gobernanza de las plataformas. El modelo público-comunitario que caracterizó los primeros años del desarrollo de Internet probablemente sea la mejor forma de combinar las energías innovadoras de la comunidad tecnológica con la capacidad del sector público para diseñar una infraestructura sostenida por valores sociales democráticos.

Por todas estas razones, es trámposo señalar que abandonar Twitter/X y apostar por Bluesky implique abandonar el ágora pública. Hoy por hoy, Twitter/X no equi-

vale ninguna plaza pública, sino, en todo caso, a una esquina relativamente modesta de la misma, por mucho que esta esquina esté poblada de actores influyentes especialmente interesados en el debate público (periodistas, académicos, políticos y activistas, entre otros). En este sentido, dejar Twitter por Bluesky se parece más a cambiar un periódico por otro. Frente a la relativa insignificancia de esta imagen, es ciertamente posible estimular un cambio más estructural capaz de democratizar nuestra esfera pública digital. Sin embargo, para ello necesitamos desarrollar estrategias múltiples y combinadas, pero que atiendan todas a la estrecha relación entre los diseños técnicos de las plataformas y los valores sociales que los sustentan.

Javier Zamora García es doctor en Ciencia Política por la Universidad Autónoma de Madrid e investigador posdoctoral en el programa García-Pelayo del Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.



Alfabetizar mediáticamente en un mundo mediatizado

RICARDO GORDO MUSKUS

Desde comienzos del siglo XX el mundo camina sobre la base de una cultura mediática que conforma la concepción de mundo. La definición de cultura, popularidad y consumo se hace presente en la cotidianidad del contenido televisivo, radial, prensa escrita o digital, entre otros, cada vez con más intensidad. Se busca vender indirectamente estereotipos, modelos, esquemas, marcas y formas de vida que hacen de la sociedad el lugar ideal para el consumo de bienes y servicios. Con ayuda de nuevas tecnologías surgen cada vez más canales que difunden la información e involucran dimensiones representativas y simbólicas en sus presentaciones finales. Esto da origen a una masa heterogénea de lenguajes que exigen al receptor la interpretación sincronizada de todos los estímulos que recibe, para lo cual es ideal contar con la capacitación suficiente y actuar como un agente crítico y constructivo de realidades materiales.

Los nuevos modos de comunicación instauran nuevas formas de decodificar y abstraer los símbolos que nos plantea la realidad, se habla de alfabetizaciones múltiples donde no es posible vislumbrarlo todo desde un solo punto de vista. Los medios y las nuevas tecnologías provocan nuevas formas de conocimiento.

Lamentablemente, el acelerado proceso de tecnificación no ha permitido a la mayoría de las personas consumidoras jugar un papel dinámico y crítico frente a lo que transmiten los medios. Actualmente, nos vemos sumergidos en un analfabetismo mediático, donde la manipulación de la opinión pública es el pan de cada día en el interior de cualquier círculo social. No somos capaces de asimilar simultáneamente todo lo que el medio implica a nivel técnico, cognitivo, estético y discursivo. Su interpretación se reduce a las estructuras superficiales evidentes durante las producciones comunicativas, informaciones noticiosas generalmente, en donde el análisis es segmentado y poco trascendente, por lo que las estructuras profundas de los receptores se encasillan en verdades relativas dirigidas por los intereses de los medios en cuestión.

Es evidente que solo la alfabetización mediática y las posibilidades de posicionamientos críticos que permitan enfrentar el entrecruce efectivo de los medios y la sociedad serán capaces de formar comunidades independientes y críticas frente a la información y las propuestas de consumo comercial. Es allí donde se proyecta la necesidad de una pedagogía crítica de la representación como un rumbo posible para que la educación contribuya a la democratización de las relaciones sociales y, en particular, de la integración medios/ audiencias.

Adentrarse en el campo de los vínculos entre comunicación y educación implica contemplar las motivaciones y prácticas involucradas en esos espacios de interacción social en los que se incluyen múltiples significados y se reconstruyen sentidos colectivos enmarcados en un territorio común. Como imperativo contemporáneo, surge la necesidad de redimensionar las relaciones entre comunicación y educación en aspectos como: i) la recuperación de procesos de vinculación, expresión y liberación y ii) el reconocimiento del carácter ético y político que ordena las actuaciones de cada uno de ellos.



¿Cómo se media? ¿Qué se media?

La anterior viñeta se titula «Noticia Falsa» y es autoría del dibujante argentino Daniel Paz.¹ Esta imagen inspira el título de este escrito: alfabetizar mediáticamente

¹ Daniel Paz, «Noticia falsa», Dibujos, 3 de mayo 2020. Disponible en: <https://danielpaz.com.ar/blog/2020/05/esa-noticia/>

en un mundo mediatizado. Para tratar de dar respuesta a este desafío debemos remitirnos obligatoriamente a la teoría y referencia epistemológica de mediación y mediaciones que han planteado los maestros Manuel Martín Serrano y Jesús Martín-Barbero.

El primero, creador del paradigma de las mediaciones, relaciona los ajustes y desajustes entre información, organización y prácticas sociales como procesos interdependientes, es decir, los conflictos que para el autor eran propios de una sociedad industrializada enmarcada en la producción y la abundancia que ya no lo son y que, por el contrario, ahora se materializan en valores particularistas, afectivos, conservadores promovidos por la televisión como sistema cultural y sistema de producción que controla las maneras de ver, influir y comportarse en el mundo:

La TV, que transporta innovaciones culturales de gran calado, es absorbida por las instituciones mediadoras de control social, revirtiendo e incluso negando sus potencialidades/ capacidades comunicativas mediante un traslado de la coerción lógica (códigos). Las instituciones mediadoras de control social imponen un orden cognitivo particular que usa un repertorio reducido de modelos narrativos para dar cuenta de lo que acontece.²

El concepto de *mediaciones sociales* permite analizar cuáles son y cómo funcionan los mecanismos de control que posibilitan la disonancia cognitiva o contradicciones entre innovación tecnológica o cambio cultural.

Así, aparece el concepto de *mediaciones sociales*: el «papel que desempeña la información en el funcionamiento de la sociedad y también de la naturaleza, aparece como inseparable de la acción que las transforma».³ Con este concepto se puede analizar cuáles son y cómo funcionan los mecanismos de control que posibilitan la disonancia o contradicciones entre innovación tecnológica o cambio cultural.⁴ En

El concepto de mediaciones sociales permite analizar cuáles son y cómo funcionan los mecanismos de control que posibilitan la disonancia cognitiva

² Manuel Martín Serrano, «La estructura de la narración icónica en la televisión. Disertación magistral de Doctorado de Estado en Ciencias y Letras» (Universidad Louis Pasteur, Estrasburgo, Francia, 4 de julio de 1974), *Razón y Palabra*, núm. 72. 2010, pp. 18. Disponible en: <http://eprints.ucm.es/11056/> (recuperado el 20 de noviembre de 2024).

³ Manuel Martín Serrano, «Prólogo para la mediación social en la era de la globalización». *Mediaciones Sociales. Revista de Ciencias Sociales y de la Comunicación*, núm.1, p. 1. Universidad Complutense de Madrid. 2007. Reproducido en *La mediación social*. Edición conmemorativa del 30 aniversario. Akal, Madrid, 2008, pp. 9-27. Disponible en: <http://eprints.ucm.es/10651/> (recuperado el 19 de noviembre de 2024).

esta contradicción, la sociedad se encuentra inmersa en: a) cómo asimilar tecnologías revolucionarias, sin necesidad de proceder a cambios estructurales profundos, y b) hacer cambios culturales y sociales.⁵

Tenemos entonces que la televisión, pero también la radio, la prensa escrita y hoy día la digital y sus redes virtuales, como sistemas institucionalizados que regulan la mediación de la información producen «mediación cognitiva», esto es, «operación sobre los relatos de los medios de comunicación ofreciendo a las audiencias modelos de representación del mundo. La mediación estructural opera sobre los soportes de los medios ofreciendo a las audiencias modelos de producción de comunicación».⁶ En otras palabras, se pretende que cognitivamente la ciudadanía ajuste los modelos que han sido construidos por los medios para controlar socialmente y, a su vez, aceptar las innovaciones tecnológicas, los cambios culturales y la estructura social.

Con lo anterior, entonces, se construye un “orden” en el que el control real [que se lleva a cabo por un mediador: medio de difusión] caracteriza a una sociedad.

Para la Unesco un medio es una «institución, el “cuarto poder”, con funciones profesionales específicas que sus integrantes [periodistas] se comprometen a cumplir en las sociedades democráticas y que son necesarias para la buena gobernanza y el desarrollo social».⁷ Sin embargo, como se puede ver en la viñeta de Daniel Paz, sirve también para construir una realidad contradictoria que es fragmentada a conveniencia de quien sea el sujeto espectador o enunciatario. Esto algo similar a lo que Byung-Chul Han denomina «régimen de la información»: una «forma de dominio en la que la información y su procesamiento mediante algoritmos e inteligencia artificial determinan de modo decisivo los procesos sociales, económicos y políticos».⁸ Para Martín Serrano esto es un «modelo mosaico» que no es más que lugares en los que los hechos son presentados de manera variable de acuerdo al marco de referencia mental, político, social, cultural y económico del espectador, oyente o lector. Pensemos entonces que ese aparente orden que es presentado a un único ciu-

⁴ Daniel Franco Romo. (2011). «Reseña “La mediación social” de Manuel Martín Serrano», *Razón y Palabra*, núm. 75, 2011, p. 4. Disponible en: <https://www.redalyc.org/pdf/1995/199518706015.pdf>

⁵ Manuel Martín Serrano. *Op. Cit.* (2007). p. 7.

⁶ Manuel Martín Serrano, *Innovación tecnológica, cambio social y control social*, Fundesco / Ministerio de Cultura. Madrid. 1985, p. 207.

⁷ Unesco, *Alfabetización mediática e informacional en el periodismo: manual para periodistas y docentes de periodismo*. Disponible en: <https://www.unesco.org/en/articles/media-and-information-literacy-journalism>

⁸ Byung-Chul Han, *Infocracia: la digitalización y la crisis de la democracia*, Taurus, Madrid, 2021.

dadano se debe multiplicar por “n” veces de acuerdo con el número de usuarios que pongan en “juego” su marco de referencia; esto conduce a lo que Martín Serrano llama contradicción:

La contradicción hace más complejo el modelo de la realidad (...) la propia contradicción sirve a la reproducción social del orden contradictorio (...) al imponer una visión fragmentada y disociada de la realidad, la posibilidad de que exista una alternativa al orden social establecido queda descartada. La alternativa que se ofrece es que los desajustes se corrijan actuando sobre los sujetos, que se verán obligados a ‘cambiarse’ continuamente para adaptarse a las transformaciones en curso. El conflicto social objetivo se convierte así en un conflicto personal subjetivo.⁹

El método que permite la identificación de la mediación social en la teoría de Manuel Martín Serrano nace de la identificación de los códigos (generales y particulares) que hay en los productos culturales que configuran la lectura del mundo a partir de los modelos establecidos por los aparatos mediadores que hacen un control social a través de los relatos y, rara vez, de los contenidos que pudiesen conllevar el qué constituye esos relatos. Estos se enmarcan según Manuel Martín Serrano en el acontecer sociopolítico y la vida cotidiana mediante dos estilos narrativos distintos que constituyen ámbitos: *la gesta* y *la parábola*; y con dos objetivos: «por un lado, que la acción social se canalice a través de las instituciones y legitimar las instituciones mediadoras, y por el otro, modelar los impulsos y los deseos propios de la naturaleza humana para que se acomoden a las normas sociales».¹⁰ La idea básica es que «un modelo ideológico siempre tiene detrás un modelo lógico, que lo hace coherente y comprensible».¹¹

Los medios de difusión siempre dominan el referente; de esta manera, a la información mediada deja de importarle la realidad original, lo que ocurre

Es así como los medios de difusión, que son los mediadores sociales, siempre dominan el referente; es decir, establecen su focalización en el referente, en lo otro dejando de lado al otro, al que ve, lee u oye; de esta manera, la información mediada deja de importarle la realidad original, lo que ocurre, y «por medio de lo que para ellos ocurre explican el orden».¹² En palabras de Martín Serrano:

⁹ Daniel Franco Romo, *op.cit.*, p. 7.

¹⁰ Joaquín Paredes y Rocío González, «La gesta y la parábola en los relatos de la comunicación pública», *Chasqui Revista Latinoamericana de Comunicación*, núm. 114-115, CIESPAL, Quito, 2011, p. 52.

¹¹ Daniel Franco Romo, *op. cit.*, p. 8.

¹² Daniel Franco Romo, *op. cit.*, p. 10.

«la acción social puede ser dialéctica, pero la mediación comunicativa nunca lo es».¹³

Por lo tanto, la mediación social transforma a través de la comunicación la acción y la organización, los imaginarios que la ciudadanía tiene del mundo, de sus sistemas culturales y productivos, más aún en un mundo hipermediatizado en el que los procesos de intercambio, producción y consumo simbólico se desarrollan en un entorno caracterizado por una gran cantidad de sujetos, medios y lenguajes interconectados tecnológicamente entre sí.¹⁴ Como señala Pascual Serrano:

Vivimos tiempos en los que nos sentimos aplastados por tanta información, saturados de noticias en papel, en televisión, en radio, en internet. Elaborados por los periodistas de forma precipitada para ser los primeros, breves porque saben que no tenemos mucho tiempo para dedicarle, superficiales porque con tantas tecnologías simultáneas ya hemos dejado de concentrarnos. Como resultado, en los temas de actualidad complejos, que necesitan un seguimiento y unos antecedentes, nos sentimos perdidos. Leemos noticias de apenas una columna o un titular y vemos imágenes de veinte segundos, pero no logramos abarcar la cuestión en toda su perspectiva y contexto.¹⁵

Por otra parte, el profesor Jesús Martín-Barbero, quien entendía el ejercicio del comunicador como un actor social que incide en la manera en que se ve el mundo y la realidad que se estructura a partir de diferentes fenómenos sociales, incluye en el que es quizás uno de sus mayores aportes a la teoría de la comunicación el concepto de «mediación»; para él, este concepto, permite la develación de lo que compone, usa y articula el sistema comunicativo en sus patrones, maneras y comportamientos «que actúan en el ser, pensar, actuar y disfrutar en función de los objetivos económicos de la cultura dominante o hegemónica».¹⁶ Es decir, mediaciones son «dispositivos a través de los cuales la hegemonía transforma desde dentro el sentido del trabajo y la vida de la comunidad».¹⁷ Para Martín-Barbero, este concepto le permite describir otro, el de «consumo», para decir que todos y todas formamos parte de ese juego sin distinción de clase socioeconómica y sociocultural.

¹³ Manuel Martín Serrano, *Teoría de la Comunicación. La comunicación, la vida y la sociedad*, McGraw Hill. Madrid, España, 2007.

¹⁴ Carlos Scolari. «Hipermediaciones. Elementos para una Teoría de la Comunicación Digital Interactiva», *Mediaciones Sociales*, núm. 8, 2008, p. 167.

¹⁵ Pascual Serrano, presentación del libro de Helena Villar *Esclavos Unidos. La otra cara del American Dream*. Disponible en: <http://www.nocierreslosojos.com/american-dream-esclavos-unidos/>

¹⁶ César Ulloa Tapia, «Martín-Barbero y la otra pedagogía», *Chasqui: Revista Latinoamericana de Comunicación*, núm. 102, CIESPAL, Quito, 2008, pp.8.

¹⁷ Jesús Martín-Barbero, *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*, Editorial Gustavo Gili, México, 1987. p. 207.

El objetivo de Martín-Barbero era:

Cambiar el lugar de las preguntas, para hacer investigables los procesos de construcción de lo masivo por fuera del chantaje culturalista que los convierte inevitablemente en procesos de degradación cultural. Y para ello investigarlos desde las mediaciones y los sujetos, esto es, desde la articulación entre las prácticas de comunicación y movimientos sociales.¹⁸

Así, el rol por parte de los aparatos tecnológicos que conllevan la mediación se legitima gracias al caudal informativo que, a su vez, se “camufla” en los productos de consumo que publicitan el *qué* y *cómo* se debe ver, *mirar, oír* y hasta *oler* el mundo. En otras palabras, los «dispositivos», de los que habla Martín Barbero, hacen que el orden establecido por ellos ubique a la información en un lugar de «isomorfismo», es decir, donde la salida y llegada de la información se confunde y difunde en todos los espacios que rodean a quien ve, lee o escucha, y esto gracias a la persuasión que acompaña al consumo y a sus industrias de publicidad, y que hacen que desde ahí se sancione o promueva las maneras de habitar.

No hay que olvidar que para Martín-Barbero los medios de comunicación son agentes culturales e ideológicos que operan sobre el sujeto emancipado por las lógicas de producción; es así, cómo la viñeta de Daniel Paz permite entender que todo es (usando otra idea del maestro Barbero) «melodrama en el que la persona es presa de “gestas” y “paráboles” que le configuran su realidad a partir de unos paradigmas hegemónicos que develan esos rasgos de la sociedad que somos:

Una sociedad que para nada busca romper la ecuación donde los medios configuran la fuerza social y no viceversa y donde el mensaje hace énfasis en la estructura ideológica sobre los procesos de consumo.¹⁹

La necesaria alfabetización mediática

En este sentido, se requiere que la comunicación se configure a través de los procesos y las instituciones sociales como la escuela y la familia y, a través de ellas, se adentre por las fisuras que hay en el sistema mediático con la intención de transformarlos en otros medios, otras voces, otras narrativas, otros relatos, otras miradas y sentires que se aparen en la interacción, cooperación y participación.

¹⁸ Jesús Martín Barbero, *ibidem*, 1987, p. 11.

¹⁹ Guillermo Sunkel, *Una mirada otra. La cultura desde el consumo*, CLACSO, Buenos Aires, 2002, p. 6.

Para esto es fundamental que se permita no solo desde las aulas especializadas, sino desde todos los escenarios sociales alternativos y alterativos procesos de alfabetización mediática que de una u otra manera se sostengan en lo señalado en el párrafo anterior. Si es así, se permitirá, que la ciudadanía pueda entender la estructura del sistema mediático e informacional, pudiendo identificar quiénes son las y los actores que están implicados en eso que se toma como “verdad” haciendo creer que es así por el simple hecho de que están enmarcados en una pantalla analógica o digital. También podrá ayudar a determinar cuál es la responsabilidad ética que tienen sobre quienes ven, leen o escuchan, cómo esa responsabilidad afecta las maneras en que se recibe y asimila la información o cómo se antepone la libertad de expresión de esos conglomerados mediáticos (quizá sea más preciso hablar de la “libertad de negocio”) a ese *bien-estar* social.

Finalmente, es importante retomar las palabras de Jesús Martín-Barbero en su llamado a no dejar de lado lo concerniente a la comunicación en la educación:

La pedagogía se convierte, así, en política puesto que el acceso a la expresión y la creación cultural es experimentado por los alfabetizados como un proceso de lucha por hacerse reconocer en cuanto actores del proceso social. Si la libertad es indivisible, la conquista de la palabra se inscribe en la lucha por la liberación de todo lo que opprime. Sólo entonces adquiere pleno significado la divisa que Freire le dio a su aventura de la educación como práctica de libertad.²⁰

Reflexiones finales

Se debe entender que sin medios de difusión de informaciones no puede haber democracia, como no puede haber democracia sin pluralidad mediática; es decir, en una sociedad donde los medios y el periodismo están supeditados a los poderes y no a sus usuarios, la confianza se erosiona al no evidenciarse con certeza la necesaria transparencia informativa, más aún cuando esos medios están en pocas manos.

Por lo tanto, es necesario educar –bajo los principios de los procesos de la alfabetización mediática– a las audiencias para que comprendan que todo lo que se muestra desde una pantalla digital o analógica, periódico, blog o una red virtual

²⁰ Jesús Martín-Barbero, *La educación desde la comunicación*, Encyclopedie latinoamericana de sociocultura y comunicación volumen 18, Grupo Editorial Norma, 2003, p. 39.

está mediatizado en función del signo editorial al que pertenece el medio en cuestión y que es desde allí donde se generan las informaciones responsables y comprometidas o las *des-informaciones* que no son más que verdades fabricadas e incorrectas que manipulan y expanden escenarios de odio, miedo, xenofobia, intolerancia, etc., desdibujando líneas éticas y democráticas.

La integridad de la información debe volver a permitir el empoderamiento de la gente para que ejerza su derecho a buscar, recibir e impartir información e ideas de todo tipo y sostener informaciones sin interferencias mediatizadas. Es ahí donde la alfabetización mediática cobra valor, pues permite adquirir las habilidades que precisan los procesos para acceder, analizar, evaluar, interpretar, crear y difundir la información que, a su vez, genera pensamiento crítico, comprensión del ecosistema mediático, verificación de contenidos, identificación de contenidos manipulados, conciencia sobre los sesgos, etc.

Se hace necesaria una alfabetización mediática que muestre que la información está mediatizada por el signo editorial al que pertenece el medio en cuestión

Estos procesos redundan en desafíos cognitivos y ciudadanías comprometidas. El cambio de la audiencia es parte de una transformación holística del ecosistema mediático que debe tener fuertes vínculos con la vida política y económica del mundo contemporáneo, pues se permite que desde el uso de los medios se ayude a pensar y construir opiniones formadas.

Las sociedades hipermediatizadas como las actuales consienten que el poder mediático esté en manos de dos actores principalmente: los bancos y las multinacionales, lo que ha ocasionado la “militarización” del espacio público, con el correspondiente menoscabo de la formación política que permite a la ciudadanía volver a tomar parte en las narrativas que hacen posible el poder colectivo y mediático y, por ende, la comprensión de lo que es y *ha* sido mediatizado.

Ricardo Gordo Muskus es docente de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas (Bogotá, Colombia), Magíster en Comunicación, Desarrollo y Cambio Social por la Universidad Santo Tomás y doctorando en Ciencias Sociales y Jurídicas en la Universidad Rey Juan Carlos.





Leer, informarse, reflexionar

Leer. Devorar una novela, un ensayo, hojear un periódico, en papel o en una pantalla: a ojos de los inversores de Silicon Valley, ese ejercicio no solo está obsoleto sino que también es peligroso. Exige tiempo, atención y concentración, demuestra una autonomía personal tanto en la elección de los títulos de prensa y la gestión del tiempo como en la capacidad de “ser para uno mismo”, abierto a la imaginación, la ensoñación, a situarse en los márgenes. “¿Leer? –replican los nuevos comerciantes del tiempo de cerebro disponible–. Mejor mirad las imágenes”.

¿Puede un periódico resistirse al imperio de la inmediatez y rechazar el vibrato emocional que le impone a la información? *Le Monde diplomatique*, con casi 70 años, sigue exigiéndoles a sus lectores el tiempo, reflexión y atención que demandan las noticias internacionales y la batalla de ideas. Al frenesí ambiental contrapone la perspectiva histórica, el reportaje de periodistas especializados, la exposición comprometida pero documentada.

Ni debates en vídeo, ni entrevistas en el sofá, ni fotos de celebridades, ni ‘newsfeed’, ni sección de consumo sobre “las mejores almohadas de viaje”... Nuestra página web no pretende vender publicidad ni los datos de sus usuarios, sino ofrecer nuestros artículos para su lectura. Y pese a ello, *Le Monde diplomatique* existe.



Extracto de “Un periódico no alineado”,
Le Monde diplomatique, noviembre de 2023,
<https://mondiplo.com/un-periodico-no-alineado>

LE
MONDE
diplomatique

Mensual crítico de análisis
e información internacional
www.mondiplo.com

Por una política de los afectos en la economía social y solidaria

DANIELA OSORIO-CABRERA

Las reflexiones que comparto¹ en este artículo son el fruto de articulaciones situadas durante más de diez años de trabajo en enseñanza, investigación y extensión relacionadas al campo-tema de la economía social y solidaria (en adelante, ESS) desde perspectivas feministas. Las reflexiones están atravesadas por una forma de comprender el conocimiento como práctica social,² que se compromete con las personas y contextos con los que nos relacionamos. Desde una posición situada que intenta equilibrar academia y activismo he venido desarrollando estrategias para comprender, aprender y aportar a este campo entre el Sur-Norte global.

La ESS hace referencia a un campo en disputa³ sobre las formas de nombrar a estas experiencias socioeconómicas que suceden en el Sur-Norte global y que adquieren diversas formas de expresión y reconocimiento. Destaco de estas experiencias la búsqueda por establecer relaciones horizontales entre sus integrantes, las relaciones con el entorno desde perspectivas ecologistas, así como el establecimiento de redes de colaboración para su fortalecimiento. Me refiero a experiencias socioeconómicas colectivas más tradicionales como las cooperativas hasta experiencias con modos de organización menos formales (huertos comunitarios, club de trueque, monedas sociales, grupos de crianza compartida).

La preocupación central del trabajo con la ESS que he abordado tiene que ver con el reconocimiento del aporte de estas experiencias al desarrollo de relaciones más justas y equitativas. La mirada feminista que me atraviesa se encuentra inspirada en los diálogos con las epistemologías feministas. Me refiero al reconocimiento de una vida interdependiente que requiere ser reconocida dentro de

¹ En este texto utilizaré la primera persona del singular y primera del plural reconociendo el carácter colectivo del conocimiento que comparto, pero haciéndome cargo de los reordenamientos que presento en este texto.

² Donna Haraway, *Ciencia, ciborgs y mujeres: La reinvención de la naturaleza*, Cátedra, Madrid, 1991.

³ Antonio Cruz, «A construção do conceito de Economia Solidária no Cone Sul», *Revista Estudos Cooperativos*, 12 (1), 2006, pp. 7-27.

marcos de referencia para una vida vivible.⁴ Esta mirada nos señala la necesidad de comprender que necesitamos de otras y otros para vivir, tanto humanos como no humanos. En estos diálogos, la inspiración del trabajo de las economistas feministas ha sido clave, en particular los desarrollos de Cristina Carrasco y Amaia Pérez Orozco sobre la sostenibilidad de la vida.⁵ Con ellas he aprendido acerca de la importancia de repensar los procesos socioeconómicos colocando la vida en el centro, todas las vidas. En un contexto de crisis ecológica, económica, social, política y de cuidados, con el avance de los fascismos en todo el mundo, un cambio radical de mirada es imprescindible.

Con otras compañeras⁶ del campo de la ESS en el Sur-Norte global hemos compartido esta preocupación. Entendemos que la ESS es una oportunidad para aportar en la constitución de relaciones más justas y equitativas si es atravesada por los lentes violetas. Con esto me refiero a trabajar las distintas dimensiones que la mirada de la sostenibilidad de la vida propone, tanto en repensar las relaciones económicas en su materialidad, las relaciones de poder, la centralidad del cuidado de la vida, así como el lugar del afecto y la participación comunitaria. Redefinir lo económico para hacer visible lo invisible, en particular los trabajos que hacen posible la vida como son el trabajo doméstico y de cuidados, así como darle reconocimiento a los cuerpos que lo sostienen.

Las epistemologías feministas nos alertan de la mirada dicotómica. En varias dimensiones la economía feminista (en adelante, EF) insiste en la necesidad de romper con la dicotomía productivo-reproductivo para reconocer lo que sucede en el “entre”.⁷ Con esto me refiero a la necesidad de reconocer que esta dicotomía produce jerarquías entre las esferas e impide ver cuánto encontramos de reproductivo en aquello llamado como productivo. En el caso de la ESS esto es muy

⁴ Judith Butler, *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*, Paidós, Madrid, 2010.

⁵ Cristina Carrasco, «La sostenibilidad de la vida humana: ¿Un asunto de Mujeres?», *Mientras tanto*, núm. 81, 2001, pp. 43-70; Amaia Pérez Orozco, *Subversión feminista de la Economía*, Traficantes de sueños, Madrid, 2015.

⁶ Miriam Nobre, «Economía solidaria y economía feminista: elementos para una agenda», *Revista Papeles de Economía Solidaria*, 4(1), 2015, pp. 1-24; Yolanda Jubeto y Mertxe Larrañaga, «La economía será solidaria si es feminista. Aportaciones de la economía feminista a la construcción de una economía solidaria», en Yolanda Jubeto et al. (eds.), *Sostenibilidad de la vida. Aportaciones desde la Economía Solidaria, Feminista y Ecológica*, REAS, Bilbao, 2014, pp.13-26; Elba Mansilla, Joana Grenzner y Silvia Alberich, *Femení plural. Les dones a l'economia cooperativa*, Diputació de Barcelona, Barcelona, 2014; Flora Partenio y María Atienza, «Las Economías transformadoras desde la Economía Solidaria y Feminista: encuentros, diálogos y propuestas», *Tekoporá. Revista Latinoamericana De Humanidades Ambientales Y Estudios Territoriales*. 4(1), 2022, pp. 27-42.

⁷ Antonella Picchio, Condiciones de vida: perspectivas, análisis económico y políticas públicas, *Revista de economía crítica*, 7, 2009, pp 27-54.

claro en experiencias socioeconómicas como por ejemplo huertos comunitarios y la centralidad del cuidado de la vida en sus prácticas. Sin embargo, también estamos hablando de lo reproductivo cuándo en una cooperativa de trabajo identificamos quién se encarga de limpiar los baños, hacer las compras de la oficina, hacer el café, dejar ordenados los lugares de trabajo. Es necesario entonces reconocer todo eso que hace a lo reproductivo aconteciendo en lo productivo y, sobre todo, hacernos la pregunta de qué cuerpos están siendo responsables de estas tareas. Por lo tanto, hacer visible lo invisible es un aprendizaje del diálogo con la EF.

Esta mirada nos lleva también a redefinir aquello de lo político, para pensar más allá de las formas representativas. Construir una mirada desde la sostenibilidad de la vida también nos aporta a pensar en los efectos de la dicotomía razón-emoción que atraviesa el análisis de las relaciones socioeconómicas. Acostumbradas a la racionalización de la política, la propuesta de la politización de los afectos nos permite analizar el impacto de los mismos en la transformación social.⁸ Es sobre este punto que me quiero detener en este artículo para contribuir a pensar acerca de la dimensión afectiva como potencia y límite de estos procesos colectivos.

**Acostumbradas a la
racionalización de la
política, la propuesta
de la politización de los
afectos nos permite
analizar su impacto en
la transformación
social**

Con las Precarias a la deriva⁹ aprendimos la apuesta feminista por la visibilización, en un sentido amplio, de los cuidados y la importancia de los soportes afectivos. Sin embargo, este reconocimiento no es una invitación a que sea asumida nuevamente por cuerpos feminizados, sino para que se instale en el discurso social y político su dimensión más invisible. Nos invito entonces, a prestar atención a nuestras formas de prestar atención como nos propone Vinciane Despret¹⁰ revisitando procesos con otra sensibilidad e inteligibilidad para aportar en el reconocimiento de las vidas vivibles.¹¹

⁸ Daniela Osorio-Cabrera, «Economía Solidaria y Feminismo(s): pistas para un diálogo necesario», en Enrique Santamaría, Laura Yufra, Juan de la Haba (eds) *Investigando Economías Solidarias*, Pol·len edicions scd y Odile Carabantes, Barcelona, 2018, pp. 97-106.

⁹ Precarias a la deriva, *A la deriva por los circuitos de la precariedad femenina*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2004.

¹⁰ Vinciane Despret, *Habitar como pájaro. Modos de hacer y de pensar los territorios*, Cactus, Buenos Aires, 2022.

¹¹ Judith Butler, *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*, Paidós, Madrid, 2010.

La necesidad de profundizar en los afectos para la sostenibilidad de la vida

Las geógrafas feministas Gibson y Graham¹² nos insisten en la necesidad de visibilizar temáticas históricamente invisibilizadas para crear perspectivas posibles de cambio social. Como señalaba previamente la mirada dicotómica atraviesa el pensamiento moderno. América Latina no escapa a estos procesos de racionalización a través de la colonización del saber.¹³ Como señala María Lugones,¹⁴ el propio análisis de género muchas veces recae en binarismos y jerarquías, reproduciendo invisibilidades en las formas de estar-pensar el mundo según dinámicas sexo-género obviando otras dimensiones como las raciales o de clase.

La problematización sobre los afectos y las emociones ha formado parte de las discusiones académicas actuales. Alí Lara y Giazú Enciso-Domínguez¹⁵ nos hablan de la condensación de los estudios sobre el afecto en el ámbito académico e institucional en los últimos veinte años bajo la noción de giro afectivo. Sin embargo, como señala Sara Ahmed,¹⁶ la mirada sobre los afectos no es nada nueva para los feminismos, en particular los feminismos negros. El trabajo de Audre Lorde¹⁷ es clave en este sentido, por ejemplo, para pensar lo que hoy enunciamos como politización del malestar. Los planteos de Audre Lorde sobre la rabia como fuente de creatividad y motor para el cambio son un ejemplo para pensar el afecto en los procesos de transformación social. Desde esta mirada, se nos invita a pensar no desde lógicas individualizantes, sino a reconocer el carácter práctico de las emociones en cuanto al reconocimiento de las vidas que importan.

En este texto hablaré tanto de afectos como de emociones, reconociendo que existen distinciones entre estas nociones. Desde la filosofía encontramos las inspiraciones en los trabajos de Spinoza¹⁸ sobre el afecto, con relación a esa fuerza o intensidad que se produce en el encuentro, y al aumento o disminución de la

¹² Katerine Gibson y Julie Graham, «Diverse Economies: Performative Practices for "Other Worlds"», *Progress in Human Geography*, 32 (5), 2008, pp. 613-632.

¹³ Anibal Quijano, «Colonialidad y modernidad/racionalidad», *Perú Indígena*, 13, 29, 1992, pp. 11-20.

¹⁴ María Lugones, «Rumbo a un feminismo descolonial», *La manzana de la discordia*, 6, (2), 2011, 105-119.

¹⁵ Alí Lara y Giazú Enciso-Domínguez, «El Giro Afectivo», *Athenaea Digital*, 13(3), 2013, pp. 101-119.

¹⁶ Sara Ahmed, *Manual de la feminista aguafiestas*, Cajanegra, Buenos Aires, 2023, citado en Danelle Sarriugarte Mochales, «La aguafiestas nos une y nos recuerda que la comunidad feminista no es cálida ni cariñosa», *Pikara*, 23 de octubre de 2024, disponible en: <https://www.pikaramagazine.com/2024/10/la-aguafiestas-nos-une-y-nos-recuerda-que-la-comunidad-feminista-no-es-calida-ni-carinosa/>

¹⁷ Audre Lorde, *Hermana otra*, Horas y Horas, Madrid, 2022.

¹⁸ Baruch Spinoza, *Ética*, IV, Alianza Editorial, Madrid, 1987.

capacidad del cuerpo para actuar o conectar. Por otro lado, encontramos las emociones entendidas desde matrices culturales como patrones corpóreo-cerebrales que se producen de manera reconocible como pueden ser el miedo, la angustia, la culpa, la rabia, etc¹⁹. Hacer esta distinción pretende enunciar que no siempre estamos hablando de lo mismo. Sin embargo, desde una mirada integral razón-emoción podemos pensar las emociones como parte de esas formas de ser afectadas en las relaciones sociales.²⁰

Desde la perspectiva de la sostenibilidad de la vida se nos invita a incorporar la dimensión afectivo-relacional en lo económico. Dice Amaia Pérez-Orozco²¹ que incorporar la dimensión emocional en la relación mercado-no mercado permite complejizar el análisis centrado en la lógica de la acumulación, así como la posibilidad de pensar la sustitución automática de todos los trabajos en el espacio remunerado. Como señala Cristina Carrasco,²² si consideramos el trabajo doméstico y de cuidados, podemos decir que es posible sustituir en el mercado las tareas materiales que lo involucran, pero no así el contexto afectivo-relacional que lo sostiene y que es inseparable de sus acciones. Amaia Pérez Orozco²³ nos señala en relación con los afectos en los cuidados, la importancia de considerar por lo menos dos dimensiones: lo insustituible dentro de las relaciones sociales, y también a su doble signo, valorando también las lógicas de sometimiento en las que se pueden sostener estas relaciones.

Los afectos también han sido parte del debate como campo de la producción capitalista y la mercantilización de las esferas reproductivas. Los trabajos de Hardt y Negri²⁴ hablando del trabajo afectivo resaltan el lugar que tienen los afectos en la lógica de explotación capitalista. En palabras de Silvia López-Gil²⁵ los afectos se han convertido en el campo de operaciones del poder, apropiándose de las relaciones de colaboración para la acumulación de valor.

Esta dimensión afectiva también es utilizada actualmente en la expansión de las nuevas derechas.²⁶ La movilización afectiva de la indignación y la rabia, los afectos

¹⁹ Alí Lara y Giazú Enciso-Domínguez, «El Giro Afectivo», *Athenea Digital*, 13(3), 2013, pp. 101-119.

²⁰ *Ibidem*.

²¹ Amaia Pérez Orozco, 2015, *op. cit.*

²² Cristina Carrasco, 2001, *op. cit.*; Amaia Pérez Orozco, 2015, *op. cit.*

²³ Amaia Pérez Orozco, 2015, *op. cit.*

²⁴ Maichel Hardt y Tony, Negri, *Imperio*, Paidós, Barcelona, 2005.

²⁵ Silvia López-Gil, *Nuevos Feminismos. Sentidos comunes en la dispersión. Una historia de trayectorias y rupturas en el Estado español*, Traficantes de sueños, Madrid, 2011.

²⁶ Verónica Gago y Gabriel Giorgi, «Notas sobre las formas expresivas de las nuevas derechas. Las subjetividades de las mayorías en disputa», *Anuario de la Escuela de Historia Virtual*, 21, 2022, pp. 61-74.

reaccionarios, en palabras de Verónica Gago y Gabriel Giori, canalizan en postulados fascistas. La búsqueda de la hiper individualización y la “antipolítica”, el libre mercado, y sus gramáticas de racismo, masculinismo y clasismo son sus características centrales.

Promover una mirada sobre los afectos en la ESS refiere a la necesaria problematización de sus efectos en la vida colectiva. La mirada crítica que proponemos

La mirada crítica que proponemos nos lleva a pensar la política afectiva en su doble signo, como impulso y como freno en los procesos colectivos

nos lleva a pensar la política afectiva en su doble signo, como impulso y como freno en los procesos colectivos.²⁷ Cuando planteamos una política de los afectos nos referimos a la política en un sentido amplio. Haremos referencia en este texto a la politización de la vida cotidiana tanto en sus formas de organización, la toma de decisiones, la

capacidad creativa en la vida colectiva más allá de las instituciones.²⁸

Los afectos como potencia-freno en los procesos socioeconómicos colectivos

Como señalaba al inicio, el componente afectivo es uno de los menos considerados en el análisis socioeconómico, incluso en los espacios de activismo político. La racionalidad dominante del pensamiento colonial nos impide reconocer los efectos que tiene como impulso y freno de la vida colectiva.²⁹ Como señala Florencia Montes Paez,³⁰ si nos proponemos acompañar procesos es necesario recuperar la perspectiva de los cuerpos, afectos y vínculos haciendo evidente la complejidad de estar con el otro, reconocer el carácter profundamente afectivo del acompañamiento. Esto es especialmente así si hablamos de las experiencias del campo de la ESS, experiencias que apuestan por la solidaridad, la confianza y el cuidado de la vida en todos sus términos.

²⁷ Itziar Gandarias y Joan Pujol, «De las otras al no(s)otras: Encuentros, tensiones y retos en el tejido de articulaciones entre colectivos de mujeres migradas y feministas locales en el País Vasco», *Encrucijadas*, 5, 2013, pp. 77-91.

²⁸ Marina Garcés, *Un mundo común*, Ediciones Bellaterra, Barcelona, 2013.

²⁹ James Jasper, «Las emociones y los movimientos sociales: veinte años de teoría e investigación», *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, 10, 2012, pp. 46-66.

³⁰ Florencia Montes Paez, *Acompañar es político. Ensayo transfeminista sobre la situación de calle*, Abduciendo Ediciones, Bs As, 2024.

La propuesta de reconocer los afectos no busca retornar a planteos esencialistas o románticos. La dimensión afectiva nos expone a nuestros deseos y también a nuestros miedos, atravesados por dinámicas sociales. Estas formas de afectación tanto sostienen nuestra presencia, como pueden ser motivo de nuestra distancia o alejamiento de los espacios colectivos. Reconocer el papel que ocupan, generar visibilidad sobre sus efectos y asumir colectivamente la responsabilidad de su gestión, serían parte de la apuesta política para el cambio.³¹

En el acompañamiento de experiencias dentro del campo de la ESS me ha tocado presenciar procesos colectivos que se desarman, no necesariamente porque los números no cierren, sino por relaciones conflictivas a la interna de las organizaciones. Si decimos que en estas experiencias las personas están en el centro es necesario abordar colectivamente el conflicto en ellas. El trabajo de muchas compañeras feministas en el último tiempo en el campo de la ESS viene siendo un aporte para transformar estas invisibilizaciones.³²

La confianza es un elemento destacado en las experiencias de ESS³³ base del relacionamiento y el intercambio. Sin embargo, poco se han estudiado sus efectos en la vida de los colectivos. Los vínculos de confianza se construyen y tienen sus dinámicas de apertura y cierre, aunque no siempre reconocidos entre sus integrantes. Esto que se naturaliza e invisibiliza, tiene efectos importantes en la vida colectiva. Asumirlo y trabajar para descomprimir sus efectos en la organización, se abre como posibilidad y necesidad en estas experiencias. Estrategias como los grupos de bienvenida o las actividades sociales y de ocio más allá de la tarea, colaboran en el conocimiento que teje las redes de confianza.

Exponer la vulnerabilidad en la sociedad que habitamos está mal visto. Al mismo tiempo, la promoción del autocuidado en las dinámicas colectivas muchas veces es señalado como individualismo o egoísmo. Sin embargo, como señala Silvia López Gil,³⁴ la necesidad de mostrar nuestra vulnerabilidad y compartirla, brinda estrategias para reconocer desde donde estamos construyendo la vida en común.

³¹ Daniela Osorio-Cabrera, *Modos de vida vivibles. Economía(s) Solidaria(s) y Sostenibilidad de la vida*, Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona, 2017.

³² Mireia Bosch (coord.), *Democratització i corresponsabilitat de les cures. Pràctiques inspiradores dins de l'administració pública*, Red de Economía Solidaria, Barcelona, 2023, disponible en: <https://xes.cat/llibre/democratitzacio-i-corresponsabilitat-de-les-cures-practiques-inspiradores-dins-de-ladministracio-publica/>

³³ Jean Louis Laville y Jordi García, *Crisis capitalista y Economía Solidaria*, Icaria, Barcelona, 2009.

³⁴ Silvia López-Gil, «Debates en la teoría feminista contemporánea: sujeto, ética y vida común», *Quaderns de Psicología*, 16(1), 2014, pp. 45-53.

La promoción del autocuidado en la vida colectiva refiere a generar colectivamente los mecanismos para cuidar los procesos singulares. Me refiero a que lo colectivo no puede borrar las particularidades y homogeneizar las necesidades de cuidado. Se necesita un abordaje desde el reconocimiento de las diferencias en las emociones para una dinámica común.

Esta no es una invitación a psicologizar los procesos colectivos, llevándolos a un terreno de la individualización, ni instalar jerarquías afectivas donde la negatividad siempre es insana como nos alerta Lucía Gómez.³⁵ Lo que proponemos en este trabajo es romper la dicotomía público-privado de estas afectaciones, superando la lógica individualizante que responde a estas situaciones como “temas personales” que cada quién debe resolver. Asumir la responsabilidad colectiva de estos malestares es uno de los aprendizajes de estos años que me ha tocado compartir. Por un lado, señalando las causas estructurales que profundizan malestares para generar acciones activas para el cambio. Al mismo tiempo, generando estrategias colectivas que asumen la responsabilidad común del cuidado. Algunas de estas acciones desplegadas son: ronda de sentires para iniciar una jornada de trabajo, grupo de cuidados dentro de la organización y/o por afinidades, espacios no mixtos para enunciar incomodidades y trabajarlas.

En estos planteos habita una tensión que entiendo irresoluble o que no busca ser resuelta sino considerada. Por un lado, la necesidad de una mirada crítica sobre los efectos de las dinámicas afectivas que nos exponen al sometimiento de situaciones de opresión. Al mismo tiempo, la necesidad de apelar a estrategias colectivas que pongan en el centro el cuidado de la vida para promover relaciones afectivas que nos potencien en el encuentro. Entiendo que las experiencias colectivas que despliega la ESS son una posibilidad.

Tramas comunitarias afectivas para sostener la vida

Para cerrar, me gustaría resaltar la importancia de estas experiencias en el tejido de una trama afectiva territorializada. Los despliegues de las acciones comunitarias en territorio es una clave en las experiencias colectivas de la ESS.³⁶ En un

³⁵ Lucía Gómez, «Otras cartografías políticas en la vida neoliberal y la disputa cultural», Monográfico Economía Feminista, *Pikara*, 2021, pp. 28-33.

³⁶ Anna Fernández e Iván Miró, *L'economia social i solidària a Barcelona, Ciutat invisible*, Barcelona, 2016.

contexto social de fragmentación y segregación residencial en las grandes ciudades, y que afectan de manera central a las relaciones sociales,³⁷ apelar a la trama comunitaria ha sido clave en estas experiencias.

Hace algunos años escribía³⁸ sobre la posibilidad de apelar a pensar en comunidad(es) afectivas de las que aprender a compartir nuestra vulnerabilidad para hacernos fuertes; para construir espacio-tiempo de los cuerpos que sean una posibilidad para los buenos encuentros. En el último tiempo, con otras compañeras,³⁹ empezamos a resaltar la necesidad de estas tramas comunitarias para la sostenibilidad de la vida, rescatando el despliegue de las redes afectivas en la vida colectiva. Nos inspiramos en las miradas latinoamericanas, en particular los trabajos de Raquel Gutiérrez⁴⁰ sobre la producción de lo común, rescatando las tramas comunitarias que lo sostienen. Trama como metáfora que permite reconocer los hilos que se tejen en las dinámicas colectivas, con nudos a veces más nítidos a veces más difusos, que evita pensar en contornos delimitados o cerrados.

En esta trama, lo común puede verse por los menos de dos formas, según plantea Silvia López-Gil:⁴¹ como la suma de pequeñas realidades que intentan construir una nueva unidad, con el riesgo de cerrarse en sí misma; o como proceso que se abre al contacto y a la posibilidad de ser afectadas, un común que no puede ser clausurado. La idea de tramas comunitarias afectivas no busca identidades cerradas ni límites prefijados, pero sí que despliega en la producción de lo común un hacer colectivo atravesado por el cuidado de la vida. Hablamos con esta noción de relaciones y prácticas que se despliegan, muchas veces territorialmente, para la reproducción material y simbólica de la vida frente a la avanzada capitalista neoliberal.⁴²

**La idea de tramas
comunitarias afectivas
no busca identidades
cerradas, sino un
hacer colectivo
atravesado por el
cuidado de la vida**

³⁷ Marisela Montenegro, Alicia Rodríguez y Joan Pujol, «La Psicología Social Comunitaria ante los cambios en la sociedad contemporánea: De la reificación de lo común a la articulación de las diferencias», *Psicoperspectivas*, 13(2), 2014, pp. 32-4.

³⁸ Daniela Osorio-Cabrera, 2017, *op. cit.*

³⁹ Natania Tommasino, Daniela Osorio-Cabrera, Alicia Rodríguez, Dulcinea Cardozo y María Eugenia Viñar, «Tramas comunitarias para la sostenibilidad de la vida: articulaciones epistemológico-político-afectivas para pensar lo socio-comunitario», en Alicia Rodríguez et al. (ed.), *Experiencias socio-comunitarias en extensión universitaria: diálogos inconclusos*, Facultad de Psicología, Montevideo, 2023, pp. 55-68.

⁴⁰ Raquel Gutiérrez, *Horizontes comunitarios-populares*, Traficantes de sueños, Madrid, 2017.

⁴¹ Silvia López-Gil, «Debates en la teoría feminista contemporánea: sujeto, ética y vida común», *Quaderns de Psicología*, 16(1), 2014, pp. 45-53.

⁴² Natania Tommasino et al., 2023, *op. cit.*

Otra clave para pensar las tramas afectivas se refiere al trato de la diferencia. En este sentido, es clave la idea de la política de la diferencia para recordar su reconocimiento como base del encuentro. En palabras de Audre Lorde,⁴³ habitar la casa de las diferencias como fuente de poder, creación y no de amenaza, reconocer las distintas experiencias que nos atraviesan para encontrarnos. Con esta idea me gustaría destacar los esfuerzos por trabajar desde una mirada interseccional las distintas posiciones que habitan las experiencias de ESS. La apuesta requiere de un trabajo que asuma la gestión de las diferencias no como un *apriori*, sino una constante producción de diferencia para la vida común. Rescatar la mirada interseccional como herramienta política que a partir de las situaciones concretas⁴⁴ nos permite aproximarnos a las dinámicas que establecen entre sí los ejes de opresión. Es decir, ¿en qué medida se construyen las diferencias y se establecen dinámicas que perpetúan procesos de exclusión? Estas preguntas insisten porque necesitamos pensar quiénes no están pudiendo participar en estas dinámicas colectivas, así como la necesidad de generar las condiciones de heterogeneidad que permitan estas diferencias.

**Las cosmovisiones
indígenas nos invitan a
una articulación entre
sentires y saberes que se
engarzan entre sí**

Esto implica, en palabras de Silvia López-Gil,⁴⁵ poner en el centro lo que la articulación desde las diferencias requiere: una política de la escucha atendiendo y aprendiendo de lo que hay de común en la experiencia cotidiana. Por un lado, los lazos que compartimos nos unen por nuestra condición de vulnerabilidad. En paralelo, es importante lograr una política imaginativa que no se quede con lo que hay, sino que genere otros sentidos al interior de las relaciones sociales.

Las relaciones de afecto no solo las pensamos en relación con lo humano, sino también con lo más-que-humano,⁴⁶ estableciendo relaciones de colaboración. La ESS establece sus principios y en muchas de sus prácticas el cuidado de la naturaleza. Las feministas comunitarias guatemaltecas⁴⁷ nos hablan de la noción te-

⁴³ Audre Lorde, 2022, *op. cit.*

⁴⁴ Carmen Romero-Bachiller y Marisela Montenegro, Marisela, «La interseccionalidad como situación», comunicación presentada en el *Congreso Internacional de Psicología Crítica*, Barcelona, España, 2014; Itziar Gandlerias Goikoetxea, «¿Un neologismo a la moda?: Repensar la interseccionalidad como herramienta para la articulación política feminista», *Investigaciones Feministas*, 8.1, 2017, pp. 73-93.

⁴⁵ Silvia López-Gil, «Debates en la teoría feminista contemporánea: sujeto, ética y vida común», *Quaderns de Psicología*, 16(1), 2014, pp. 45-53.

⁴⁶ Donna Haraway, *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*, Consonni, Bilbao, 2020.

⁴⁷ Lorena Cabnal, «Acercamiento a la construcción de la propuesta de pensamiento epistémico de las mujeres indígenas feministas comunitarias de Abya Yala», *Momento de paro Tiempo de Rebelión*, 116(3), pp. 14-17, 2010.

rritorio-cuerpo para reconocer el carácter interdependiente entre nosotras y la naturaleza. Las cosmovisiones indígenas nos enseñan una y otra vez sus aperturas epistemológicas integrales y sus cuestionamientos a la mirada moderna colonial que nos separa. Nos invitan a una articulación entre sentires y saberes que se articulan entre sí. La trama entonces se extiende en ecologías afectivas⁴⁸ que nos conectan con la vida en todas sus formas y que insisten en establecer relaciones de colaboración para la reproducción de la vida humana y no humana.

Una política afectiva para los buenos encuentros

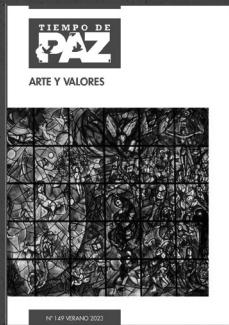
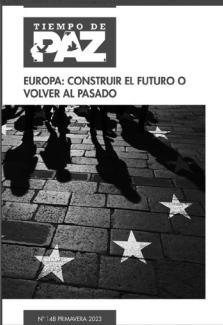
La filósofa uruguaya Anabel Lee Teles⁴⁹ nos habla de una política afectiva que permite crear y recrear nuevas relationalidades. Su trabajo con las experiencias autónomas en la crisis del 2002 en Argentina son su inspiración. Nos invita a generar territorios políticos como ambientes para la creación de relationalidades que ponen en el centro el amor, la alegría, la amistad, la generosidad. Las experiencias de la ESS son eso, un campo de experimentación que reactualiza formas de lo colectivo de ayer y de hoy. Su diálogo con los feminismos nos recuerda la necesaria centralidad del cuidado de la vida, de todas las vidas, el reconocimiento de sus formas de sostenerla y la vigilancia por un reparto equitativo de su responsabilidad. Comprender el carácter profundamente político de los afectos forma parte de esta reflexión, para superar la mirada racional y antropocéntrica que atraviesa las dinámicas colectivas. Dejarnos afectar por estos planteos es una responsabilidad colectiva de primer orden en los tiempos que corren.

Daniela Osorio-Cabrera es profesora adjunta en el Instituto de Psicología Social de la Facultad de Psicología en la Universidad de la República de Uruguay.



⁴⁸ Cristina Cielo y Nancy Carrión, «La transformación de los territorios de cuidado en el circuito petrolero ecuatoriano», en Susanne Hofmann y Melisa Cabrapan Duarte (eds.) *Género, sexualidades y mercados sexuales en sitios extractivos de América Latina*, 2019, pp 61-92.

⁴⁹ Annabel Lee Teles, *Política afectiva. Apuntes para pensar la vida comunitaria*, 2009, Fundación la Hendija, Paraná, 2009.



¡Suscríbete ya a **TIEMPO DE PAZ!**

www.revistatiempodepaz.org #RevistaTiempoDePaz

Tiempo de Paz es una publicación monográfica de análisis e investigación editada por la **ONG Movimiento por la Paz -MPDL-**.

Fundada en 1984, tiene una **periodicidad trimestral** en formato impreso y digital.

Aborda temas relacionados con **asuntos globales y cuestiones sociales** de relevancia y actualidad de la mano de **destacadas autoras y autores** en cada materia.

El consumo en un metabolismo sociedad-sistema Tierra sostenible: una perspectiva alternativa¹

DANIEL ALBARRACÍN SÁNCHEZ

A fondo

La preocupación por las prácticas de consumo en relación con el medioambiente, la salud y el modo de vida despiertan gran interés social, asumiéndose que consumir “alternativamente” contribuye al cambio. Sin embargo, varios son los que se han interrogado con perplejidad sobre su alcance,² teniendo en cuenta que las prácticas de consumo pueden estar sobre determinadas por la oferta, los precios o el poder adquisitivo, estrechando nuestras aspiraciones individuales. Nos proponemos reflexionar, desde este punto de vista, sobre las condiciones en que las prácticas de consumo pueden modificar su entorno, haciéndolo justo y sostenible.

Inspirados en una perspectiva sociohistórica, antropológica y económica,³ desde la economía ecológica, pero también en las últimas y poco conocidas elaboraciones de Marx, bosquejamos la relación histórica entre el fenómeno social del consumo⁴ y las prácticas sociales, como articulaciones dentro de un metabolismo socioprodutivo-Madre Tierra.⁵

¹ Este artículo es fruto del trabajo de investigación relacionado con una estancia de investigación en el departamento de Sociología de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la UAM, como aportación al proyecto “Preocupación medioambiental y prácticas de consumo: una exploración de los discursos sobre cambio climático y consumo sostenible entre la ciudadanía española”, financiado por el Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades, dirigido por Carlos J. Fernández.

² Luis Enrique Alonso, Carlos J. Fernández y Rafael Ibáñez, «Crisis y nuevos patrones de consumo: discursos sociales acerca del consumo ecológico en el ámbito de las grandes ciudades españolas», *Empiria*, núm. 29, 2014, pp. 13-38. Luis Enrique Alonso, Carlos J. Fernández, Rafael Ibáñez y Concepción Piñeiro «Consumo y estilo de vida sostenibles en el contexto de la crisis económica», *Papeles de relaciones ecosociales y cambio ecosocial*, núm.113, FUHEM, 2011, pp. 139-148.

³ David Graeber, *En deuda. Una historia alternativa de la economía*, Ariel, Barcelona, 2021; Karl Polanyi, *Los límites del mercado. Reflexiones sobre economía, antropología y democracia*. Capitán Swing, 2014; Karl Polanyi *La gran transformación. Crítica del liberalismo económico*, La Piqueta, 1997.

⁴ Luis Enrique Alonso, *La era del consumo*, Siglo XXI, Madrid, 2005.

⁵ Daniel Albarracín et al., «Escenarios en la Transición ecológica: el respeto a la biodiversidad como desafío de las políticas económicas y de empleo», *Sociología del Trabajo*, núm. 102, 2023, pp. 53-64.

El consumo, sumido en la mercancía

Tras una larga transición, pues algunas prácticas parciales (colonizadoras, financieras o comerciales) se presentaron anteriormente, el origen del capitalismo en términos estructurales plenos comenzó en el campo inglés del siglo XVI.⁶ Las relaciones de producción que lo impulsaron, guiadas por la ganancia, sistematizan con intensidad la apropiación de la naturaleza, se basan en un tipo propiedad privada excluyente, impulsan prácticas de desposesión –de bienes comunes, bienes naturales libres, prácticas sociales de cooperación–, promueven una mercantilización rivalista que empuja a un ascenso de la productividad, y generalizan la venta de productos básicos –como el alimento– en grandes mercados consolidados y estables, recurriendo posteriormente a formas dependientes de explotación del trabajo (campesinado arrendatario, jornaleros asalariados, trabajo informal estacional, etc.).

Su consolidación requirió de un entramado institucional complejo, con el Estado moderno, asentando unas nuevas relaciones de propiedad y un nuevo tipo de mercado –muy diferente a las ferias medievales o los mercados secundarios, de intercambio de equivalentes y un excedente no maximizado–. Estas nuevas relaciones de producción-reproducción obligan a todos los agentes a un “mejoramiento” productivo competitivo constante. En estas *sociedades capitalistas* se irá generalizando la forma mercancía, y la acumulación devendrá la tendencia inercial.

El acceso a la riqueza, bienes y servicios dentro de las formaciones sociales capitalistas se vio dirigido hacia la forma oferta-demanda-precio cuya expresión mercantil acontece con la adquisición a través del consumo, en el momento de la realización del capital.

El consumo, como adquisición mercantil mediada por un precio y el dinero, comenzará a predominar sobre otras formas de acceso a los bienes y servicios. Al tiempo, el fenómeno del consumo, lejos del mito de la soberanía del consumidor, se verá subordinado a la lógica extractivista-productivista, cerrando el círculo mediante la realización mercantil, configurándose diferentes normas sociales de consumo condicionadas por el nuevo modo vida y su estratificación socioeconómica.⁷

⁶ Ellen Meiksins Wood, *El origen del capitalismo. Una mirada de largo plazo*, Siglo XXI, Madrid, 2021.

⁷ Luis Enrique Alonso y Fernando Conde, *Historia del consumo en España: Una aproximación a sus orígenes y primer desarrollo*, Debate, Madrid, 1994, p. 47.

Dentro de la forma mercancía, así, las formas de consumo están condicionadas por la competencia, por las desigualdades de ingresos derivadas de las diferentes extracciones sociales de consumidores, por los procesos de empleo y de distribución, por los usos y prácticas locales, en gran medida determinadas por la gama de la oferta, así como por los imaginarios construidos por las políticas de marketing y por los aspectos simbólicos de distinción social y representación de aspiraciones sociales diversas.⁸

Mientras el desarrollo capitalista crea escasez,⁹ limitando los bienes comunes libres y propiciando nuevas fuentes de insatisfacción, se induce una gama de oferta a la que se adapta la demanda, segmentando en nichos a los consumidores, sea para dar salida a mercancías de bajo estándar, generando conformidad por un precio asequible, o mercancías distinguidas por un sistema de marca-status, para hacer pagar más por ellas. Dirá Naredo, conectándolo con la dimensión medioambiental:

El engranaje sin fin de la producción y del consumo conduce cada vez más a mejoras productivas ficticias que aun siendo formalmente indicativas de bienestar, no suponen verdaderas mejoras en las condiciones de la vida de la mayoría de los individuos, aunque originen, eso sí, un consumo creciente de trabajo, de energía y de materias primas.¹⁰

Conviene tener en cuenta que la mayor parte de nuestras prácticas de consumo responden a expectativas, presiones u obligaciones de nuestro contexto social, en forma de aspiración simbólica expresada dinerariamente. Algunas de esas aspiraciones son adaptativas, de distinción u identitarias, otras incluso persiguen un estilo de vida alternativo. Estas prácticas de consumo, por tanto, de manera agregada, mueven los mercados y condicionan su evolución. Ahora bien, la expresión de estas aspiraciones, mientras se ciñan a la expresión de su solvencia económica individual –o por parte de pequeños círculos- será integrable funcionalmente en la diversidad de la competencia segmentada del mercado, pues esta entraña la dinámica intrínseca y flexible de la mercancía. Incluso los estilos de vida alternativos pueden verse encapsulados y asimilados por la adaptabilidad del mercado moderno.

Sin embargo, centrar los cambios en el “momento del consumo”, a pesar de sus sujetaciones no es, sin embargo, inocuo sin más, si se hace colectivamente y de

⁸ Pierre Bourdieu, *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, Taurus, Madrid, 2012.

⁹ David Anisi, *Creadores de escasez, del bienestar al miedo*, Alianza Editorial, Madrid, 1995.

¹⁰ José Manuel Naredo, *La economía en evolución*, Siglo XXI, Madrid, 1996, p.51.

manera organizada. Como en todo espacio de negociación, se mueven sujetos, comunidades, fórmulas organizativas e iniciativas sociales que promueven acciones que pueden presionar más allá de las prácticas de autorregulación corporativa de mercado, que pueden generar avisos y alarmas sociales que inciden en la competencia. Determinadas iniciativas de incidencia política pueden presionar a gobiernos o grupos parlamentarios para regular e influir en la ley alterando algunos parámetros de la inercia del mercado. Asociaciones de consumidores, sindicatos sensibles a la calidad del consumo, nuevos movimientos sociales y formaciones

Sin modificar las relaciones sociales de producción mercantiles, el riesgo de asimilación de las prácticas de consumo alternativas es sumamente grande pasado un tiempo

políticas desempeñan un papel de influencia en este sentido. Su influencia final puede modificar la dinámica del mercado, por ejemplo, con las estrategias variadas de etiquetaje. Con todo, y a pesar de lo anterior, debe recordarse que, sin modificar las relaciones sociales de producción mercantiles, el riesgo de asimilación es sumamente grande pasado un tiempo. En definitiva, si esta incidencia no transforma las relaciones y el modelo económico (extracción, producción, transporte, etc.) sus resultados, si no modifican la pauta de acumulación y beneficio, tendrán un impacto limitado en lo que a la justicia o la sostenibilidad del consumo se refiere. Lograrlo supondrá adoptar iniciativas integrales y lo más coordinadas posibles que resistan y se distancien de formas de apropiación, formas de empresa y sistemas de distribución y acceso circunscritos a relaciones convencionales de propiedad privada excluyente, empresas accionariales corporativas orientadas a la acumulación de excedente y a la competencia, y formas de distribución y acceso al uso basados en la lógica de compraventa basada en el beneficio sin regulación de precios.

Eso implica emprender iniciativas basadas en la propiedad comunitaria o pública, empresas públicas o cooperativas coordinadas sectorialmente en torno a parámetros democráticos, una regulación y organización del trabajo horizontal y democrática, y una producción orientada a la satisfacción de necesidades sociales, formas de distribución comunitaria o pública de suministros básicos –distribución de alimentos, energía, agua, internet, etc.- abiertas a vías de acceso al uso basado en formas libres reguladas, alquiler social y usos colaborativos o compartidos –compatibles con la propiedad privada de bienes personales y familiares básicos- que, de asumir parámetros de sostenibilidad, incluyan en su organización la autocontención, priorizando la distribución socialmente justa y la sostenibilidad al productivismo.

Las alternativas son múltiples, pero, en conclusión y en última instancia, reconociendo la fuerza del vector mercantil productivista/consumista dominante, para que las prácticas de consumo superen la sobredeterminación de la producción competitiva de la mercancía, y que las dinámicas reales de consumo puedan adoptar pautas sostenibles, es condición necesaria desarrollar unas relaciones y prácticas sociales alternativas y su metabolismo socioeconómico material correspondiente. De otro modo, el consumo está limitado a las opciones dadas por el marketing, la estratificación diversa de nichos de mercado y la competencia entre oferentes.

Tras la pista de metabolismos sociales sostenibles: los escritos de Marx tras 1868

Cuando hablamos de prácticas de consumo, estamos tratando de tipos de relaciones sociales en marcha, relacionadas con formas de extracción, producción y distribución, y sus consiguientes residuos derivados.¹¹ Dicho de otro modo, una práctica de consumo forma parte de una dinámica más amplia, que, siguiendo la afamada frase de Karl Marx en los *Grundisse* (1976), hace que «todo consumo sea producción, y toda producción consumo», siguiendo una serie de actividades concatenadas en una cadena de valor (siempre sustentadas materialmente por relaciones de reproducción social y ecológicas, así como, dentro de la relación del capital, financieras), a saber:

Extracción -> Transporte -> Transformación primaria -> Transformación final -> Logística de distribución
-> Distribución mayorista -> Distribución minorista -> Venta y Adquisición (consumo) -> Usos

Dependiendo de la formación sociohistórica puede diferir la predominancia de cada fase, y las pautas que guían su movimiento ser muy distintas. Dicho de otro modo, estas fases no son momentos técnicos de un proceso, sino que están insertos dentro de relaciones sociales e históricas que les dan forma y orientan con pautas precisas.

De tal esquema resaltamos ese momento, que es el de los usos, por su relación directa con el aprovechamiento y las necesidades directas, y que, salvo en determinadas actividades de servicios personales pagadas, queda fuera de la forma

¹¹ José Manuel Naredo, *ibidem*.

precio. Salvo para una minoría privilegiada, ese momento es, con frecuencia, descuidado, como también se descuida el medioambiente, atendido en el seno de cada grupo de convivencia según el tiempo disponible, recayendo mayormente esa carga sobre las mujeres. Los modos de uso refieren a las actividades de aprovechamiento de los recursos disponibles, y que no es equivalente al momento de la adquisición, sino al de la preparación, la organización y el disfrute de los mismos.

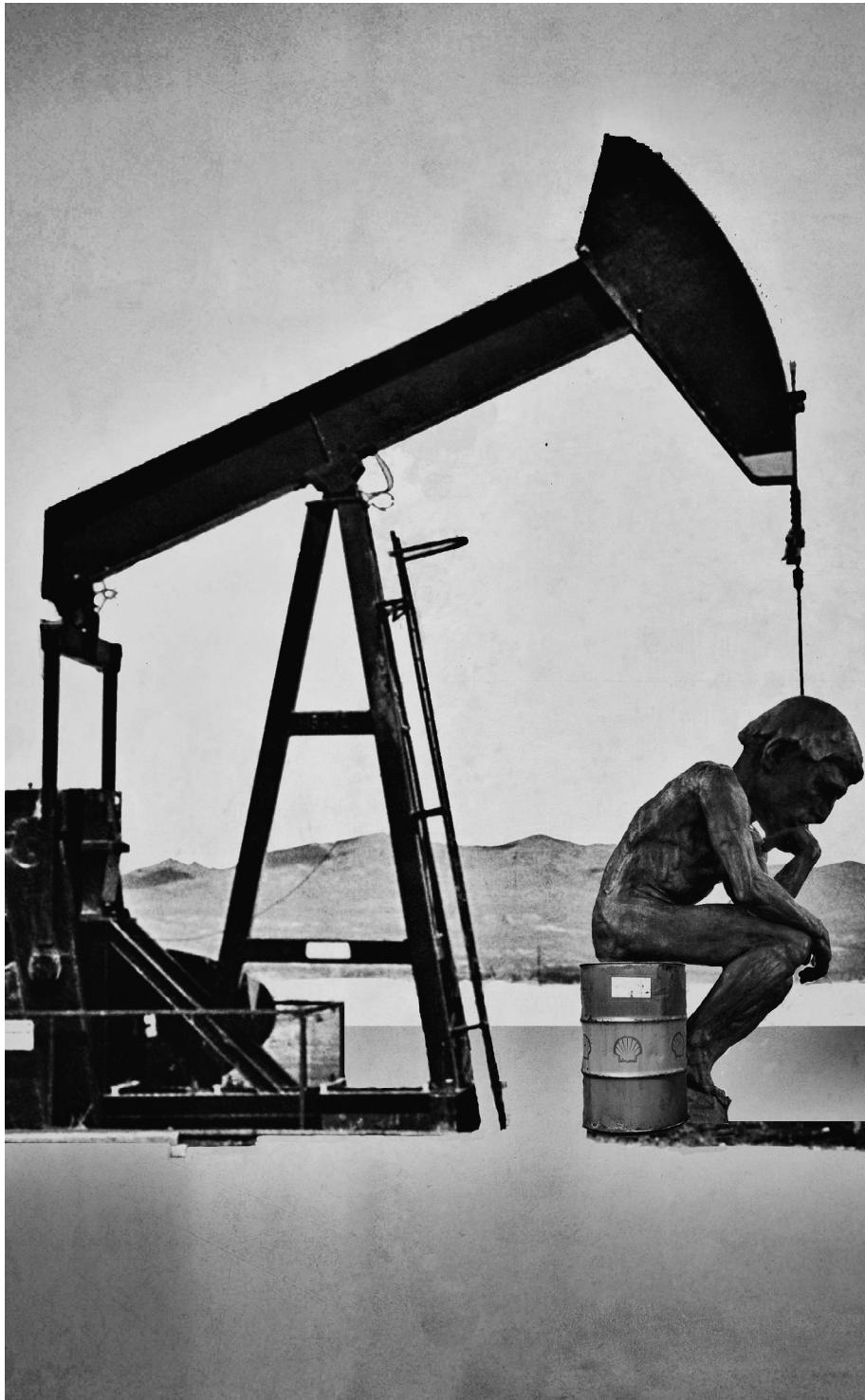
Aunque todas las sociedades humanas han ocasionado una huella ecológica, no todas han sido incompatibles con la sostenibilidad. Algunas incluso han practicado modos de vida conscientes, adaptados y cuidadores y regeneradores de los ciclos de la vida y del territorio. En sociedades pretéritas, nómadas-recolectoras o, después, agrícolas-sedentarias, si eran sostenibles –y las que no, se extinguieron– era como consecuencia de dos posibilidades:

- o bien el nivel poco desarrollado de las fuerzas productivas todavía no extralimitaba la capacidad de carga de su entorno;
- o bien había una adaptación o, a veces, una autorregulación consciente de las condiciones de reproducción de la tierra y los ecosistemas, como sucedía en las tribus comunales germánicas de la *marca* y las *mir* rusas, los indígenas americanos (iroqueses, del Amazonas, etc.), o en varias civilizaciones hidráulicas antiguas (Mesopotamia, Egipto, China, las culturas del Valle del Indo, y algunas civilizaciones mesoamericanas –Mayas, Zapotecas, etc.).

Varias de estas sociedades fueron estudiadas por el propio Marx, en su etapa más madura tras 1868,¹² después de abandonar su primera visión productivista de *El Manifiesto Comunista*. A partir de 1868, Marx estudia diferentes sociedades no occidentales, así como otras precapitalistas. No solo la antigua Roma, sino también las formas de vida de «los nativos americanos, la India, Argelia o Sudamérica».¹³ En 1881, dos años antes de fallecer, en una carta a Vera Zasúlich, manifiesta una visión crítica de la historia como progreso lineal y desplaza su eurocentrismo. Ya desde 1850 se había declarado enemigo frontal del colonialismo, sobre lo cual habría dudas por una carta escrita en su juventud sobre la India. En suma, Marx evolucionó a lo largo de su vida y finalmente abrazó una visión histórica multilineal.

¹² Kohei Saito, *El capital en la era del Antropoceno. Una llamada a liberar la imaginación para cambiar el sistema y frenar el cambio climático*, Penguin Random House Grupo Editorial, Barcelona, 2022.

¹³ Kohei Saito, *op.cit.* p. 144.



Entre las cartas de Marx, recogidas en los *MEGA*, una colección de las obras de Marx y Engels que incluye también sus escritos inéditos, se observa un viraje en sus planteamientos. Asume claramente que es posible propugnar la abundancia de los bienes comunes, y reclamar la disminución radical del espacio del valor de cambio. Encuentra experiencias inspiradoras en el modelo de las sociedades germánicas antiguas basadas en la propiedad y gestión comunal, basadas en el reparto de la tierra por sorteo periódico, el acceso libre y regulado a sus frutos. La idea de que el avance de los modos de producción dependa del desarrollo de las fuerzas productivas, se veía ya relativizada en la primera parte de *El capital*. Pero irá más lejos. Marx, de manera menos sistemática, se adentra en el estudio de la historia, la antropología y las ciencias naturales. A partir de entonces la redacción de la segunda y tercera parte de *El capital* se hizo tortuosa, lenta e incompleta. Se desvía del objeto original de su gran obra, no por distracción o pereza sino porque se pregunta por dimensiones nuevas y relevantes. Sigue los avances en la ciencia para comprender la conexión de la dinámica de la naturaleza en las sociedades y en la producción humanas. Fijará la atención en la fotosíntesis, la cadena alimentaria o el ciclo de nutrientes del suelo –fósforo, nitrógeno...–. Marx dedica parte de sus últimos años a realizar una crítica ecologista al capitalismo, estudiando geología, botánica, química o mineralogía.¹⁴

Marx en 1881, dos años antes de fallecer, en una carta a Vera Zasúlich, manifiesta una visión crítica de la historia como progreso lineal y desplaza su eurocentrismo

máricas antiguas basadas en la propiedad y gestión comunal, basadas en el reparto de la tierra por sorteo periódico, el acceso libre y regulado a sus frutos. La idea de que el avance de los modos de producción dependa del desarrollo de las fuerzas productivas, se veía ya relativizada en la primera parte de *El capital*. Pero irá más lejos. Marx, de manera menos sistemática, se adentra en el

estudio de la historia, la antropología y las ciencias naturales. A partir de entonces la redacción de la segunda y tercera parte de *El capital* se hizo tortuosa, lenta e incompleta. Se desvía del objeto original de su gran obra, no por distracción o pereza sino porque se pregunta por dimensiones nuevas y relevantes. Sigue los avances en la ciencia para comprender la conexión de la dinámica de la naturaleza en las sociedades y en la producción humanas. Fijará la atención en la fotosíntesis, la cadena alimentaria o el ciclo de nutrientes del suelo –fósforo, nitrógeno...–. Marx dedica parte de sus últimos años a realizar una crítica ecologista al capitalismo, estudiando geología, botánica, química o mineralogía.¹⁴

En ese periodo se dedicó al estudio de la antropología, trató durante tiempo el modo de producción campesino de las antiguas sociedades germánicas de la marca, atentas a la conservación del ciclo de nutrientes. La crítica merecida a las dos primeras etapas de la obra de Marx, por su falta de conexión con las dinámicas naturales,¹⁵ parece corregirse en esta etapa poco conocida. Así, Marx considera compatible propugnar la abundancia de los bienes comunes, principalmente naturales, con un sistema estacionario sostenible, al tiempo colaborativo socialmente y en gran medida horizontal.

Las sociedades comunales germánicas perduraron mientras los grandes imperios, como el romano, entre otros, se derrumbaban al reducirse los rendimientos de la tierra sobreexplotada, al haber esquilmado los bosques y propiciado cambios cli-

¹⁴ Kohei Saito, *op.cit.* p. 135.

¹⁵ José Manuel Naredo, *op.cit.*

máticos regionales que perjudicaron la fertilidad de la tierra, sin desdeño de otras causas relevantes como la creciente dificultad para expandir sus territorios y aca-parar fuerza de trabajo esclava.

Cabría decir que las comunidades germánicas de la marca, u otras semejantes, como las *mir* rusas, constituyan formas de organización social satisfechas, sostenibles e igualitarias a pesar de que su capacidad productiva fuera inferior por su carácter estacionario. Algunos rasgos de aquellas sociedades comunales antiguas perduraron en el modo de producción campesino hasta la Edad Media. Brindan un modelo de referencia a tomar en cuenta de cara a una transición a sociedades socialmente justas y sostenibles, sin implicar volver a una sociedad arcaica, considerando rasgos de su organización social, teniendo en cuenta los logros de la ciencia para alcanzar objetivos de suficiencia y sostenibilidad dejando de lado el productivismo. Vale decir, conduciendo y cuidando el proceso de extracción, elaboración, transporte y distribución, y reaprovechamiento de residuos para respetar los umbrales de la «economía del Donut»,¹⁶ satisfaciendo necesidades y evitando la sobrecarga de la biosfera.

Si miramos, más adelante, al siglo XX, en el bloque del socialismo real, por el contrario, los criterios no se basaban en la maximización de la rentabilidad, sino en la obtención de una producción suficiente –con la presión de ser competitivos con las sociedades capitalistas en términos geoestratégicos– y, por tanto, creciente. No eran sociedades democráticas, la planificación era una decisión centralizada, aparte de burocrática. Por su parte, en las experiencias de socialismo de mercado, como la yugoslava, se empleaban criterios competitivos de mercado, participando empresas públicas de trabajadores que se autogestionaban.¹⁷ No había plan central, y la relación con las necesidades se mediaba a través del mercado. Reducían las jerarquías y los conflictos al interno en las empresas, y apenas había desempleo, pero los y las trabajadoras internalizaban los ajustes debido a la competencia y la descoordinación sectorial/estatal. Eran, en ambos casos, sociedades productivistas e insostenibles, aunque en su forma de distribución adoptasen formatos austeros. Ni que decir tiene que la experiencia del capitalismo de Estado chino, a pesar de su mayor eficiencia y su potencia comercial respecto a las potencias oc-

¹⁶ Kate Raworth, «A Doughnut for the Anthropocene: humanity's compass in the 21st century», *The Lancet Planetary Health*, vol. 1, núm. 2, 2017, pp. 48-49.

¹⁷ Daniel Albarracín, «Mandel, precursor de la democratización ecosocialista y autogestionaria del trabajo con rostro humano», en Ernest Mandel, *Autogestión, planificación y democracia socialista*, Editorial Sylene & Viento Sur, 2022, pp. 9-35,

cidentales, poco aporta como ejemplo para una sociedad sostenible, democrática o justa.

Un metabolismo social sostenible con el sistema Tierra implica formas extractivas y una relación con la naturaleza consciente de las dinámicas geológicas de la tierra y de los ciclos biológicos, climáticos, de agua y de nutrientes,¹⁸ así como de la relación termodinámica que las compromete y que, en sistemas cerrados, conduce a la degradación,¹⁹ para prevenir –desde la extracción, pasando por la producción y la distribución– la extralimitación y, en su caso, favorecer la regeneración²⁰ del y adaptación al medio sostenibles.

Unas prácticas de producción sostenibles implican una selección de materiales, fuentes de energía y procesos técnicos aprovechados dentro del flujo de renovación del medio a largo plazo. En algunas sociedades anteriores se aplicaron pautas adecuadas en dimensiones clave, y en las postcapitalistas se podrían emplear con mayor cuidado, por el conocimiento disponible –acumulado por algunas experiencias tradicionales y precisadas por la ciencia y la tecnología-. Un modelo de extracción y producción sobrio en el uso de materiales y energía, que produzca lo suficiente y reparta hasta colmar las necesidades expresadas democráticamente, y no consumos conspicuos ni opulentos.²¹ Su adaptación a la capacidad de carga del planeta aboca a contar con otras características en los tipos, objetivos y ritmos de producción y de trabajo, más lentos, compatibles con los ciclos naturales, mejor focalizados hacia los usos susceptibles de satisfacer necesidades prioritarias, acordadas y bien identificadas.

El desafío no se limita, por tanto, a escoger las técnicas de producción o de organización del trabajo. Estas son importantes, si bien su definición y dinámica están determinadas por las relaciones sociales, y las pautas y objetivos que establecen. La tecnología y la organización del trabajo son fruto de objetivos, diseños, criterios de manejo y usos que,²² en las sociedades capitalistas contemporáneas están

¹⁸ Luis Arenas, José Manuel Naredo y Jorge Riechmann *Bioeconomía para el siglo XXI*, FUHEM Ecosocial/ Catarata, Madrid, 2022.

¹⁹ Nicholas Georgescu-Roegen, *La ley de la entropía y el proceso económico*, Fundación Argentaria, Madrid, 1996.

²⁰ Alex Merlo y Xabier Barandiaran, «Beyond fatalism: Gaia, entropy, and the autonomy of anthropogenic life of Earth», *Ethics in Science and Environmental Politics*, Inter-Research Science Publisher, vol. 24, 2024, pp. 61-75.

²¹ Thorstein Veblen, *Teoría de la clase ociosa*, Alianza Editorial, Madrid, 1984

²² Daniel Albarracín, «Controversias socioeconómicas sobre la tecnología: ¿Una nueva onda larga -expansiva gracias a la revolución digital?», *Revista Internacional de Pensamiento Político*, Vol. 17, núm. 1, 2023, pp. 435-456.

guiados por la búsqueda de la rentabilidad, mediados por la competencia y condicionados por el volumen y dinamismo de los mercados y la estructura de costes (financieros, logísticos, laborales, fiscales, etcétera). Esas pautas están determinadas por un modelo sociopolítico que debe transformarse para adoptar otro metabolismo social, planificando una transición para llegar hacia él. Dada su estructura desigual, el reto de ampliar derechos para las mayorías, que requieren cubrir necesidades insatisfechas hasta la fecha, supondrá un conflicto inevitable por la previsible reacción de unas minorías ante el necesario retroceso de privilegios y malos hábitos de consumo, en particular de las clases dominantes y medianas-altas de los países del Norte Global.

Cambiar y conectar producción y consumo bajo otras relaciones sociales: reflexionando sobre la soberanía alimentaria

Un ejemplo sobre cómo aplicar unas relaciones de consumo mejores, vinculadas con la alimentación y toda su cadena de valor, es el de idear y poner en marcha una posible Política Agraria Común alternativa.²³ Frente al predominante modelo agroexportador intensivo, abrasivo del suelo, esquilmando del agua y excedentario (al tiempo que se extiende el hambre en grandes zonas del planeta), habría que construir una dinámica bien diferente.

La cadena de valor del sector agroalimentario²⁴ está dominada por las sociedades de inversión y un puñado de familias terratenientes; el negocio de suministros de insumos (fertilizantes químicos, fitosanitarios, semillas, maquinaria y tecnologías digitales) por un sistema de distribución comercial oligopólico privado; y las cadenas de suministro global de larga distancia insostenibles por el alto coste energético del transporte. En toda esa cadena quedan sometidos trabajadores, campesinado y consumidores, aplastados por los bajos salarios, empleos estacionales, condiciones de arrendamiento o venta de suministros que suponen un alto coste. Mientras, los precios al consumidor resultan abusivos, quedándose las ganancias las grandes superficies que a su vez imponen bajos ingresos a los productores.

²³ Jorge Riechmann *Cuidar la T(t)ierra*, Icaria, Barcelona, 2003.

²⁴ Véase el núm. 149 de la revista *Viento Sur* dedicado al sector agroalimentario, en particular los artículos de Marta Soler y Carlos Bueno, septiembre de 2024.

No es un secreto que la fórmula para sortear y superar dicho esquema estriba en interconectar directamente la producción y el consumo –sin olvidar un mayor cierre de ciclos-, poniendo en el centro las necesidades, la calidad de la producción y los servicios y usos más demandados de la producción agropecuaria, con una perspectiva universal, democrática y –¿por qué no?– planificada (en tanto que este tipo de demandas suelen ser bastante estables).

Las múltiples iniciativas de cooperativas de consumo, logísticas de distribución de proximidad, cooperativas agrarias y asociaciones de consumidores no pueden librar esta batalla sin una colaboración entre todas ellas, con el apoyo decisivo de sus comunidades y los poderes públicos. Resulta precisa la coordinación de estas iniciativas colectivas dispersas, junto con el despliegue de una comunidad que se vuelque en esos nuevos espacios de generación de valor no guiados por la rentabilidad, el extractivismo, la producción intensiva y la exportación a los mercados mundiales en condiciones de agresividad competitiva. Esta red comunitaria de producción y consumo requiere también una infraestructura de cadenas logísticas, de desmercantilización y despatentización de semillas, y una distribución comercial final que podría tener como actor fundamental al sector público, junto a una regulación de los objetivos de producción acorde a las condiciones de sostenibilidad medioambiental de cada territorio y de satisfacción de las necesidades de la población.

En suma, un modelo de actividad agroecológica sustentable que garantice el cuidado del territorio, generalizando las condiciones mínimas ambientales con estándares científicos más elevados, garantizando condiciones saludables de los productos y el aprovisionamiento asegurado y asequible de bienes públicos. Bienes públicos como son también la protección socioambiental del medio rural, el respeto y regeneración de los entornos naturales para hacer posibles espacios vivos de biodiversidad, con el impulso a unas ciudades reverdecidas y reconectadas con el medio rural de su región, y un acceso universal y de calidad a la alimentación garantizada. Este modelo de economía de proximidad funcionaría mejor con un sistema de propiedad público-comunitaria, donde la producción de insumos y la logística de provisión fueran públicos –supermercados públicos, servicios a domicilio para personas con dificultades de movilidad– y la propiedad fuera distribuida en comunidades rurales colaborativas. Asimismo, el debate sobre el comercio se zanjaría, acabando con la polarización librecambio/proteccionismo, para determinar redes de distribución e intercambio justos entre regiones próximas, de manera sucesivamente abiertas a otras más lejanas, pero primando la cercanía,

desarrollando modelos de intercambio complementario y diversificación suficiente que garanticen la soberanía alimentaria.

Para poder comenzar a construir los primeros ladrillos de un proyecto de esta magnitud, los sujetos organizados han de incluir en sus agendas iniciativas compatibles y orientadas hacia esta actividad. Los sindicatos pueden trazar iniciativas de organización de trabajadores, establecer marcos de solidaridad y creación de comedores colectivos y de servicios comunitarios que desarrolle un sindicalismo social que permita sostener en el tiempo protestas o huelgas en la producción o el suministro, aparte de trazar una línea de cooperación con asociaciones de campesinos o cooperativas agropecuarias y de consumidores que pongan en relación trabajo, producción, distribución y consumo, con nuevas relaciones, condiciones y criterios. Se trata de impulsar un modelo de cooperación público-comunitaria en el que los sujetos, en definitiva, protagonicen el cambio, al mismo tiempo que se establecen los marcos de protección contra la financiarización, el acaparamiento, el *agrobusiness* y el comercio mundial depredadores.

Conclusiones

Si de lo que se trata es de construir unas relaciones sociales de producción que se propongan el hallazgo y construcción de prácticas de consumo sostenibles, éstas han de sortear, resistir o desafiar las condiciones estructurales que comportan las formas adquisitivas de una economía rentabilista y productivista. Esto plantea interrogarse sobre cómo construir instituciones, espacios y prácticas sociales diferenciados y ajenos a la lógica de la mercancía. Prácticas, con sujetos y relaciones alternativas detrás, en las que medien formas cooperativas de producción, provisión y consumo, sustentadas en el asociacionismo social, productivo y sindical, plasmando iniciativas que pongan en práctica dinámicas logísticas de aprovisionamiento colectivo de proximidad, esquemas de apropiación y distribución compartidas, de intercambio simétrico, de reciprocidad o de redistribución, que alteren la relación entre producción, consumo y uso, poniendo en el centro las necesidades sociales y personales priorizadas democráticamente, e incluir en su ecuación topes biofísicos que los haga sostenibles.

Ahora bien, las prácticas sociales alternativas, al igual que con las relaciones comunales tradicionales y la riqueza de lo que fue una naturaleza libre, aun cuando

parezcan coyunturalmente exitosas, no son ajenas a la insaciable flexibilidad adaptativa de la mercancía. Si esas prácticas no se universalizan, por ser meras prácticas individuales o limitadas a círculos pequeños corren el riesgo de verse asimiladas dentro de nuevos y nichos de mercado adaptados, con apariencias, calidades, producto y servicios segmentados por niveles de poder adquisitivo, quedando como meras expresiones de variedades de estilos de vida. Estilos y conductas que pueden presentarse como renovadas, distintivas, ligadas a culturas postmodernas exclusivas, con aspiraciones de reconocimiento, que buscan reintegrarse o diferenciarse. Para que la tentación a conformarse con ello, una y otra vez presente, no sea definitiva, dichas prácticas alternativas requieren portar un proyecto más amplio que el de meras iniciativas voluntaristas, que a lo sumo construyen modas o redes. Yendo más lejos, es preciso establecer un proyecto coherente, colectivo, organizado y sostenido que conduzca a transformar de manera amplia y con otra pauta la cadena de actividad socioeconómica. Solo las prácticas de consumo, organizadas colectivamente, con un proyecto social o político consciente y coordinado, que comprometan y abarquen las formas de extracción, producción y distribución, bajo una práctica social alineada con cambios en las relaciones sociales, podrá, si cuida de ello consciente y organizadamente, adaptarse a los límites y sostenibilidad de la biosfera de manera consecuente.

Daniel Albarracín Sánchez es profesor del Departamento de Economía Aplicada II de la Universidad de Sevilla



Entrevista a Alberto Fraguas y José Manuel Naredo sobre la Alianza de movimientos sociales Más allá del crecimiento

MONICA DI DONATO

La sostenibilidad como enfoque está claramente agotado. Vivimos tiempos llenos de incertidumbres con crisis concatenadas y poliédricas. Hay que deconstruir el relato del permanente crecimiento económico sin límites y de la competencia como factor intrínseco de la naturaleza humana. En ese sentido, la plataforma Alianza, que acaba de nacer, se propone impulsar un camino de reflexión y pedagogía desde la sociedad civil organizada que sea capaz de resolver críticamente el dilema entre “lo que hacemos” y “lo que debemos hacer”, entre “lo posible” y “lo necesario”, en equilibrio entre los objetivos a corto y largo plazo. De la mano de Alberto Fraguas, promotor de la iniciativa, y de Jose Manuel Naredo, una de las voces más acreditadas dentro del panorama político y económico crítico español, que participó en la presentación de la Alianza, exploraremos el contexto de fondo y los elementos claves que inspiran esta renovada preocupación hacia la construcción de un nuevo modelo ecosocial de convivencia que trascienda la ideología dominante.

Alberto Fraguas Herrero es ecólogo y coordinador de Ecología Política de ATTAC Madrid (<https://attac.es/>) y Jose Manuel Naredo es economista, estadístico y libre-pensador (<http://elrincondenaredo.org/>).

Monica Di Donato (MDD): Hace unos días intervistasteis en la presentación de la Alianza Más allá del crecimiento, conformada por 24 organizaciones muy relevantes de la sociedad civil. ¿En qué contexto debemos enmarcarla?

Alberto Fraguas y José Manuel Naredo (AF-JMN): La actual situación está plagada de incertidumbres. Las crisis económicas, sanitarias, ecológicas, se concatenan entre sí con conflictos bélicos de telón de fondo y todo ello con el cambio

climático como multiplicador de amenazas. Una situación ante la que empieza a generalizarse la sensación de falta de respuestas adecuadas por parte de instituciones públicas y también privadas.

Las timoratas reacciones internacionales ante estas guerras, alguna claramente genocida, la torpe gestión de desastres naturales (que se han hecho artificiales), los nefastos resultados de la última COP29 sobre cambio climático y un demasiado largo etcétera están demostrando una inacción intolerable por parte de los gobiernos a la hora de buscar soluciones reales y no tanto subterfugios con mucha carga "lampedusiana" (es decir, que parezca que todo cambia para que nada cambie), que son los que parecen confundirse con remedios aplicados.

Esta es la reflexión que está calando en la gente y en sus organizaciones, derivando y retroalimentando un debate profundo que, por otra parte, ya lleva unos años instalado en determinadas organizaciones y academias e incluso gobiernos, sobre si es factible seguir por este camino que nos lleva hacia el precipicio.

Hasta ahora la reacción del sistema económico ha sido lanzar iniciativas de preventión y corrección, más a modo de "anticuerpos", para supuestamente inmunizar de los efectos crecientes del sistema económico en la biosfera; una reacción para soportar y mantener el sistema dentro de unos cauces rentables que denominó sostenibles. Se crea así la idea del desarrollo sostenible, la economía circular, la transición ecológica, etc. que, más que aportar soluciones, son gestos ceremoniales y propagandas de imagen verde para desactivar la crítica. Si nos atenemos a los hechos, tras casi cincuenta años operando con estas proclamadas «propuestas sistémicas de adaptación sostenible», nos encontramos a nivel planetario con los peores indicadores de la historia. Más gases de efecto invernadero, más extractivismo, más deforestación, más daños a la biodiversidad y a la salud, más problemas derivados del agua, más emigración ambiental, más desigualdades, más pobreza.

Y esto es de lo que son conscientes las organizaciones que forman la alianza Más allá del crecimiento. Creemos que hay que dar una "vuelta de tuerca" a este desarrollo sostenible puesto que no parece que funcione. Después de tanto tiempo hay que concluir que está agotado y, en suma, que se comporta como un oxímoron.

Por tanto, hay que profundizar en otras soluciones más desde las raíces que soporan el actual modelo económico, soluciones que surjan a partir de una escala de va-

lores diferente, donde el “crecimiento económico” deje de ser el indicador de calidad de vida y la economía atienda a objetivos comunes, al bienestar social y ambiental. Para reconducir esta deriva hacia horizontes ecológicos y sociales más saludables es imprescindible cuestionar y cambiar las reglas del juego económico que actualmente acentúan el deterioro ecológico y la polarización social y territorial, para fomentar una economía más integrada en la biosfera que contribuya a la estabilidad ecológica y re establezca la armonía entre personas y países (sobre todo del Norte y Sur y/o entre el bloque occidental capitaneado por EEUU y el de los BRICS).

A todo esto, la crítica hacia el panorama actual y el afán de reconducirlo en el sentido antes indicado, es lo que nos une en la Alianza. Un camino complejo donde hay que revisar en esta puesta en común el propio equilibrio entre objetivos eco-sociales a corto y largo plazo.

MDD: ¿Qué aspectos diferenciales tiene con respecto a otras iniciativas actuales en ámbitos ecosociales?

AF-JMN: Hay una frase que repetimos bastante en la Alianza y es que: «no se trata de ver quien tiene razón, sino en ver qué podemos hacer juntas y juntos». Siguiendo esto no nos hemos preocupado mucho francamente en qué nos diferencia sino más bien en lo que nos une.

Creo que, si hay algo que es propio de la Alianza, es que se trata de una plataforma compuesta por un número nada desdeñable de movimientos sociales que representan una amplia gama de corrientes y sensibilidades críticas presentes en la sociedad civil. Y hay que subrayar que son estos movimientos los que sintetizan los sentimientos de solidaridad, amistad... o generosidad que con distintos matices mantienen la cohesión social y posibilitan la vida al margen de los afanes de lucro y las peleas por el poder que alberga y potencia la actual sociedad piramidal. Son estos sentimientos y estos movimientos que los poderes políticos, económicos y mediáticos acostumbran a ignorar y ningunear, los que esta plataforma trata de agrupar y reforzar, ya que son los pueden potenciar los cambios mentales e institucionales que enderezan el panorama actual hacia horizontes más prometedores. Aunque esté en sus inicios, la plataforma ya está conformada por organizaciones de diferentes ámbitos cuyas distintas sensibilidades esperamos que se potencien mutuamente como la economía (Economistas Frente a la Crisis, Economistas sin Fronteras); las organizaciones ecologistas (Amigos de la Tierra, Ecologistas en Acción,

ción, Greenpeace); de la energía (Plataforma por un Nuevo Modelo Energético); técnicos y científicos (Fundación Nueva Cultura del Agua, Rebelión Científica, Asociación de Agricultura Ecológica); sindicales (CCOO, UGT); de los derechos civiles (Demospaz, Asociación Mareas Blancas); consumidores (CECU); de la justicia social (Plataforma contra los tratados de libre comercio, Plataforma Renta Básica Universal), de la cooperación (Alianza por la Solidaridad); de la economía solidaria (cooperativas como ECOOO y la Garbancita Ecológica) con otras de carácter más transversal (ATTAC, Foro Transiciones, Futuro Alternativo y fundaciones como Alternativas, Transición Verde, Espacio Público y CONAMA), por el momento.

Llevamos muchos años en el activismo ecologista en sus distintas formas, y creamos que hemos cometido algún error en cuanto a ser demasiado endogámicos, a hacer ecologismo en entornos ecologistas y sensibilizar al que ya está sensibilizado, y no hemos pensado lo necesario en cómo extender nuestros enfoques cuando lo importante, y más ahora que nunca, es ampliar el debate llevando las propuestas hacia el resto de la sociedad, pensando que nuestros mensajes han de ser horizontales e inclusivos. Hemos de considerar que todo el mundo –salvo que tenga intereses mezquinos o inconfesables asociados a psicopatías o sadomasoquismos singulares (que siempre hay)– deseará vivir en un entorno ecológica y socialmente acogedor que habrá que cuidar, que a nadie que esté en su sano juicio le gustará estar en zonas degradadas o encontrar la calle plagada de personas carentes de alimentación y vivienda. Así, nuestros mensajes y propuestas han de situarse por encima de las creencias religiosas, políticas o deportivas que dividen a la gente y creamos que la Alianza puede contribuir a ello.

En suma, que hemos de buscar nuevas hegemones sobre la base de análisis de la realidad más amplios e integradores para reorientar los cambios que se vienen dando hacia los horizontes ecosociales más deseables para la mayoría.

MDD: ¿Cómo ir avanzando en ese nuevo modelo? ¿qué herramientas necesitamos?

AF-JMN: Lo primero que debemos entender es que esto, obviamente, no es un partido político que nace para pelear con los otros por el poder, sino una plataforma recién constituida de movimientos sociales críticos del *statu quo*, que trata de potenciar sus discursos y sus acciones mediante una puesta en común, enriqueciéndolos con el intercambio de ideas y sensibilidades, amplificando su audiencia y

haciendo más visible su existencia. La plataforma inicia un proceso en el que las guías o “propuestas preconcebidas en fila” no son válidas, sino que irán surgiendo de esta puesta en común.

El objetivo es ir mudando de paradigmas, ¡nada menos!, para cambiar la mentalidad y la sociedad en el sentido antes indicado y para eso hace falta mucha reflexión y pedagogía, hacia fuera y hacia dentro de las organizaciones de la Alianza. Evidentemente esto no está reñido con hacer comunicados o emprender acciones sobre temas concretos e inmediatos. Hemos de asumir las incertidumbres que surgirán en el equilibrio de objetivos a corto y largo plazo.

MDD: ¿Qué riesgos hay de diseñar programas contrahegemónicos dentro del capitalismo? ¿Cómo resignificamos dimensiones como utopía, libertad, democracia o paz?

AF-JMN: Hemos de darnos cuenta que con el colapso del socialismo real ha colapsado también el relato un tanto simplista de la izquierda que interpretaba la historia como una sucesión de *modos de producción*, espoleada por la lucha de clases que nos llevaría por fuerza desde el *capitalismo* hacia el *comunismo*. Y si la meta deseable del *comunismo* se ha diluido hasta el punto de que la derecha utiliza hoy el término como insulto descalificador, hemos de revisar también si un término económico tan simple como el de *capitalismo* sirve para definir bien el mundo en el que nos ha tocado vivir. Quizás habría que empezar por definirlo mejor para vislumbrar también mejor los nuevos horizontes y poner nombre a las propuestas más o menos utópicas de sociedad hacia las que queremos avanzar rescatando aquella idea de la «utopía necesaria» para tender hacia una sociedad más equilibrada en términos ecosociales.

Para ello, hemos de adoptar un enfoque más amplio y más maduro que trascienda la metáfora de la *producción* y la idea usual de *sistema económico*, para darnos cuenta de que el banco de pruebas de la historia, más que una sucesión de *modos de producción* que nos ha llevado al *capitalismo*, nos muestra una deriva de *modos de dominación* que, lejos de sucederse, evolucionan y se solapan entre sí. El viejo clientelismo, dominante en la antigua Roma, goza hoy de buena salud de la mano de esas organizaciones jerárquicas que son las empresas y los partidos políticos e incluso la esclavitud y la servidumbre, entendidas como control absoluto sobre las personas, siguen existiendo por muy ilegales que sean bajo el disfraz de trabajo asalariado o autónomo libremente consentido por las partes, disfraz que

marca toda una serie de grados de dominación y dependencia que aprietan cada vez más a la gente. A la vez que todas ellas conviven con relaciones de dominación machistas y racistas, además de con las viejas y renombradas relaciones y sentimientos clasistas y elitistas.

La Alianza tiene la ventaja de contar con movimientos críticos que tratan todas estas dimensiones desde distintos ángulos, lo que ayudará a tomar conciencia de ellas y del modo en el que interaccionan. Así, frente a las teodiceas simplistas del cambio social que han venido desembocando en reduccionismos y despotismos diversos, la puesta en común de la Alianza reclama enfoques más maduros que reconozcan las imperfecciones y absurdos de la sociedad en que vivimos para construir sobre ellas una convivencia más sana y razonable. Ello tomando plena conciencia de que por mucho entusiasmo con el que se abracen las utopías y los ideales sociales e individuales más puros, nunca podrán realizarse plenamente porque habrá alguna persona o fuerza impersonal que los parasite o socave, a las que siempre habrá que combatir y frenar. Por ejemplo, hay que advertir que la democracia no es un sistema que pueda instalarse llave en mano y funcione al margen del comportamiento de las personas, sino que puede albergar, en función del afán de intervención y participación de la sociedad civil, desde una ciudadanía libre e igualitaria, hasta el despotismo y la desigualdad más absolutas.

En cualquier caso, no hace falta precisar utopías y mundos ideales a prometer para tomar conciencia de los graves despropósitos que generan la actual crisis de civilización y para sentir la necesidad de corregirlos, como tratan de hacer los movimientos que se integran en esta Alianza.

En este contexto pretendemos ir ampliando nuestra capacidad de intervención social y extendiendo la idea que un nuevo modelo de integración ecosocial implica generar mejor calidad de vida para la gran mayoría de la gente. Si somos capaces de trasladar a la ciudadanía la idea de que nada se pierde, sino que por el contrario todas y todos ganamos y que la protección ambiental es la misma que la social, que la lucha por llegar a fin de mes tiene que ver con la lucha por evitar el actual despilfarro de los recursos, quizás se puedan resistir las embestiduras de los poderes hegemónicos del sistema que son los que explotan estos recursos, poderes que son muy reales y potentes, y a los que el nuevo modelo que se plantea les resultará muy incómodo pues en la base del mismo está lo que esquivan como son el equilibrio ecológico y la equidad social, raíces del mismo árbol.

MDD: ¿Cuál es el papel que reserváis al Estado en ese nuevo modelo?

AF-JMN: No cabe definir a priori ningún modelo de Estado. Lo que si cabe es consensuar su papel, resaltando que esta Alianza tiene que analizar la ardua tarea de rescatar y sanear un Estado hoy parasitado por los *lobbies* y redes de poder imperantes, para conseguir que represente de verdad a la ciudadanía. Este objetivo más inmediato reclama un saneamiento político y económico en gran escala, que condene las habituales prácticas corruptas que asocian la picaresca empresarial con políticos conseguidores, junto con la evasión fiscal y penal de los más ricos y poderosos. Un saneamiento que arroje luz sobre la opacidad en la toma de decisiones que sirven al actual capitalismo clientelar que impone, con sus comisionistas a bordo, megaproyectos y contratas tanto o más lucrativos para algunos, como de escaso interés para la mayoría. Hay que subrayar que el decrecimiento de la corrupción, del despilfarro en contratas y megaproyectos absurdos y/o sobrevalorados, de la evasión fiscal y de otras prácticas de despilfarro interesado, podría liberar enormes recursos hacia aplicaciones económicas, ecológicas y sociales más razonables a consensuar.

Lo anterior no quita para que pensemos también en reorientar el actual modelo de Estado, ya que ofrece un marco institucional propicio al caciquismo clientelar imperante. Recordemos que, si como establece la Constitución y confirma la práctica política española, el poder ejecutivo controla directamente todos los órganos reguladores y desincentiva la participación social y las consultas e iniciativas populares, nos encontramos con que la Transición ha desembocado en una refundación oligárquica del poder en la que, como proponía Franco, todo ha quedado «atado y bien atado» para que ciertas élites sigan parasitando y manejando el Estado a voluntad. Como decía un eslogan del 15M, «lo llaman democracia y no lo es».

Frente a este panorama habría que establecer un marco institucional que evite la concentración y la discrecionalidad opaca del poder en pocas manos y configure y potencie instrumentos de regulación y participación neutrales e informados que orienten y filtren la toma de decisiones importantes. En suma, que habría que invertir mucho más en promover la implicación y la participación ciudadana en los asuntos públicos, que en operaciones, contratas y proyectos absurdos o sobredimensionados a los que se acostumbra a dar barra libre presupuestaria.

Precisamos, pues, un Estado donde las decisiones sean más compartidas y que fomente una economía más basada en cuidados y derechos que en beneficios y

lucros, que apoye iniciativas con menor huella de deterioro ecológico. Un Estado en suma que facilite la autotransformación de la sociedad, es decir que la sociedad pueda cambiarse a sí misma, y que sea soporte de garantías de bienestar social desde la reafirmación de los bienes naturales como bienes comunes.

MDD: ¿Queréis dar como cierre de la entrevista un último mensaje sobre el papel y el tono o el talante que consideráis que deben presidir la Alianza?

José Manuel Naredo: En lo referente a propósitos, sentimientos y reglas de comportamiento que creo que deben presidir esta Alianza (y siempre en la idea de la «utopía necesaria»), me voy a permitir como remate de lo anterior esta nueva vuelta de tuerca al tema en forma algo más poética:

Que esta Alianza sirva

Para multiplicar entornos ecológica y socialmente acogedores
que promuevan la afinidad y la solidaridad como valores
potenciando relaciones intelectuales y afectivas
que generen simbiosis placenteras y creativas.

Entornos amistosos carentes de jerarquías, servidumbres y catecismos
en los que se aparten toda clase de ismos
para hacer que afloren afinidades y sentimientos enriquecedores
que nos conecten ya libres de ataduras y conflictos poco alentadores.

Hagamos que los entornos gratificantes prosperen
como antídotos contra la crispación social y la modorra mental
que los poderes establecidos acostumbran a atizar
arrinconando la mezquindad y los malos humores
que generan enfrentamientos, heridas y sinsabores.

Porque, para evitar el naufragio al que nos arrastran
y vislumbrar un mundo mejor:

hemos de hacer que predomine la España generosa, bella y amigable
sobre aquella otra que hoy impera, fea, mezquina, hortera y pesetera.

J.M.N.

Monica Di Donato es investigadora en el área Ecosocial de FUHEM

La PAH: Resistencia y esperanza frente a la crisis de la vivienda

PLATAFORMA DE AFECTADOS POR LA HIPOTECA (PAH)

Desde su creación, la Plataforma de Afectados por la Hipoteca (PAH) ha sido un referente en la lucha por el derecho a la vivienda en España. Este movimiento ciudadano, nacido al calor de la crisis hipotecaria, ha combinado acciones directas, propuestas legislativas y campañas de concienciación para combatir la mercantilización de un derecho básico. Sin embargo, su camino no ha estado exento de obstáculos: desde la criminalización mediática hasta la falta de voluntad política para implementar cambios estructurales.

En 2008, el estallido de la burbuja inmobiliaria marcó el inicio de una de las peores crisis económicas en la historia reciente de España. Durante años, el modelo de crecimiento del país había girado en torno al sector inmobiliario, incentivando la compra de viviendas mediante créditos fáciles y, a menudo, irresponsables. En ese contexto, muchas familias accedieron a hipotecas con condiciones que dependían de un mercado estable y en expansión. Pero cuando la crisis financiera global golpeó, ese castillo de naipes colapsó.

La recesión provocó una devastadora pérdida de empleos e ingresos en sectores clave, como la construcción, el comercio y la industria. En su punto álgido, España alcanzó tasas de desempleo superiores al 25%, con especial incidencia en las clases trabajadoras. Familias que hasta entonces lograban afrontar el pago de sus hipotecas vieron cómo su situación cambiaba de la noche a la mañana: un despido, una reducción salarial o la quiebra de un negocio familiar bastaban para empujarlas al borde del abismo.

Cuando estas familias dejaron de poder pagar sus cuotas hipotecarias, los bancos comenzaron a ejecutar los desahucios. A pesar de haber rescatado a estas mismas entidades financieras con dinero público, el sistema no ofrecía ningún mecanismo de protección para las personas afectadas. Las viviendas eran embargadas, pero las familias no quedaban liberadas de sus deudas: la legislación hipotecaria española permitía que, tras el desalojo, los bancos subastaran los inmuebles por precios muy inferiores al valor de la hipoteca original, dejando a las personas no solo sin casa, sino también con deudas impagables de por vida.

Este doble castigo fue una de las características más crueles de la crisis habitacional. Los afectados no solo perdían su hogar, sino que veían cómo su futuro económico quedaba destruido. Las deudas pendientes, infladas con intereses y gastos legales, significaban que muchas familias tenían que empezar de cero, pero sin posibilidad real de recuperar la estabilidad financiera. Es decir, incluso después de perder su vivienda, las personas seguían obligadas a pagar la diferencia entre el valor de tasación y el importe restante de la hipoteca, perpetuando un ciclo de exclusión financiera y social.

Entre 2008 y 2014, los bancos ejecutaron más de 600 000 desahucios, una cifra que refleja la magnitud del problema. En 2008, se produjeron unas 27 000 ejecuciones hipotecarias, cifra que se disparó con los años y alcanzó su punto álgido en 2013, con más de 93 000 procedimientos iniciados solo ese año.

El sistema bancario, cuya aparente solidez fue erosionada por la falta de regulación efectiva durante los años de la burbuja inmobiliaria, contribuyó al colapso. El regulador, el Banco de España, permitió una relajación de las normativas crediticias y la concesión de hipotecas sin suficiente respaldo financiero. Paralelamente, la crisis económica elevó las tasas de desempleo hasta el 27% en 2013, dejando a millones de familias sin ingresos para hacer frente a sus deudas y gastos esenciales.

En este contexto de desamparo, en febrero de 2009, la PAH surgió como respuesta colectiva al drama que miles de familias estaban viviendo. En un primer momento, su labor consistió en proporcionar apoyo emocional y asesoramiento legal a las personas afectadas. Sin embargo, la magnitud del problema y la indignación ante la falta de alternativas habitacionales llevaron rápidamente a la acción directa. Además, logró sensibilizar a una sociedad inicialmente reticente, consiguiendo un apoyo social masivo en sus primeros años de lucha.

Con el lema «No estás sola», la PAH no solo denunció la injusticia del sistema hipotecario, sino que también propuso soluciones basadas en el derecho a la vivienda. El movimiento cuestionó abiertamente el modelo de acumulación de riqueza de los bancos, que siguen amasando beneficios a costa del sufrimiento de las familias. Además, visibilizó un problema que, hasta ese momento, se consideraba un asunto privado: el desahucio dejó de ser un drama individual para convertirse en una lucha colectiva por la dignidad. En un contexto de crisis global y abandono institucional, el movimiento supo canalizar la frustración y el miedo en acciones organizadas, mostrando que, incluso en los momentos más oscuros, la resistencia y la esperanza podían florecer.

La connivencia entre gobiernos, sistema financiero y fondos de extracción ha sido un obstáculo importante para garantizar el derecho a la vivienda

La connivencia entre gobiernos, sistema financiero y fondos de extracción ha sido un obstáculo importante para garantizar el derecho a la vivienda. Mientras los fondos han maximizado beneficios a costa de las familias, las administraciones han priorizado el saneamiento del sector financiero y el atractivo de España como destino de inversión, dejando desprotegida a gran parte de la población.

A pesar de la magnitud de este drama social, el Gobierno optó por rescatar a la banca y seguir castigando a la población. El rescate bancario tuvo un coste estimado de más de 71 000 millones de euros, según el Tribunal de Cuentas, siendo las cajas de ahorro y entidades como Bankia los mayores receptores de ayuda. Este esfuerzo monumental se justificó bajo la premisa de estabilizar el sistema financiero y evitar un colapso económico mayor. Sin embargo, hasta 2023 solo se han recuperado unos 16 000 millones, lo que significa que cerca del 77% sigue siendo un coste para los contribuyentes, sin perspectivas claras de reembolso completo.

El impacto del rescate bancario sobre la sociedad ha sido muy criticado por movimientos como la PAH, que lleva años exigiendo la devolución de ese rescate con viviendas para dar respuesta a las familias desahuciadas. Mientras los bancos rescatados fueron liberados de sus deudas tóxicas, cientos de miles de familias continuaron enfrentando ejecuciones hipotecarias y desahucios. Esto expuso una profunda desconexión entre las prioridades del sistema financiero y las necesidades de la población. La PAH ha denunciado sistemáticamente cómo este

rescate fue diseñado para proteger los intereses de las entidades financieras, dejando de lado la función social de la vivienda y perpetuando un modelo que privilegia el capital por encima del bienestar colectivo.

A nivel político, este proceso marcó un antes y un después en la percepción pública sobre la connivencia entre el Estado y el sector financiero. Partidos y gobiernos de diferentes colores han sido señalados por facilitar “alfombras rojas” para bancos y fondos de extracción, implementando políticas que, lejos de proteger a los afectados, facilitaron el aterrizaje de los fondos de inversión en el sector inmobiliario. La falta de medidas integrales para revertir este desequilibrio sigue siendo una asignatura pendiente en la política española.

Los fondos vampíricos se beneficiaron de un contexto económico donde los precios de las viviendas habían caído entre un 35% y un 44%, lo que les permitió adquirir grandes carteras inmobiliarias a precios reducidos, acumulando en torno a 240 000 viviendas en todo el territorio español, convirtiéndose en los principales caseros del país. Su modelo de negocio, centrado en la compra barata y la venta o alquiler caro, ha provocado un aumento de los precios del alquiler. Ciudades como Barcelona y Madrid han visto incrementos de hasta el 48% y 32% respectivamente. Esta nueva burbuja de precios inasumibles provoca que a día de hoy el 70% de los desahucios vengan derivados de problemas con el alquiler. Además, estos fondos operan con un alto nivel de opacidad, lo que dificulta la rendición de cuentas y la movilización social en su contra.

En términos fiscales, los fondos han disfrutado de importantes beneficios. Operan como Socimis (Sociedades Anónimas Cotizadas de Inversión Inmobiliaria), que tributan solo al 1% en el impuesto de sociedades, lo que les otorga una ventaja económica sustancial frente a otros actores del mercado. Este esquema fiscal fomenta su participación y los convierte en protagonistas de un modelo inmobiliario que prioriza los beneficios sobre la función social de la vivienda.

Viviendas vacías en España: una paradoja social

El diagnóstico de la PAH es claro: el acceso a la vivienda está en crisis. Los desahucios, la especulación inmobiliaria y la influencia de los fondos han convertido a España en un campo de batalla entre el derecho a la vivienda y el poder del



mercado. A pesar de la crisis habitacional, España cuenta con cerca de 3,8 millones de viviendas vacías, muchas de las cuales están en manos de bancos y fondos de

**España cuenta con cerca de
3,8 millones de viviendas
vacías, muchas de las
cuales están en manos de
bancos y fondos de
inversión**

inversión. Estas propiedades, que podrían destinarse a programas de vivienda social, permanecen desocupadas debido a la especulación y la búsqueda de rentabilidad. En este contexto, la PAH ha luchado incansablemente para visibilizar esta contradicción, exigiendo políticas que obliguen

a estos grandes propietarios a poner las viviendas vacías a disposición de quienes más las necesitan.

El inmovilismo político en este sentido hizo que la PAH impulsara uno de los proyectos más emblemáticos de la organización, su Obra Social. A través de esta iniciativa, la plataforma recuperó viviendas vacías de bancos y fondos para alojar a familias desahuciadas. Este acto de resistencia directa se convirtió en un símbolo de lucha y solidaridad, ganando inicialmente un amplio apoyo social.

La campaña criminalizadora contra la Obra Social de la PAH ha sido intensa, promovida principalmente por ciertos partidos políticos y sectores mediáticos que buscan desacreditar la recuperación de viviendas vacías en manos de bancos y fondos de inversión. Este programa, uno de los pilares de la PAH, se enfocó en reutilizar viviendas que permanecían vacías tras la crisis hipotecaria, principalmente bajo control de grandes tenedores, para realojar a familias desahuciadas. Aun así, los ataques mediáticos han amplificado la narrativa de que las recuperaciones impulsadas por la PAH afectan principalmente a pequeños propietarios, lo que no es cierto. La PAH se enfoca exclusivamente en inmuebles en manos de grandes tenedores, bancos y fondos vampíricos, como mecanismo de presión para lograr alquileres sociales para familias vulnerables. Sin embargo, esta distinción ha sido distorsionada en medios que, alineados con intereses políticos y financieros, han difundido bulos como la supuesta "protección legal excesiva a ocupas" o la amenaza a la propiedad privada de pequeños propietarios

El trasfondo de esta narrativa responde a intereses específicos: los grandes tenedores y fondos inmobiliarios buscan evitar que medidas como la cesión obligatoria de viviendas vacías o la regulación de alquileres ganen tracción social y política. Además, partidos conservadores han promovido modificaciones legales para facilitar los desalojos, alineándose con estos intereses. Intereses que han sido protegidos con bulos fáciles de desmontar.

Como ya hemos dicho, la mayoría de las viviendas recuperadas por la Obra Social PAH pertenecen a bancos o fondos que, en muchos casos, las habían adquirido mediante desahucios o rescates financieros sufragados por el erario público o a precios irrisorios en procesos de desinversión tras la crisis hipotecaria. Cada caso se gestiona con meticulosidad, evitando conflictos con pequeños propietarios, a quienes se les brindan otras soluciones.

Por otro lado, mientras se promueve una narrativa de “oleada de ocupaciones”, patrocinada por la maquinaria mediática y política ha logrado erosionar parte del apoyo social que inicialmente tuvo la Obra Social PAH. Esto ha hecho que el debate público se desplace desde la urgencia de garantizar el derecho a la vivienda hacia una preocupación exagerada por la propiedad privada, aun cuando las estadísticas desmienten los argumentos principales de la criminalización.

Según datos del Ministerio del Interior, en 2023 se registraron 15 289 denuncias relacionadas con ocupaciones de viviendas, un 11% menos que el año anterior. Estas cifras representan apenas un 0,06% del total de viviendas en el país, según datos del INE, lo que indica que la ocupación afecta a una proporción muy pequeña de las viviendas existentes.

La distribución geográfica muestra que Cataluña lidera en número de casos, concentrando el 40,9% de las denuncias, seguida de comunidades como Andalucía y Madrid. En la mayoría de los casos, las viviendas ocupadas pertenecen a grandes tenedores y no a particulares que habitan en ellas. Esto desmonta uno de los bulos más frecuentes, que asocia la ocupación con el allanamiento de moradas privadas cuando vas a comprar el pan. Este tipo de allanamientos representan un porcentaje mucho menor y son tratadas como delitos por las autoridades.

A pesar de la realidad estadística, el discurso mediático y político a menudo exacerba el fenómeno, presentándose como una amenaza generalizada. Este enfoque ha sido impulsado por ciertos sectores políticos y mediáticos, con un interés evidente en criminalizar el fenómeno y desviar la atención de problemas estructurales más graves, como la acumulación de viviendas vacías en manos de grandes propietarios. Este discurso choca con intereses financieros que buscan preservar el modelo actual, beneficiando a grandes inversores mientras ignoran el coste social de la exclusión habitacional.

En resumen, el impacto de esta campaña no solo perjudica la percepción pública del trabajo de la PAH, sino que también dificulta la implementación de políticas públicas más justas y solidarias para abordar la crisis habitacional. A pesar de esto, la PAH sigue siendo un referente en la lucha por el derecho a la vivienda y continúa demostrando que su modelo organizativo y sus principios de justicia social son esenciales para resistir estas embestidas.

Aportaciones clave de la PAH

La PAH ha dejado una huella imborrable en la lucha por el derecho a la vivienda. Entre sus mayores logros destacan sobre todo el haber logrado combatir el sentimiento de culpa de las familias afectadas por la problemática, dándole la vuelta y mostrando que no somos culpables de nada, sino víctimas de un sistema capitalista que antepone los beneficios de un sector económico depredador por encima del bienestar de las personas.

La primera gran campaña de la PAH fue visibilizar la necesidad y exigir la regulación de la dación en pago retroactiva como fórmula de solución a esa ley anómala que permitía la condena a una deuda impagable de por vida, negando así cualquier posibilidad de recuperación personal y económica a quienes estaban perdiendo sus hogares. Memes como «este banco roba, estafa y echa a la gente de su casa», rápidamente formaron parte del imaginario colectivo cambiando la percepción que la sociedad de los bancos. Dejaron de verse como el amigo que te ayudaba, a ver su verdadera cara.

Siempre desde el pacifismo y con acciones visualmente llamativas, la acción directa en las oficinas bancarias pasó a normalizarse, convirtiéndose en la principal medida de presión en defensa de las familias que logró miles de soluciones. En noviembre de 2011, la PAH dió un salto cuantitativo en su lucha logrando organizarse para lograr parar el primer desahucio en puerta. Algo que ahora estamos acostumbradas a ver día sí, día también, pero que en esos momentos nadie había probado antes, convirtiéndose en un acto totalmente revolucionario que dio inicio a la campaña Stop Desahucios, todo un ícono de lucha tanto en España como en el ámbito internacional, que lamentablemente sigue siendo necesaria. La campaña es exitosa en dos ejes: por un lado, logra evitar que la gente sea expulsada de sus hogares, ganando tiempo para lograr una alternativa;

y, por otro lado, sirve para visibilizar el drama humano detrás de las cifras y generar una red de solidaridad.

Con la llegada del apoyo mayoritario de la sociedad a las demandas y lucha de la PAH, junto a la explosión del 15M, el movimiento que inicialmente empezó en Barcelona para irse extendiendo poco a poco por Cataluña y en Murcia –la primera región en replicar el modelo y sumarse a la red– tuvo una expansión territorial que llegó a superar las doscientas asambleas por todo el estado. Está eclosión propició, en 2013, el impulso de la ILP Hipotecaria, que buscaba regular la dación en pago retroactiva, acabar con los desahucios y fomentar los alquileres sociales aquellas personas sin opción a los precios del mercado. Una Iniciativa Legislativa Popular respaldada por 1,4 millones de firmas, una de las mayores movilizaciones legislativas en la historia reciente de España. Aunque no fue aprobada en su totalidad, la presión social forzó al Gobierno a introducir cambios legales como el Código de Buenas Prácticas o la moratoria hipotecaria.

A nivel autonómico, la PAH también ha liderado ILP en comunidades autónomas como Cataluña, Valencia y Andalucía. Estas propuestas buscaban regular los alquileres, movilizar viviendas vacías y proteger a las familias vulnerables. En Cataluña, por ejemplo, la Ley 24/2015 contra los desahucios y la pobreza energética, fruto de la colaboración entre la PAH, la Alianza contra la Pobreza Energética (APE) y el Observatorio DESCA, introdujo medidas efectivas que siguen evitando cortes de suministros a las familias vulnerables y garantizando alquileres sociales a las víctimas de ejecución hipotecaria y a los impagos del alquiler. Aunque algunas de estas leyes enfrentaron recursos judiciales, han marcado un precedente importante en la lucha por el derecho a la vivienda. Recientemente el Tribunal Constitucional ha suspendido varios artículos clave de la Ley 1/2022 en Cataluña (también lograda por el mismo grupo promotor que la 24/2015), que ampliaba las medidas para garantizar el derecho a la vivienda. En particular, la normativa exigía a los grandes propietarios la renovación obligatoria tanto de los alquileres sociales como de los alquileres ordinarios alquiler social, así como ofrecer el alquiler social antes de iniciar el proceso de desahucio de las ocupaciones previas al 1 de junio de 2021. Según el TC, estas disposiciones invaden competencias. La PAH y otros movimientos sociales han criticado la sentencia, argumentando que favorece los intereses de los grandes propietarios y fondos, perpetuando el desequilibrio entre el derecho a la vivienda y la protección de los intereses financieros.

Paralelamente, en la Región de Murcia, colectivos sociales y sindicatos, incluyendo la PAH, están impulsando una nueva ILP con el objetivo de desarrollar la Ley Regional de Vivienda de 2015, que lleva años sin aplicarse adecuadamente. La ILP busca medidas como la recuperación del registro de demandantes de vivienda y el derecho de tanteo y retracto, herramientas esenciales para garantizar que las viviendas públicas o en manos de grandes tenedores se destinen a quienes más las necesitan. La propuesta llega en un contexto alarmante: la región cuenta con más de 100 000 viviendas vacías, mientras que el parque público de vivienda representa solo el 0,39% del total. Esta situación refleja un problema estructural, exacerbado por el encarecimiento del alquiler (que ha subido un 50% en los últimos años) y la falta de reglamentos para implementar la ley autonómica existente.

El ámbito estatal, después de la ILP de 2013, la PAH ha seguido insistiendo en la construcción de una ley que combatiera la emergencia habitacional y garantice el derecho a la vivienda llegando a registrar hasta dos leyes en el Congreso, una en 2018 y otra en 2021, que no han logrado avanzar por distintos bloqueos políticos. Aun así, ha logrado que la moratoria hipotecaria se alargue hasta el 2028 o que se apruebe una moratoria de desahucios vinculada al escudo social derivado de la COVID-19, vigente hasta el 31 de diciembre de 2024, por lo que desde la PAH se sigue en movimiento para forzar a una nueva ampliación ya de carácter estructural y desvinculada del escudo social.

Todos estos procesos, tanto de acción como de propuestas legislativas, ejemplifican la importancia de la acción ciudadana organizada y la presión política en la lucha por derechos básicos, además de combatir las resistencias políticas y administrativas a implementar cambios que prioricen el bienestar social sobre los intereses del mercado.

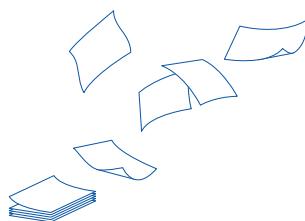
La PAH no solo es un referente en su lucha, sino también en su forma de organizarse. Basada en la horizontalidad, la plataforma ha demostrado cómo las decisiones colectivas y la participación activa de los afectados pueden generar un cambio real. Este modelo ha servido de inspiración para otros movimientos sociales, que ven en la PAH un ejemplo de cómo empoderar a las personas desde abajo. En este sentido, recientemente en Barcelona, la PAH ha organizado la Primera Asamblea Popular Internacional de Vivienda contra la Economía Vampírica, que ha agrupado 93 movimientos de 22 países de cuatro continentes,

con el objetivo de impulsar espacios de conocimiento y lucha a nivel global, siendo la principal referencia de todos los asistentes. Más allá de sus victorias tangibles, la PAH ha cambiado la forma en que la sociedad percibe el derecho a la vivienda. Ha llevado el debate sobre la vivienda al centro de la agenda política y ha contribuido a una visión más solidaria y menos individualista de la política. También ha demostrado que la resistencia no es solo un acto de confrontación, sino también de construcción de esperanza. Su capacidad para movilizar a personas comunes, afectadas por problemas extraordinarios, es una prueba de que el cambio social es posible cuando se basa en la solidaridad y la justicia. La PAH es más que una organización: es un símbolo de resistencia frente a la mercantilización de la vida y un faro para quienes creen en una sociedad más justa. Aunque enfrenta enormes desafíos, su lucha sigue siendo un recordatorio de que los derechos no se mendigan, se conquistan.

La PAH ha demostrado que la resistencia no es solo un acto de confrontación, sino también de construcción de esperanza

En un mundo donde la vivienda se ha convertido en un privilegio, la PAH os invita a imaginar un futuro donde sea, de nuevo, un derecho.

La PAH es un espacio de encuentro, de apoyo mutuo y de confianza, en el que todas las personas pueden ayudar y ser ayudadas.



PUBLICACIÓN DE REFLEXIÓN Y DEBATE desde una óptica política de soberanía alimentaria

revista
**SOBERANÍA
ALIMENTARIA**
BIODIVERSIDAD
y culturas



Del periodismo internacional al consumo crítico

LAURA VILLADIEGO

Esta historia empieza con un enfado en un lugar muy lejano. En concreto, en Camboya, donde yo había llegado en 2009 como una reportera joven e inexperta que poco sabía del mundo en el que vivía. Un par de años y muchas entrevistas después, la rabia se había acumulado al ver de primera mano los impactos que el modelo de producción y consumo tenía sobre personas y territorios en países tan vulnerables como aquel. Y al ser consciente de que el mensaje llegaba al otro lado del mundo fragmentado, obviando el carácter sistémico de los impactos sociales y medioambientales de este modelo de producción que alimenta los llamados “países industrializados”. Algo que me resultaba obvio al leer los artículos que, entre otros, escribía mi antigua compañera, también periodista, Nazaret Castro, quien relataba desde América Latina exactamente lo mismo que yo presentaba en el sudeste asiático, cambiando solo los nombres de personas y lugares. Así que le escribí y ahí empezó Carro de Combate.

Evidentemente, como periodistas que éramos, en nuestro análisis tenía una importancia fundamental el papel que los medios habían tenido en la legitimación de este modelo de producción y consumo. Algo que ya apuntó el pensador Gilles Lipovetsky en 1983,¹ quien concedía un papel fundamental a los *mass media* en la creación de lo que llamó la era del «hiperconsumo», una tercera fase del capitalismo de consumo que ha supuesto una aceleración máxima en el uso de bienes y servicios por parte de los seres humanos. Por tanto, si nuestros actos de consumo generan consecuencias en personas y territorios, entonces consumir es un acto político. Y si esto es así, dada la importancia de los medios en la creación del relato, la primera batalla es la de la información. Y bajo esas premisas hemos trabajo desde entonces.

¹ Gilles Lipovetsky, *La era del vacío*, París, Collection Les Essais (nº 225), Gallimard, 1983.

Los medios, entendíamos, tratan la información sobre los impactos de las cadenas de suministro globales no solo de forma sesgada, sino como algo que puede ser incluso peor, de forma anecdótica. Porque las informaciones sobre casos concretos de trabajo esclavo y otros abusos pueden hacer entender que hay ciertas violaciones

Si nuestro consumo genera consecuencias en personas y territorios, entonces consumir es un acto político. Y la primera batalla es la de la información

de derechos humanos, pero que estas son esporádicas y no sistémicas, como en realidad hemos visto en los casi trece años de Carro de Combate. Porque lo habitual en una maquila textil, en una plantación de aceite de palma o en un cañaveral en el Sur global son salarios por debajo de lo que se considera digno, largas jornadas impuestas y ninguna medida de protección de la salud de las

trabajadoras, entre otras muchas violaciones que nos hemos encontrado en esta década larga de investigaciones. En algunos casos, incluso esclavitud pura y dura, es decir, restricción de movimientos, sentimiento de propiedad del trabajador por parte del empleador por las deudas contraídas por el primero, y obligación de trabajar contra su voluntad. La esclavitud ya no es legal, pero sigue existiendo.

Al principio nuestra ambición no iba más allá de intentar situar en medios nacionales reportajes que contaran esta realidad de forma algo más compleja y de ir alimentando un modesto blog con algunas de las historias recogidas durante nuestros viajes en esos lugares tan lejanos y tan iguales. Así, el 1 de mayo de 2012 se publican los dos primeros artículos del blog Carro de Combate: uno centrado en la filosofía del proyecto y otro en el que ya hablábamos del "Sagrado Consumo". «Para alimentar hasta el infinito ese sacrosanto [acto] de consumo, la publicidad deberá convencernos de que nuestra felicidad depende de consumir más y más, aunque ello nos lleve a un círculo vicioso absurdo y extenuante en que debemos trabajar más que nunca, y renunciar a lo más valioso –nuestro tiempo– para no salirnos del redil, de la religión del consumo», escribíamos entonces.²

Por supuesto, no éramos las primeras en hablar del Evangelio del Consumo, un término acuñado en 1927 por el consultor Edward Cowdrick que describía esa sociedad entonces emergente en la que «el trabajador se ha convertido en alguien más importante como consumidor que como lo es como productor».³ Quizá quien

² «Sagrado Consumo», *Carro de Combate*, 1 de mayo de 2012, disponible en <https://www.carrodecombate.com/2012/05/01/sagrado-consumo/>

³ Según Lawrence B. Glickman en *Buying Power: A History of Consumer Activism in America*, University of Chicago Press, 2009.

lo describió mejor fue el ya mencionado Gilles Lipovetsky, quien asociaba esta consagración del consumo a un «proceso de aislamiento que se administra ya no por la fuerza bruta o la cuadrícula reglamentaria sino por el hedonismo, la información y la responsabilización».⁴ El propio Lipovetsky apuntaba a la primera consecuencia negativa de este hiperconsumo: un incremento del individualismo, en el que las personas cada vez trabajan más para poder consumir más.

Una rueda casi perfecta en la que, cuanto más se gira, más atrapadas quedamos. Y en la que el relato tiene una importancia fundamental, pensamos nosotras. Porque como contamos en nuestro último libro *Consumo Crítico. El activismo rebelde y la capacidad transformadora de la solidaridad*, el fenómeno del consumo de masas no se produjo de forma espontánea. Necesitó de una máquina de publicidad y marketing bien engrasada para que el consumo pudiera absorber toda esa producción que se multiplicó con los avances tecnológicos iniciados con la Revolución Industrial, y acelerados durante el siglo XX. Y esa máquina era lo que queríamos combatir.

Así, creamos un proyecto en el que el nombre y el logo, un carro de la compra con las ruedas de un tanque, pretendían apelar a la capacidad que puede tener el consumo a la hora de cambiar nuestros sistemas políticos, pero sobre todo económicos. Algo que explica mejor el filósofo brasileño Euclides André Mance, a quien hemos citado frecuentemente: «Cada acto de consumo es un gesto de dimensión planetaria, que puede transformar al consumidor en un cómplice de acciones inhumanas y ecológicas perjudiciales».⁵ Porque si el sistema ha querido reducirnos a simples personas consumidoras, esa es nuestra mejor herramienta de cambio.

Del trabajo esclavo a la cadena de suministro

Sin embargo, nuestras miras eran un primer momento mucho más cortas y nuestro objetivo se centraba en visibilizar las condiciones laborales análogas a la esclavitud que había detrás de lo que consumíamos. No tardamos en darnos cuenta, sin embargo, de que las cosas están mucho más interrelacionadas de lo que pensá-

⁴ Gilles Lipovetsky, 1983, *op. cit.*

⁵ VV.AA., *La otra economía*, coordinado por Antonio David Cattani, Lecturas de Economía Solidaria, Universidad Nacional de General Sarmiento, 2004. Se puede consultar en: <https://ripesslac.org/wp-content/uploads/2020/07/La-Otra-Econom%C3%ADa-2004-1.pdf>

bamos y de que no se podía contar solo esa pequeña parte de la historia. Porque detrás de esas condiciones laborales esclavas había a menudo personas desposeídas que habían sido expulsadas de sus comunidades, ya fuera a la fuerza o por la degradación medioambiental de sus lugares de origen. Y que en su desesperación habían aceptado esas condiciones laborales abusivas al verse sin más opciones. En otros casos, en su búsqueda de un nuevo medio de vida, habían sido engañadas y obligadas a desempeñar esas labores.

Así que buscamos contar toda la historia, empezando por los impactos sociales, pero documentando también los medioambientales, y comenzamos a hablar de

Lipovetsky apuntaba la primera consecuencia negativa de este hiperconsumo: un incremento del individualismo; las personas cada vez trabajan más para poder consumir más

cómo funciona cada industria, con sus estrategias, las principales empresas y países, pero también del marketing y de los diferentes lavados publicitarios que hacen las marcas para pintarnos de rosa –o de verde, morado o del color que haga falta– esa rueda del consumo. Íbamos poco a poco incluyendo en nuestro análisis el concepto de cadena de suministro, eso que algunos han llamado cadena de valor, pero que, después de tantos años documentando abusos, yo me niego

a llamar así. Íbamos también integrando el concepto de investigación, porque no queríamos solo contar historias que pensábamos que tenían que conocerse; queríamos investigar en profundidad cómo funcionan esas industrias y lo que no quieren que se cuente.

Con esa nueva perspectiva, en 2013, tan solo un año después de iniciar el proyecto, publicábamos de forma totalmente autogestionada el libro *Amarga Dulzura. Una historia sobre el origen del azúcar*, una investigación sobre esta supuesta dulce industria que esconde en realidad un reguero de impactos tanto sociales como medioambientales. La investigación, que fue posible gracias a los mecenas que la financiaron –y que aún siguen siendo el pilar económico del proyecto– documentaba, desde Tailandia a Brasil, pasando por Colombia, Camboya y la misma España, las injusticias que se viven cada día en un sector que aún está ligado a condiciones análogas a la esclavitud, expropiaciones y abusos, así como a impactos medioambientales de los cañaverales y las refinerías. El libro analizaba también los actores en la industria, así como las alternativas y los esfuerzos de muchos por mejorar el sector.

Porque ya en ese momento empezábamos a incluir como una parte fundamental de nuestro análisis aquellas propuestas que intentaban mejorar esos sectores, algo que nuestras lectoras nos habían pedido encarecidamente desde el inicio del proyecto. Porque es muy difícil ejercer el consumo como un acto político si no conoces qué otras opciones existen. Así que, junto al libro de *Amarga Dulzura*, comenzamos a publicar unas pequeñas fichas, que llamamos los Informes de Combate, en las que repasábamos de forma resumida las características más importantes de cada industria y producto, con sus impactos, y donde incluímos algunas de las principales alternativas. Una veintena de esas fichas fueron seleccionadas para crear el libro *Carro de Combate. Consumir es un acto político*, que vio la luz por primera vez en 2014, siendo reeditado y actualizado en 2020, y que es aún hoy el libro insignia del proyecto.

En los años siguientes llegarían las investigaciones sobre el aceite de palma y la soja que, combinadas a la que ya habíamos realizado del azúcar, tomaron forma en el libro *Los monocultivos que conquistaron el mundo*, publicado en 2017. En ese libro, hacemos una reinterpretación de la historia de la agricultura a través de la expansión de estos tres monocultivos, que a nuestro modo de ver son los que mejor definen las prácticas del modelo agroindustrial que se ha impuesto en los suelos de medio mundo. En ese momento se había unido al proyecto otra antigua compañera periodista, Aurora Moreno Alcojor, quien, desde su experiencia en África, completaría el análisis global de esas historias.

El activismo a través del consumo

Aunque el relato oficial se haya empeñado en que veamos el consumo de forma apolítica, este ha sido una herramienta de activismo desde hace siglos. Porque, a pesar de la idea extendida de que el activismo de consumo es un fenómeno reciente que surgió a partir de mediados del siglo XX, su germen es mucho más antiguo. El historiador Lawrence B. Glickman sitúa el inicio del activismo de consumo, tal y como lo entendemos hoy en día, en el Motín del Té de 1773 que daría inicio a la Guerra de Independencia de las Trece Colonias americanas, germen del actual Estados Unidos.

Un siglo después, el condado irlandés de Mayo sometería el ostracismo a Charles Boycott, un administrador de fincas de una familia adinerada a quien se encargó

la tarea de comunicar a los agricultores que arrendaban tierras a la familia que no habría rebaja del precio de alquiler a pesar de las malas cosechas. La campaña contra Boycott fue tal que, al final, hasta el cartero se negó a llevarle el correo. Y aunque este no fue un capítulo de activismo de consumo como tal, dio nombre a la que sería una de sus principales herramientas desde entonces: el boicot.

En España, el activismo de consumo llegó algo más tarde, y obviamente fue contenido por el franquismo, pero ha sido muy fructífero durante las últimas décadas. Contamos su historia en nuestro último libro, que ya he mencionado, *Consumo Crítico. El activismo rebelde y la capacidad transformadora de la solidaridad*.

Y aunque el consumo ha sido una pieza central en muchas luchas, somos conscientes de que este enfoque también tiene sus riesgos. Porque a medida que ha

En 2013, tan solo un año después de iniciar el proyecto, publicábamos de forma totalmente autogestionada el libro
Amarga Dulzura

surgido una ciudadanía más crítica con los impactos de nuestro modelo de producción y consumo, el sistema se ha cuidado en reconducir el mensaje para depositar la responsabilidad sobre los hombros de las personas consumidoras y eximirse así moralmente de las repercusiones de sus actividades. Han sido varios los conceptos que la industria ha creado

o cooptado. Uno de los ejemplos más famosos es el de la huella de carbono, que la petrolera BP usó en una campaña en 2005 con el objetivo de que el concepto fuera asociado a la huella individual de cada persona.

Para nosotras uno de los más problemáticos es el de “consumo responsable”, un concepto aún muy extendido pero que claramente apela a la responsabilidad de la persona consumidora y no a la del sistema. Nosotras mismas la usamos durante mucho tiempo hasta que en 2021 anunciamos que dejaríamos de utilizarla oficialmente, para favorecer otros conceptos como el de “consumo crítico” o “consumo transformador”. «No tiene mucho sentido hablar de “consumo responsable” cuando al mismo tiempo estábamos intentando explicar que el problema es sistémico y que es el modelo el que nos está llevando al colapso climático, entre otros colapsos, como se ha visto con la pandemia», escribíamos en un pequeño artículo en el que explicábamos la decisión.⁶

⁶ «Por qué vamos a dejar de hablar de consumo responsable», *Carro de Combate*, 22 de marzo de 2013, disponible en <https://www.carrodecombate.com/2021/03/22/por-que-vamos-a-dejar-de-hablar-de-consumo-responsable/>

Desde entonces, nuestro concepto prioritario ha sido el de consumo crítico, un término que ya en los años noventa definiría el Centro Nuovo Modello di Sviluppo como «una postura permanente de elección, cada vez que incurrimos en algún gasto, frente a todo lo que compramos. Concretamente, el consumo crítico consiste en elegir bien los productos basándose no solo en el precio y en la calidad de estos, sino también en su historia y la de los productos similares, y en el comportamiento de las empresas que los ofrecen».⁷ Así, ese fue el concepto que usamos para el ya mencionado libro, pero también para nuestra publicación periódica anual, el *Anuario de Consumo Crítico*. Esta última, al igual que los mencionados Informes de Combate, buscan además atajar uno de los principales obstáculos que hemos detectado en los últimos años para ejercer un consumo crítico: la sobreinformación que nos inunda y que nos hace difícil saber qué es veraz y además importante.

Pero, en definitiva, hablar de “consumo crítico” era una forma de desmarcarnos de la llamada “democracia del consumo”, para dejar claro que defendemos sistemas políticos fuertes que fiscalicen a las empresas pero que, ante las evidentes deficiencias de nuestros modelos políticos que permiten esos abusos que llevamos tantos años documentando, no se puede renunciar al consumo como una herramienta de lucha. Como lo definiría mucho mejor Glickman, «los activistas han entendido, y practicado, el consumo no como una negación de su ciudadanía, sino como un instrumento de solidaridad, un modo de acción ética, y un puente para curar relaciones tanto con la naturaleza como con el mundo animal». Y yo, que soy un poco más de andar por casa, lo llamo el “contagio del enfado”.⁸ Porque al final yo lo que he intentado hacer todos estos años es transmitir mi rabia a quien me leía o escuchaba. Porque las personas consumidoras no deben sentirse responsables de los impactos negativos asociados a aquellos que compran y usan; deben estar furiosas porque apenas tienen elección para que las cosas sean de otra manera.

Laura Villadiego es periodista y cofundadora de Carro de Combate.



⁷ Recogida por Euclides André Mance en VV. AA., *La otra economía*, 2004, op. cit.

⁸ Lawrence B. Glickman, *Buying Power: A History of Consumer Activism in America*, University of Chicago Press, 2009.

ecología Política

¡Suscíbete!

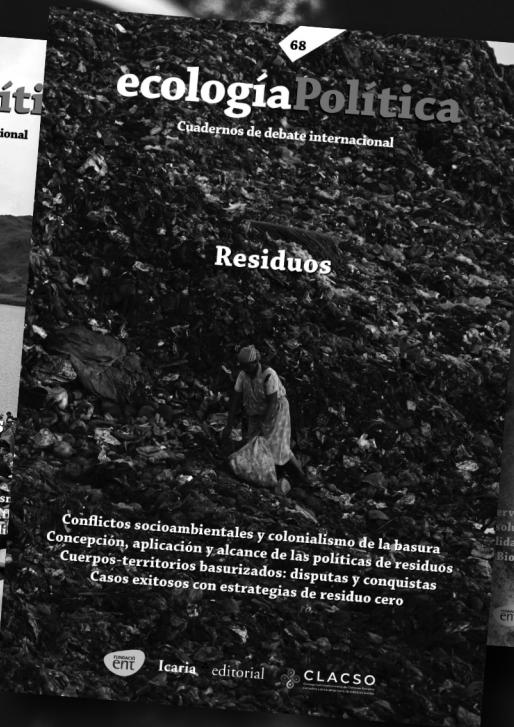
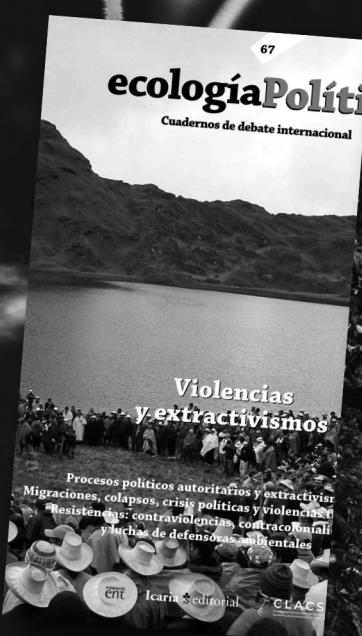
**La suscripción anual es de
2 números y cuesta 25€ (15€ digital)**

**Si todavía no estás suscrita o suscrito
puedes hacerlo por las siguientes vías:**

Entra en www.ecologiapolitica.info

Envía un correo a
subscriptores@ecologiapolitica.info

Llama al 93 893 51 04



FUNDACIÓN
ENT

Icaria & editorial

Yo, en Gaia; la ley moral, en mí

RAÚL GARROBO ROBLES

Ética y naturaleza

«El *éthos* es el suelo firme, el fundamento de la *práxis*, la raíz de la que brotan todos los actos humanos».¹

JOSÉ LUIS LÓPEZ-ARANGUREN

Mucho nos tememos que la ética haya devenido actualmente en un saber vetusto y grave que, aunque citado recurrentemente, tan solo funciona como aspiración para una minoría despierta y consecuente. Antaño, las personas que sentían reparos para abandonarse acriticamente a los mandatos de la religión, a tradiciones difusas o a los caprichos de la fortuna buscaban en ella el instrumento para orientar su conducta con vistas a alcanzar una vida buena. En tiempos de Immanuel Kant, sirvió incluso de fundamento para conformar el deber en torno a una buena voluntad. Como es sabido, sus orígenes se remontan a la antigua Grecia, donde –desde Sócrates, Platón y Aristóteles– formó parte de la filosofía práctica, esto es, de esa rama de la filosofía que se ocupa de arrojar luz sobre aquello que, como el comportamiento humano, puede conducirse de diversas maneras.

Como nos recuerda el filósofo español José Luis López-Aranguren, la procedencia etimológica de la palabra encuentra en el vocablo griego ἦθος (*éthos*) su más temprana expresión. No obstante, el uso que los griegos dieron a este vocablo a lo largo del tiempo le confirió una doble significación. En la más antigua de ellas, *éthos* remitía a la «morada» de los animales, el «cubil» y la «guardia» en la que estos se crían. Por

¹ José Luis López-Aranguren, «La ética y su etimología», *Arbor*, nº 687-688, 2003, p. 595. Este artículo fue publicado inicialmente en 1955 en el nº 113 de esta misma revista; en 1958 López-Aranguren lo refundió en el segundo capítulo («El principio etimológico») de su *Ética*.

extensión, pronto pasó a designar igualmente la «residencia» de los seres humanos e, incluso, su lugar de origen, su «tierra patria» (*πατρίδα γαῖαν, patrída gaian*).² No olvida Aranguren que el pensador alemán Martin Heidegger quiso ver en esta

**El vínculo entre la ética y
la ontología se
encuentra también en la
base de la ética
ecológica**

«morada» el «ser» del hombre, esto es, su *Dasein*, el «ahí» (*da*) de su «ser» (*Sein*), haciendo que la ética quedara de esta suerte integrada en la ontología. Lo que hace del hombre su morada, el encontrarse a sí mismo en un hábitat existencial del que no puede segregarse y en cuya configuración

se ve forzado a vivir y a realizarse es para Heidegger precisamente aquello que nos facilita conocerlo.³ Como veremos en seguida, este vínculo entre la ética y la ontología, esta familiaridad entre la morada del ser humano y lo que este en verdad es, se encuentra también en la base de la ética ecológica, una de cuyas derivaciones ha adoptado en España, de la mano de Jorge Riechmann, el nombre de «simbioética».

En cuanto al segundo significado, el más usual, del vocablo *éthos*, los helenistas suelen traducirlo como «manera de ser», «carácter».⁴ Tal es el sentido que adopta el término en la renombrada sentencia de Heráclito: «ἡθος ἀνθρώπῳ δάμων», esto es, «el carácter [*éthos*] del hombre es su destino [*daimon*]»,⁵ donde se escenifica una ruptura cultural entre la concepción homérica de la «intervención psíquica divina», como atenuante frente a las malas acciones, y una responsabilidad moral no exonerada y conscientemente asumida. Eric R. Dodds explicaba en *Los griegos y lo irracional* cómo a través de intervenciones como la de Heráclito se comenzó a efectuar en Grecia una crítica racionalista del paradigma homérico de moralidad que con el paso del tiempo condujo a la aparición del concepto filosófico de responsabilidad.⁶ Lo que el ser humano hace, así como las consecuencias que se derivan de sus acciones, no depende ya para Heráclito de la voluntad o la intervención de un ser superior. Por lo contrario, añadirá Aristóteles en la *Ética a Nicómaco* (1103

² José M. Pabón, *Diccionario manual griego-español*, VOX, Barcelona, 1979, p. 282; José Luis López-Aranguren, *art. cit.*, 2003, p. 594 (véase también: *Ética*, Alianza, Madrid, 1983, p. 21).

³ José Luis López-Aranguren, *art. cit.*, 2003, pp. 594-595. Para una introducción a los existencialismos, en general, y al pensamiento de Martin Heidegger, en particular, proponemos la lectura del libro de Pedro Fontán Jubero *Los existencialismos: claves para su comprensión*, Ediciones Pedagógicas, Madrid, 1994.

⁴ José M. Pabón, *op. cit.*, p. 282; José Luis López-Aranguren, *art. cit.*, 2003, p. 596.

⁵ Fragmento 119 Diels-Kranz (Estobeo, *Antología de extractos, sentencias y preceptos*, IV 40, 23); Geoffrey S. Kirk, John E. Raven y Malcolm Schofield, *Los filósofos presocráticos. Historia crítica con selección de textos*, Gredos, Madrid, 1994, pp. 307-309.

⁶ Eric R. Dodds, *The Greeks and the irrational*, University of California Press, Berkeley, 1951, pp. 181-182, así como el capítulo 1: «Agamemnon's Apology», pp. 1-27 (trad.: *Los griegos y lo irracional*, Alianza, Madrid, 2001, pp. 173-174 y 15-37).

a 15-20), será la «costumbre», esto es, el «hábito» –que en griego se corresponde con la voz ἔθος, *éthos*–, el que configure nuestra «manera de ser», nuestro «carácter» (ἦθος, *êthos*) y, en consecuencia, el que nos depare en buena medida una u otra suerte en la vida. También Platón, en las *Leyes* (792 e), se había reafirmado brevemente en esta idea conforme a la cual el *éthos* –es decir, nuestra manera de ser, nuestro carácter– se construye a través de los hábitos. Y aunque Aristóteles yerra al hacer derivar etimológicamente el «carácter» (*éthos*) desde la «costumbre» (*éthos*), no podemos decir que haga lo mismo cuando filosóficamente sitúa en los hábitos adquiridos el fundamento de nuestra manera de ser.

De lo anteriormente expuesto se deducen dos maneras aparentemente irreconciliables de comprender la ética: la primera, como una condición ontológica que nos viene impuesta por naturaleza desde el lugar que nos está vedado dejar de *habitar*; la segunda, como un *hábito* adquirido por el que viene a configurarse nuestro carácter en tanto que segunda naturaleza. Para la primera de estas dos nociones, vivir de conformidad con la naturaleza, esto es, ajustar nuestra conducta al *hábitat* existencial del que naturalmente formamos parte, se postularía como paradigma de vida buena. Para la segunda, tan sólo adquiriendo una serie de *hábitos* que no nos pertenecen por naturaleza estaríamos en condiciones de desarrollar una vida compatible con la adquisición de la felicidad. Sin embargo, aunque a primera vista ambas nociones parecen mutuamente excluyentes, entre ambas puede establecerse un proceso de mediación por el que una y otra vendrían a converger en torno a los conceptos de «*hábitat*», «*hábito*» y «*habitante*». Todos ellos conforman una familia léxica,⁷ pero, más importante aún, también constituyen una unidad ecosistémica. «*Hábitat*» denota el lugar en el que se vive –el dónde–; «*hábito*», la manera adecuada para vivir en él –el cómo–; y «*habitante*», el ser vivo cuyos hábitos positivos favorecen su florecimiento –el quién–. Convencionalmente, los hábitos han sido estudiados por los filósofos, mientras que los ecólogos se han ocupado de los *hábitats*. De un tiempo a esta parte, sin embargo, esta divisoria se ha vuelto más difusa, lo que ha favorecido que pensadores como Jorge Riechmann hayan arraigado a ambos lados de la zona liminal para tender puentes entre sendos espacios.

Una ética en consonancia con el remanente semántico de su etimología no puede obviar las exigencias ontológicas que nos impone el «cubil» y la «guardia» que

⁷ «*Hábitat*» y «*habitante*» proceden del latín *habitare*, que es el frecuentativo de *habere* («tener»), verbo del que también deriva nuestro vocablo «*hábito*».

aún hoy es para nosotros la Tierra que habitamos. El microbiólogo René Dubos insistió en ello a lo largo de su obra:

El hombre sigue siendo de la Tierra, terrenal. La Tierra es literalmente nuestra madre, no solo porque dependemos de ella en cuanto a nutrición y cobijo, sino, aún más, porque la especie humana ha sido configurada por ella en las entrañas de la evolución. Cada persona está, además, condicionada por los estímulos que recibe de la naturaleza durante su existencia. Si el hombre colonizara la Luna o Marte –contando incluso con abundante provisión de oxígeno, agua y alimentos, y con una adecuada protección contra el calor, el frío y la radiación–, no lograría conservar su humanidad, ya que estaría privado de aquellos estímulos que solo la Tierra puede proporcionar. Del mismo modo, aun hallándonos en la Tierra, perderemos progresivamente nuestra humanidad si continuamos ensuciando la atmósfera, el suelo, los lagos y los ríos, desfigurando el paisaje con montones de chatarra, destruyendo a las plantas y los animales salvajes, transformando, en suma, el mundo entero en un medio ajeno a nuestro pasado evolutivo. La calidad de la vida humana se halla inextricablemente entremezclada con los tipos y la variedad de estímulos que el hombre recibe de la Tierra y de la vida que esta alberga, porque la naturaleza humana está conformada biológica y mentalmente por la naturaleza externa.⁸

En uno de sus últimos libros –*Dónde aterrizar. Cómo orientarse en política*–, el antropólogo Bruno Latour daba cuenta del desplazamiento ontológico por el que los humanos hemos venido a situarnos definitivamente «fuera del suelo». Desde la irrupción de los objetos galileanos durante la Revolución Científica Moderna –cabe decir, desde que los seres humanos comenzáramos a asumir la realidad de la Tierra como si la contempláramos desde una exterioridad astronómica–, el sistema de producción ha desplazado a las prácticas de engendramiento de la vida. «En la modernidad –enfatiza Latour–, progresar es desprenderse del suelo primordial y dirigirse al Gran Afuera».⁹ Un desplazamiento ontológico como este –inocuo, paradigmáticamente, a decir de la mayoría de las personas que lo padecen– ha condicionado enormemente el comportamiento humano hasta el punto de conducirnos globalmente –como afirma Jorge Riechmann– hacia «sociedades inviables en una Tierra inhabitable».¹⁰ ¿De veras una ética que se pretenda a la altura de nuestro tiempo puede desentenderse de una ontología que devuelva a lo terrestre la centralidad para orientar nuestro comportamiento? ¿Seremos colectivamente capaces de reconocer en lo terrestre el *éthos* en que consiste nuestro hogar? La simbioética

⁸ Carmen Madorrán Ayerra (comp.), *René Dubos. Pensar globalmente, actuar localmente. Antología*, Catarata, Madrid, 2016, pp. 66-67.

⁹ Bruno Latour, *Dónde aterrizar. Cómo orientarse en política*, Taurus, Barcelona, 2021, p. 106.

¹⁰ Jorge Riechmann, *Ecologismo: pasado y presente (con un par de ideas sobre el futuro)*, Catarata, Madrid, 2024, p. 138.

de Jorge Riechmann se ofrece en este respecto como la ética material que rigurosamente nos pertenece y que más que nunca necesitamos.

Simbioética como ética material

«Creo que la crisis civilizatoria multidimensional que se ha convertido en una crisis existencial de la humanidad (una crisis de extinción de la especie) es antes que otra cosa una crisis ética».¹¹

JORGE RIECHMANN

En 2012, apenas tres años después de ingresar en el Departamento de Filosofía de la Universidad Autónoma de Madrid en calidad de profesor titular de Filosofía Moral, Jorge Riechmann entregaba a las prensas *Interdependientes y ecodependientes. Ensayos desde la ética ecológica (y hacia ella) –Ética extramuros*, según el título con el que serían reeditados en 2016-. Dedicada a su amigo y maestro Francisco Fernández Buey, esta obra teje una ética expansiva que viene a fundamentarse ontológicamente más allá de la comunidad humana, esto es, extramuros. No solo somos seres interdependientes que precisamos de otros congéneres humanos para sobrevivir; también somos ecodependientes, es decir, agentes morales en estrecha conexión biótica con otras muchas entidades vivientes tanto dentro como fuera de nuestro cuerpo. «Ni los individuos vivos, ni tampoco las especies a las que pertenecen, están aislados –destaca Jorge Riechmann–: nos hallamos siempre insertos en sistemas».¹² Y también: «desde la ecología sabemos que todo lo vivo está conectado, siendo la biosfera precisamente el sistema de interconexión global».¹³ Los méritos de este libro son numerosos –no olvidamos la sección en la que el filósofo y poeta madrileño polemiza frente al discurso protaurino de un Fernando Savater blindado tras la ortodoxia formalista kantiana–.¹⁴ Sin embargo, será en *Simbioética*, obra publicada diez años después –en 2022–, donde Riechmann culmine esta trayectoria insertando su ética ecológica en el seno de una «nueva cultura de la Tierra gaiana».¹⁵

¹¹ Jorge Riechmann, *Simbioética. Homo sapiens en el entramado de la vida (Elementos para una ética ecológica y animalista en el seno de una Nueva Cultura de la Tierra gaiana)*, Plaza y Valdés, Madrid, 2022, p. 12.

¹² Jorge Riechmann, *Ética extramuros. Segunda edición revisada y actualizada de Interdependientes y ecodependientes. Ensayos desde la ética ecológica (y hacia ella)*, UAM Ediciones, Madrid, 2016, p. 25.

¹³ *Ibidem*, p. 23.

¹⁴ *Ibidem*, p. 161 y ss.

¹⁵ Para una aproximación inicial a esta obra, véase: Raúl Garrobo Robles, «Reseña de *Simbioética. Homo sapiens en el entramado de la vida*, de Jorge Riechmann», *Papeles de Relaciones Ecosociales y Cambio Global*, nº 166, 2024, pp. 150-153.

Gaia –el equivalente latino de la diosa griega Gea– es el nombre con el que el químico James E. Lovelock bautizó a la entidad sobre la que gravita su cardinal aportación a las ciencias de la Tierra. En la elección de este nombre, Lovelock se había dejado orientar por el escritor William Golding, más versado que él en cuestiones de persuasión narrativa –no está de más recordar cómo, a grandes rasgos, para el constructivismo social la verdad científica requiere de aprobación social–. De acuerdo con su «hipótesis Gaia», la vida sobre la Tierra constituye una comunidad biosférica conformada por el conjunto de los ecosistemas y los factores no vivos –abióticos– asociados a estos. Las condiciones de habitabilidad para la vida dependerían, en tal caso, de la propia vida, que habría moldeado los factores abióticos a lo largo de las eras geológicas adaptándolos a sus propias necesidades. Las intuiciones de Lovelock pronto se vieron reforzadas por las tesis de la bióloga estadounidense Lynn Margulis, quien había estudiado el papel de la simbiogénesis en la evolución de la vida terrestre. En España, el físico Carlos de Castro ha prolongado esta hipótesis en la dirección de una «teoría Gaia orgánica».¹⁶ En definitiva, con la irrupción de Gaia en escena estaríamos asistiendo a un desplazamiento telúrico en los cimientos mismos de la cosmología moderna. «El cambio cosmológico que va de Aristóteles a Galileo es de la misma magnitud que el de Galileo a Gaia», afirma Bruno Latour. «Con Galileo, nuestra comprensión se movió hacia un universo infinito. Llevó un siglo y medio captarlo y se enfrentó a fuertes resistencias».¹⁷ Tampoco las trabas que actualmente enfrentan la teoría Gaia orgánica de Carlos de Castro y la simbioética de Jorge Riechmann son menores. Por lo contrario, mucho nos tememos que el cuerpo de intereses que ambas disputan al capitalismo les deparará feroces reacciones, nada que sus promotores no supieran ni esperaran.

Ganar para Gaia un lugar dentro de la cosmología hegemónica –o mejor aún, construir desde Gaia una alternativa a la mentalidad cultural dominante con la que ganar la hegemonía– no debe ser interpretado como un esfuerzo por reintroducir la superstición en nuestras vidas. De acuerdo con Riechmann, la noción de naturaleza que representa Gaia es mucho menos que una ambigua y peligrosa realidad sacralizada –que podría servir, por ejemplo, a fines supremacistas o machistas–, pero mucho más que la instrumentalización a la que es sometida en el capitalismo tardío. Gaia –y todo lo que ella significa– no es un producto de la

¹⁶ Carlos de Castro, *Reencontrando a Gaia. A hombros de James Lovelock y Lynn Margulis*, Ediciones del Genal, Málaga, 2019.

¹⁷ Bruno Latour, «This is a global catastrophe that has come from within», *The Guardian*, 6 de junio de 2020; citado por Jorge Riechmann, *op. cit.*, 2022, p. 28.

irracionalidad humana, sino una realidad empírica, constatada por las ciencias naturales, que hoy, junto con un conglomerado de saberes bien fundados –como la termodinámica de sistemas disipativos de Ilya Prigogine o la bioeconomía de Nicholas Georgescu-Roegen– ha devenido en rigurosa ciencia. Como expresa Riechmann, «simplemente hay bases científicas para creernos un poco más *en casa en el universo*. Nada más y nada menos».¹⁸ De ahí que sobre los cimientos ontológicos de Gaia sea legítimo fundamentar una ética ecológica como la simbioética, así como batallar por una cultura gaiana hegémónica:

Necesitamos, más que nunca, situarnos en el marco de Gaia y superar ese narcisismo de especie que llamamos a veces antropocentrismo moral [...] Necesitamos construir una cultura no de dominación sobre la naturaleza, sino de simbiosis con ella. Y la perspectiva adecuada para ello es gaiana.¹⁹

Si hubiéramos de clasificarla, ¿qué tipo de ética sería la simbioética?²⁰ En principio, estaríamos hablando de una ética naturalista, ya que las máximas que de ella se derivarían –«no dañar a los seres que pueden ser dañados»,²¹ por ejemplo– no perderían de vista el entramado simbiótico de la vida, lo que le impediría constituirse de manera autónoma –es decir, de manera no-naturalista, formal–. Asimismo, se trataría de una ética de fines. Esto último, de acuerdo con sus pretensiones universalistas, le permitiría evitar el subjetivismo de las éticas de móviles y de bienes. Como ética de fines, partiendo de lo que los seres humanos somos verdaderamente –holobiontes insertos en Gaia– la simbioética habría de permitirnos saber lo que también *deberíamos ser*, ayudándonos de este modo a orientar nuestro comportamiento. Por otro lado, atendiendo a la relevancia que en la obra de Jorge Riechmann tiene una de sus máximas más recurrentes –«no es lo mismo ocho que ochenta»–, es innegable la atención que la simbioética prestaría a las consecuencias de las acciones humanas, lo que haría de ella una ética teleológica antes que deontológica. Además, las éticas teleológicas pretenden discernir qué es el bien no-moral con anterioridad a prescribir el deber, lo que les permite un enraizamiento de la acción moral en la naturaleza humana, que es precisamente lo que le interesa a la simbioética. Finalmente, si para esta el bien supremo no es otro que la riqueza y el florecimiento de la vida en su ecodependencia, resulta evidente que con ella nos hallaríamos ante una ética material y he-

¹⁸ Jorge Riechmann, *op. cit.*, 2022, p. 45.

¹⁹ *Ibidem*, pp. 277-278.

²⁰ Para efectuar esta clasificación tomamos como referencia la obra conjunta de Adela Cortina y Emilio Martínez, *Ética*, Akal, Madrid, 2001 (en especial, su capítulo IV: «Las clasificaciones éticas», pp. 105-119).

²¹ Jorge Riechmann, *op. cit.*, 2016, pp. 159-189 (más concretamente, la página 175).

terónoma. En efecto, en oposición a las éticas formales y autónomas, las materiales sí reconocen una materia o contenido sobre el que fundamentar la moralidad. Para la simbioética, ya lo hemos repetido numerosas veces, no sería sino Gaia:

¿Qué es lo realmente importante? La filosofía antropocéntrica contesta: «Los seres humanos». El zoocentrismo dice: «Los animales». El biocentrismo amplía: «Todos los organismos». El ecocentrismo (gaiano) contesta: «La Tierra viva con todas sus criaturas».²²

¿Significa todo esto que a la simbioética le están vedados los beneficios que –desde Immanuel Kant– emanan de la fundamentación de la filosofía moral como ética formal? Es decir, ¿podría todavía la simbioética constituirse como una ética formal?

Simbioética como ética formal

Dos cosas colman el ánimo con una admiración y una veneración siempre renovadas y crecientes, cuanto más frecuente y continuamente reflexionamos sobre ellas: *el cielo estrellado sobre mí y la ley moral dentro de mí.*²³

IMMANUEL KANT

Es importante mostrar hasta qué punto una ética material y extramuros –como la simbioética– podría aún confluir con una ética formal como la kantiana

Es nuestro propósito mostrar en esta sección hasta qué punto una ética material y extramuros –como la simbioética– podría aún confluir con una ética formal como la kantiana. Para ello, comenzaremos exponiendo sintéticamente las claves de la filosofía moral del filósofo de Königsberg tal y como estas se configuran en su etapa crítica.

Lo primero que cabe decir de la ética kantiana es que esta se articula en torno a una de las ideas puras trascendentales de la razón: la idea de libertad (*Freiheit*). De conformidad con el marco establecido por Immanuel Kant en *La crítica de la razón pura*, esta idea no puede ser objetivamente corroborada por intuición sensorial alguna, puesto que no cabe para ella ninguna experiencia posible. Ahora

²² Jorge Riechmann, *op. cit.*, 2022, pp. 203-204.

²³ Immanuel Kant, *Kritik der praktischen Vernunft*, A 288, Reclam, Stuttgart, 1989, p. 253 (trad.: *Critica de la razón práctica*, Alianza, Madrid, 2005, p. 293).



bien, «cuando se trata de valor moral no importan las acciones, que se ven, sino aquellos íntimos principios de las mismas, que no se ven».²⁴ En efecto, en tanto que provista de una facultad de razonar que le permite integrarse en el conjunto de las realidades inteligibles, la persona humana no puede prescindir de suponerse como dotada de una libertad que en ella constituye el principio formal de su voluntad. Que podemos conformar nuestro comportamiento a los dictámenes de la razón práctica es un hecho que cualquier persona puede avalar. Y podemos hacerlo porque nuestra voluntad es libre, aunque esa misma libertad sea para nosotros tan solo un supuesto tan necesario como incondicionado. En palabras de Kant, «tenemos que suponerla –la libertad– si es que queremos pensar un ser como racional y con conciencia de su causalidad respecto de las acciones, es decir, como dotado de voluntad [*Willen*]».²⁵

En el reino fenoménico de la naturaleza todo sucede de conformidad con leyes causales; en el de la moralidad, también, aunque con independencia de lo que se da en aquel. Ello es posible gracias a la voluntad, que estando libremente determinada por ella misma, es capaz de querer para sí que la máxima subjetiva que le presenta la racionalidad práctica como imperativo para la acción deba ser aceptada objetivamente como ley universal. «¿Qué puede ser, pues, la libertad de la voluntad sino autonomía [*Autonomie*], esto es, propiedad de la voluntad de ser una ley para sí misma?».²⁶ Las distintas fórmulas con las que Kant expresa este imperativo categórico por el que la voluntad se impone autónoma y libremente el deber de actuar de conformidad con la forma de su moralidad son de sobra conocidas. Atendiendo a los fines de este ensayo, nosotros reproduciremos tan solo dos de ellas: «obra como si la máxima de tu acción debiera tornarse, por tu voluntad, ley universal de la naturaleza»²⁷ y «obra de tal modo que uses la humanidad, tanto en tu persona como en la persona de cualquier otro, siempre como un fin al mismo tiempo y nunca solamente como un medio»²⁸.

Cuando la voluntad se autodetermina libremente –esto es, sin injerencias empíricas– imponiéndose el deber de amoldar la conducta a una máxima de comportamiento cuya universalización y objetividad hemos de abrazar, lo hace

²⁴ Immanuel Kant, *Grundlegung zur Metaphysik der Sitten*, 407, Felix Meiner Verlag, Hamburg, 1952, p. 26 (trad.: *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, Espasa-Calpe, Madrid, 1977, p. 50).

²⁵ *Ibidem*, 449, p. 74 (trad.: p. 115).

²⁶ *Ibidem*, 447, p. 71 (trad.: p. 112).

²⁷ *Ibidem*, 421, p. 43 (trad.: p. 73).

²⁸ *Ibidem*, 429, p. 52 (trad.: p. 84).

necesariamente *a priori*. De suyo, la voluntad se representa leyes de la razón práctica que le sirven como mandato, pero lo hace de espaldas a todo contenido de la experiencia, ya proceda este de los instintos o de la vida social. Así, Kant insiste en situar el punto de partida de su ética, no en el bien que apetecemos como criaturas naturales, no en el bien que hemos acordado consuetudinariamente en tanto que seres sociales, sino en el cumplimiento de la ley moral (*moralisches Gesetz*) que nuestra voluntad se representa por sí misma y de la que cada uno tenemos conciencia autónomamente. De hecho, el conocimiento de un bien al que aspirar –pongamos por caso, la endosimbiosis de la humanidad en Gaia– solo puede derivar de la experiencia, lo que impediría que una ética fundada en tales bienes pudiera alcanzar una dimensión objetiva y universalizable como pretende la filosofía moral kantiana. Kant sitúa el punto de partida de su ética en el cumplimiento de la ley moral de la que cada uno tenemos conciencia autónomamente

Kant sitúa el punto de partida de su ética en el cumplimiento de la ley moral de la que cada uno tenemos conciencia autónomamente

Cuando en la primera de las formulaciones del imperativo categórico que hemos reproducido Kant afirma que debemos obrar de modo que nuestra máxima subjetiva deba ser asumida como ley universal de la naturaleza, no está insinuando con ello que las leyes fenoménicas de la naturaleza deban ser referenciadas a la hora de establecer los mandatos de la moral. Lo que enfatiza, más bien, es una homología entre la causalidad que rige fenoméricamente los sucesos de la naturaleza y la causalidad de las acciones morales, de suerte que las leyes causales que imponen determinados mandatos a la conducta moral sean asumidas bajo las mismas condiciones de universalidad y necesidad que imperan en la naturaleza. En este respecto, las leyes de las ciencias naturales y de las ciencias de la vida que sirven a la simbioética como fundamentos ontológicos desde los que hacer florecer una ética material como la que propone Jorge Riechmann no serían aceptadas por Kant como fundamentos lícitos para una ética formal. A lo sumo –admite el de Königsberg–, de ellas podría derivarse tan solo una máxima, esto es, un principio subjetivo por el que orientar la conducta, o, tal vez, una prescripción –a saber, un imperativo hipotético o condicionado–, pero jamás una ley ni «un principio objetivo que nos *obligue a obrar*».²⁹ Una máxima (*Maxime*) o una prescripción (*Vorschrift*) como estas podrían obtenerse a partir de una reflexión como la que sigue. Siendo

²⁹ *Ibidem*, 425, pp. 47-48 (trad.: p. 79).

el ser humano en último término un fin para la acción –y no meramente un medio–, al tratarse de un ser interdependiente y ecodependiente, esto es, al depender su bienestar de la salud de los ecosistemas en los que se inscribe y de los que obtiene lo necesario para su supervivencia, le corresponde cuidar de sí y de sus semejantes a través de la preservación de aquellos. De ahí que ya en sus *Lecciones de ética* Kant insistiera en que los deberes para con los animales –e incluso para con los seres inanimados– «no representan sino deberes indirectos para con la humanidad».³⁰

Llegados a este punto, cabe preguntarse: ¿qué es lo que tenemos los seres humanos que nos convierte en un fin para la acción? Es decir, ¿qué es lo que hace de nosotros la única sede de valor moral? Hasta cierto punto, la respuesta de Kant es elusiva: lo que hace de nosotros un valor absoluto es la dignidad de la que estamos imbuidos, es decir, el respeto del que somos merecedores. En efecto, la dignidad (*Würdigkeit*) y el respeto (*Achtung*), aparte de ser conceptos centrales de la filosofía moral kantiana, también funcionan a menudo como piedras angulares de la moralidad contemporánea –téngase presente, por ejemplo, el preámbulo de la Declaración Universal de los Derechos Humanos–. Sin embargo, estos no deben ser asumidos en ningún caso como conceptos autorreferenciales, puesto que no se explican por sí mismos. Si el ser humano posee dignidad y esta lo convierte en un valor moral absoluto, hemos de saber qué es lo que lo hace digno. Esto es, ¿por qué los seres humanos debemos tratarnos entre nosotros y para con nosotros mismos como fines para la acción y, sin embargo, podemos instrumentalizar a los seres vivos no humanos y a los factores abióticos que interactúan con la vida? La razón de nuestra dignidad, según Kant, está en la configuración de nuestra personalidad (*Persönlichkeit*), esto es, en la libertad (*Freiheit*) e independencia (*Unabhängigkeit*) de nuestra voluntad respecto de la causalidad de la naturaleza fenoménica. El respeto que nos debemos unos a otros, así como la dignidad que hace de nosotros el «reino de los fines»,emanan de nuestra propia condición de agentes morales capaces de autodeterminarnos para la acción. En la *Critica de la razón práctica*, Kant lo expresa en los siguientes términos:

¡Deber! [...] ¿cuál es ese origen digno de ti?, ¿dónde se halla esa raíz de tu noble linaje [...] de la cual desciende la condición indispensable del valor que únicamente los seres humanos pueden darse a sí mismos? [...] No se trata de ninguna otra cosa que no sea la *personalidad* [*Persönlichkeit*] (esto es, la libertad [*Freiheit*] e independencia [*Unabhängigkeit*])

³⁰ Immanuel Kant, *Lecciones de ética*, Crítica, Barcelona, 1988, p. 287.

hängigkeit] respecto del mecanismo de toda naturaleza), considerada ciertamente como una capacidad característica de un ser que se halla sometido a leyes prácticas puras proporcionadas por su propia razón [...].³¹

Como vemos, si la personalidad moral de los seres humanos es lo que nos confiere dignidad, el respeto de esta dignidad –según Kant– es lo que hace de nosotros la única sede de valor moral. Sin embargo, creemos que bajo este razonamiento se oculta una imprecisión. En verdad, que los seres humanos seamos sede de la moralidad no significa que por ello debamos ser también sede de valor moral ni, sobre todo, que nos corresponda ser la única sede de este. Nótese que no estamos cuestionando que los humanos podamos ser valores morales absolutos, sino tan solo que la dignidad que según Kant nos corresponde se nos deba adjudicar meramente porque seamos personalidades morales. Que las personas seamos «miembros legisladores de un reino ético, posible a través de la libertad»,³² no nos conduce de manera inmediata y exclusiva a ser reconocidos como sedes de valor. Toda dignidad –como la que debemos a los integrantes del género humano– es alumbrada por la voluntad pura, sí, pero no es cierto que nos corresponda únicamente a nosotros por el mero hecho de que nuestra voluntad sea capaz de determinarse libre y autónomamente.

Aunque no desde la perspectiva de una ética formal, Jorge Riechmann ha incidido en esto enérgicamente: «Los seres humanos *no somos la única sede de valor*, o las únicas criaturas agraciadas con una singular propiedad llamada dignidad».³³ De hecho, según lo creemos nosotros, la dignidad no es un atributo que les corresponda tan solo a los seres con capacidad moral, sino la forma misma –sin mezcla de contenido o materia– que subyace en el imperativo categórico como fruto de una voluntad pura, que por ello mismo no puede sino ser una buena voluntad. Debe ser la forma de la ley moral, a través de su formulación en un imperativo categórico, la que nos indique quién ha de tener dignidad, y no la capacidad moral de un agente racional. Un imperativo como este debería rezar más o menos como sigue: «obra de tal modo que te relaciones con la totalidad, tanto en lo que a ti respecta como en lo que atañe al resto de los seres que la integran, como si esta fuera un fin al mismo tiempo y nunca solamente

La dignidad no es un atributo que les corresponda tan solo a los seres con capacidad moral

³¹ Immanuel Kant, *Kritik der praktischen Vernunft*, A 154-155, *op. cit.*, pp. 139-140 (trad.: p. 182).

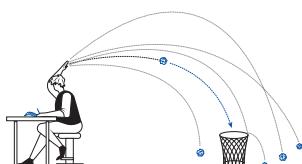
³² *Ibidem*, A 147, p. 134 (trad.: 176).

³³ Jorge Riechmann, *op. cit.*, 2016, p. 28.

como un medio». Paradójicamente, la esencia de esta fórmula no se encuentra muy alejada de las propuestas kantianas. «Obra de tal modo que la máxima de tu voluntad siempre pueda valer al mismo tiempo como principio de una legislación universal» –escribía Kant en la *Crítica de la razón práctica*–,³⁴ a lo que nosotros, como depuración formal, añadimos: «pero no solo con respecto a los seres morales, sino en el sentido de una auténtica legislación universal, esto es, en sentido holístico». Las múltiples conexiones de esta formulación con la teoría gaia orgánica de Carlos de Castro y con la simbioética de Jorge Riechmann son evidentes. Para la casuística, que por razones de propósito y espacio no podemos desarrollar aquí, remitimos a sus obras previamente referidas.

En su reflexión 7886, Immanuel Kant anotaba: «la servidumbre es la muerte de la persona y, sin embargo, es la vida del animal».³⁵ Asimismo, en el renombrado colofón de su *Crítica de la razón práctica* se refería a la admiración que le producía contemplar el titilante firmamento. Atrapado en la órbita moderna de los objetos galileanos, Kant fue incapaz de comprender el sentido moral de la vida en toda su amplitud y ecodependencia. Trescientos años después de su nacimiento, va siendo hora ya de que también el gran pensador de Königsberg rebaje la solemnidad de su filosofía moral hasta el nivel más que terrenal de los desafíos del Siglo de la Gran Prueba.

Raúl Garrobo Robles es profesor de filosofía y humanidades.



³⁴ Immanuel Kant, *Kritik der praktischen Vernunft*, A 54, op. cit., p. 53 (trad.: p. 97).

³⁵ Citado por Joaquín Abellán en la introducción al opúsculo de Immanuel Kant *Sobre la paz perpetua*, Tecnos, Madrid, 2001, p. XXVIII.

E.P. Thompson y las identidades como clausura

XAVIER DOMÈNECH SAMPERE

En el momento de la muerte de Edward Palmer Thompson en 1993 fue reconocido como uno de los historiadores más importantes del siglo XX (de hecho, en ese momento era el más citado entre los hijos e hijas de la casta de Clío). Pero, en ese reconocimiento, recorría en sus obituarios más una celebración de su obra en clave de pasado que no de futuro.

A pesar de la publicación en 1991 de *Costumbres en Común*,¹ Thompson llevaba una década fuera de la historiografía. Su compromiso político y social como uno de los principales portavoces del movimiento pacifista europeo que buscaba acabar con la lógica exterminista de la Guerra Fría lo había alejado del debate académico. Se trataba no solo de salvar el pasado, sino sobre todo de hacer posible un futuro para la humanidad. En este camino llegó a ser el personaje más popular de Gran Bretaña, solo por debajo de Margaret Thatcher y la reina Isabel II. Pero mientras esto sucedía, en el marco de la historia social académica anglosajona se producía una mutación sustancial por la que se abandonaba la misma idea de una realidad fuera de cualquier construcción lingüística. En esta modificación Thompson podía ser visto a veces como un “precursor”, en la medida que en su análisis sobre los sujetos colectivos había introducido de forma central la dimensión cultural, pero a la vez se le consideraba demasiado apegado a la “vieja” historia social, a la existencia de una “realidad material”.

Mientras esto acaecía en el campo analítico, también la muerte de Thompson se produjo en el mismo inicio de un cambio de época político (en realidad lo uno y lo otro está profundamente interconectado). En los

¹ Edward P. Thompson, *Costumbres en común*, Crítica, Barcelona, 1995.

noventa la Guerra Fría tocaba a su fin, como así lo hacían también las luchas en las que había estado inmerso E.P. Thompson. En este cambio de época no solo se acabó con todo un mundo, sino que se produjeron también desconexiones tanto teóricas como políticas en las que se perdió parte de un acervo común, una forma de mirar la realidad, que aún nos es necesario.

En el caso de Thompson, ese legado político es inabarcable en estas páginas. Existe en este sentido un Thompson pacifista, que intentó entender la lógica global del exterminio para poderlo combatir, de la misma forma que existe un Thompson marxista y aun otro republicano, entre muchos otros posibles. Pero, entre todos esos posibles caminos, el texto que aquí presentamos nos habla de la temprana conciencia que tomó a principios de los ochenta sobre un tema que en su momento podía parecer marginal y que en nuestra propia contemporaneidad ha devenido en central: la omnipresencia de la identidad como el alfa y el omega de la acción política.

La época de las identidades

Cada nuevo presente relee sus legados a partir de su propia experiencia, con nuevas preguntas que los iluminan de formas a veces completamente diferentes, viendo entonces cosas que nunca antes se nos habían mostrado. En este sentido, de la misma manera que el pasado explica el presente, también el presente explica el pasado en una relación que no puede describirse de otra forma que de dialéctica. Pero siendo esto cierto, también lo es que las sucesivas lecturas de cada década sedimentan nuestras interpretaciones sobre lo que fue, deformando nuestra mirada hasta puntos que se hacen irreconocibles en la confrontación con el legado original. Algo de ello sucede con la obra de E.P. Thompson.

Justo cuando nuestro historiador fenecía en la década de los noventa se empezaba a difundir al conjunto social la preeminencia del problema de las identidades. Había algo de lógica de época en ello. La utopía neoliberal del capitalismo tardío tomó una forma en la que la globalización cambiaba el centro de gravedad de los Estados-nación hacia una nueva cultura que se quería global y transnacional, congruentemente con la “libertad” global de los flujos económicos. En este marco, de forma ambivalente, este nuevo proyecto global en su faz “progresista” pretendía “liberar” las identidades subalternas, aunque no todas, encapsulándolas, mercan-

tizándolas y marcándolas, esos sí, con un sesgo de clase. A su vez, la resistencia hacia este proyecto neoliberal, tanto progresista como conservadora, tomaba la forma de vindicación de los lazos primordiales y las identidades. Emerge entonces la centralidad de las identidades, y de las políticas de identidad, entendidas como espacios de refugio, liberación o reacción. Esa lógica permitió ciertamente que floreciera aquello que se quería homogéneo e hizo emerger nuevas agendas reivindicativas en los movimientos sociales. Las identidades de género, las sexualidades, las étnicas o nacionales, entre muchas otras, se convirtieron en el centro del debate, transformando el conjunto el paisaje político.

En el proceso, incluso Thompson fue interpretado, y en cierto sentido encapsulado, básicamente como un historiador de la identidad obrera. La clase era ahora una construcción discursiva sin relación alguna con realidades extralingüísticas,² que podía y debía ser vista no tanto como un sujeto con agencia propia sino como una forma de identidad. Ciertamente la obra de Thompson no reivindicaba esto, y en ello “fallaba” según las nuevas miradas, pero en la medida que era una de las máximas expresiones del estudio de la clase obrera, era, y debía ser, una obra sobre su identidad. Lo expresaba mejor que nadie J.W. Scott:

En la descripción de Thompson, la clase es finalmente una identidad con raíces en relaciones estructurales que preexisten a la política. Lo que esto oscurece es el contradictorio y cuestionado proceso por el cual la clase misma fue conceptualizada, y por el cual diferentes tipos de posiciones del sujeto fueron asignadas, sentidas, cuestionadas o aceptadas (...) el problema que Thompson buscaba atender no está realmente resuelto. La “experiencia” de la clase trabajadora es ahora el fundamento ontológico de la identidad, la política y la historia.³

Todo ello, siguiendo a Scott, desde la concepción de que la historia «ya no trata más de las cosas que les ocurrieron a las mujeres y a los hombres, ni de la forma en que estos reaccionaron; al contrario, trata de cómo se han construido las significaciones subjetivas y colectivas de hombres y mujeres vistos como categorías de identidad».⁴ Una interpretación que ponía en el centro la “categoría de identidad” en la que también era atrapada la propia obra de Thompson. Él era ahora básicamente un historiador de la identidad en una época en la que difícilmente se podía ser otra cosa. Pero, como él mismo decía, se trata de rescatar a los sujetos

² Gareth Stedman Jones, *Lenguajes de clase. Estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa (1832-1982)*, Siglo XXI, Madrid, p. 103.

³ Joan W. Scott, «Evidence of Experience», *Critical Inquiry*, vol.17, núm. 4, 1991, pp. 773-797.

⁴ Joan W. Scott, *Género e Historia*, Fondo de Cultura Económica, México, 2008, p. 25.

del pasado de “la enorme condescendencia de la posteridad” y en el proceso, salvar sus propias palabras. En ellas, Thompson afirmaba que:

La clase es una formación social y cultural (que a menudo encuentra expresión institucional) que no se puede definir de forma abstracta, o aislada, sino solo en términos de relación con otras clases; y, por último, solo se puede definir en el medio *temporal*, a saber, acción y reacción, cambio y conflicto. (...) la *clase-como-identidad* es una metáfora, provechosa a veces al describir un flujo de relación (...). En general, es fácil establecer polos sociales opuestos alrededor de los cuales se congregan las alianzas de clase: aquí el *rentista*, allí el obrero industrial. Pero en tamaño y fuerzas estos grupos siempre están en ascenso o en declive, su conciencia de identidad de clase es incandescente o apenas visible, sus instituciones son agresivas o simplemente se mantienen por costumbre; mientras en medio están esos grupos sociales amorfos y siempre cambiantes entre los cuales la línea se traza y retraza con respecto a su polarización de esa forma o de otra (...). La política es a menudo eso: ¿cómo acontecerá la clase?, ¿dónde se trazarán la línea? Y su trazado no es una cuestión de voluntad (...), sino el resultado de mecanismos políticos y culturales. Reducir una clase a una identidad es olvidar dónde reside exactamente la *facultad de actuar*, no en la clase sino en los hombres.⁵

Y es que el hecho es que Thompson no fue nunca un historiador de la identidad. Para él las clases sociales, los sujetos colectivos, son agentes que se construyen en las polaridades sociales y que admiten varias posibles identidades que, además, no son un elemento único para explicarlos. Todo lo cual no significa que no estuviera preocupado por el creciente protagonismo de las identidades y sus consecuencias políticas.

Más allá de las identidades

El texto que presentamos aquí, como introducción a su recopilación de textos políticos de los años setenta, expresa precisamente la preocupación que le generaba los albores de la época de la centralidad de las identidades. Una preocupación marcada por el hecho de que, al poner en el centro de la reivindicación política y social las identidades, la capacidad de generar sujetos colectivos quedase fragmentada en diferencias insuperables. Un proceso donde la medida de la legitimidad política frente a otros fuera no la capacidad de actuar, sino una vindicación

⁵ Edward P. Thompson, *Las peculiaridades de lo inglés y otros ensayos*, Centro Francisco Tomás y Valiente, Valencia, 2022, p. 103.

unívocamente victimaría que fuera deslegitimándolos a unos frente a los otros (siempre hay una historia de sufrimiento más intensa que la del que está justo al lado).

Una situación que, para Thompson, generaba la sucesiva debilidad de sujetos cada vez más pequeños convertidos en inermes ante la reacción. Frente a ello reclamaba que, sin perder sus principios, estas culturas alternativas se centrasen más en su capacidad de generar alianzas y actuar con vocación de mayorías que en la propia vindicación única de la identidad. En los años ochenta estas reflexiones podían sorprender, ahora son más actuales que nunca.

Xavier Domènech Sampere es profesor de Historia de la Universidad Autónoma de Barcelona.

Escribiendo a la luz de las velas

EDWARD P. THOMPSON⁶

Traducción: Pedro L. Lomas

Se trata de una preocupación de todos los demócratas, y no solo de «la Izquierda» (no toda la cual posee credenciales democráticas inequívocas). Sin embargo, hay un factor en la situación de una parte de la izquierda, y también del movimiento feminista, que podría debilitar la necesaria respuesta a esta situación. Desde hace al menos una década (desde 1968 más o menos), una parte de la izquierda se ha alejado desilusionada de la vida política nacional y ha optado por la construcción de una cultura alternativa. Una parte del movimiento feminista, por razones evidentes, ha tomado una opción parecida.

Este giro ha sido a veces activista, en campañas monotemáticas, otras veces ha tenido un carácter más distanciado, intelectual e incluso de introversión (el autoexamen y la autoelaboración de la teoría). En ambos casos, durante la última década se han alcanzado ciertos logros en la construcción de una cultura alternativa. Es posible que las minorías hayan ganado en confianza, que algunas investigaciones intelectuales hayan tenido vitalidad, que se hayan desarrollado nuevos estilos de vida y que el movimiento feminista se haya manifestado de una nueva forma. Desde luego, no pretendo mostrar ningún rechazo polémico a lo que se ha hecho.

Pero, ineluctablemente, la cultura oficial del poder sigue su camino: y tal vez le resulta más fácil salirse con la suya cuando una parte de la oposición se enfrenta a ella simplemente dándole la espalda. Optar por una alternativa puede, en determinadas circunstancias, suponer tomar la decisión de irse, pero a cambio de dejar un vacío en el que el poder puede moverse. Además, no es posible que el periodo para construir esa cultura alternativa, que luego resurgirá en la vida nacional, al cabo de tres o cuatro décadas, en forma de «revolución», sea indefinido. Porque durante ese tiempo la cultura oficial del poder no estará esperando amablemente a que vuelva la izquierda para que el juego vuelva a ser limpio. Estará ocupada

⁶ Los siguientes párrafos han sido extraídos de la introducción del libro de Edward H. Thompson *Writing by candlelight*, Manchester, The Merlin Press, 1980, p. XI-XIV. Agradecemos a la editorial su apertura y conformidad para la traducción y reproducción de este extracto.

todo el tiempo. Estará armando a la policía, preparando planes de contingencia con el ejército, investigando a los jurados, perfeccionando sus archivos y su vigilancia, tramando provocaciones, socavando a los sindicatos, derogando las leyes del aborto, vendiendo los recursos nacionales, destruyendo el medio ambiente urbano o estableciendo centros de genocidio bajo el control exclusivo de generales estadounidenses, como en Upper Heyford o Lakenheath.⁷

La «cultura alternativa» debe encontrar la manera de volver a influir, de forma activa, en la vida política nacional. No estoy pidiendo a ningún grupo o movimiento que renuncie a sus valores o a su autonomía. No creo que haya una única forma “correcta” o útil de actuar, como afiliarse al Partido Laborista (donde yo mismo me encuentro). No estoy pidiendo, por ejemplo, a las hermanas del movimiento feminista que dejen de actuar juntas como hermanas, sino que piensen con mayor urgencia en sus otras funciones como ciudadanas, juradas, sindicalistas o electoras.

Se ha extendido la idea de que el género, el color o las preferencias de cada uno deben ser siempre, en cada situación, los principales hechos existenciales, y que estas diferencias deben ser barreras casi insuperables que impidan la acción política común en cientos de situaciones de otro tipo. Esto es algo que puede que parta de premisas válidas. Pero cuando la noción se lleva demasiado lejos, y cuando aquellos que están bajo la amenaza común de una guerra nuclear, de la pérdida de derechos y del trabajo, o bajo la explotación común del dinero, ya no pueden trabajar juntos de forma efectiva porque siempre se deben alimentar esas diferencias de base en forma de rencores, entonces esto se convierte en algo peligrosamente divisivo. Y supone un hito en el final de importantes tradiciones constructivas de la política radical, socialista y laborista. Si se admite que ciertas reivindicaciones básicas muy importantes, especialmente de las mujeres, han sido silenciadas o simplemente añadidas a los movimientos de masas del pasado, entonces la respuesta debe ser la de llevar a tales movimientos (y sus organizaciones) hacia un nuevo tipo de consideración a estas reivindicaciones, algo que confío que estas compañeras sean lo suficientemente fuertes como para llevar a cabo. Desde luego, no se trata de tirar por la borda la posibilidad de un movimiento general, y dejarnos como un montón de piezas fragmentadas y peleadas frente al poder.

⁷ N. del T.: El autor se refiere aquí a las bases de la RAF (Fuerza Aérea del Reino Unido) en esas localidades del Reino Unido, de uso conjunto con la OTAN durante la guerra fría.

Esto lo entienden muy bien muchas de las integrantes del movimiento feminista actual, como demuestran las autoras de *Beyond the Fragments*,⁸ al igual que lo entienden muchas de las personas asiáticas que viven en Southall.⁹ Si llega el estado policial, entonces, sea cual sea nuestro género o nuestro color, iremos a las mismas prisiones abarrotadas, y si se disparan los misiles nucleares nos iremos todos juntos cuando nos vayamos. Sería mejor no tener que ir, y si la «cultura alternativa» pudiera encontrar la forma, sin una pérdida de nuestros principios, de volver a conectar con una cultura política nacional activa, esto supondría contar con refuerzos cuando los necesitásemos.

Puede que incluso nos ayude a hacer más. Porque las continuas presiones a la baja de las últimas décadas –las presiones de las burocracias modernizadoras, del Secreto Oficial, de los medios de comunicación manipuladores, de la policía– han acabado por suscitar un espíritu de resistencia, con un nuevo interés por las formas democráticas y un nuevo acento en los valores libertarios. Si podemos encontrar formas de coordinar esta resistencia y de articular esta conciencia creciente en nuevas formas políticas (como teoría y como políticas), entonces es posible que este escenario pesimista que presento sea exagerado. Incluso se puede vislumbrar la posibilidad de una nueva fase de insurgencia democrática y socialista en el futuro: un movimiento resurgente con nuevas prioridades, que daría la espalda a las viejas normas estatistas y a las formas burocráticas que se encuentran en las tradiciones ortodoxas del comunismo y la socialdemocracia, y que abordaría el problema crítico de la reestructuración de nuestras instituciones (nacionales, industriales, judiciales, locales, de comunicación y educación) mediante una nueva inventiva democrática. Tal vez sea más de lo que podemos esperar realmente, pero valdría la pena trabajar juntos por ello.



⁸ N. del T.: El autor se refiere aquí a Sheila Rowbotham, Lynne Segal y Hilary Wainwright, historiadora, psicóloga e investigadora, respectivamente, autoras del libro *Beyond the Fragments: Feminism and the Making of Socialism*, publicado por Merlin Press en 1979.

⁹ N. del T.: El autor hace referencia aquí a toda una serie de conflictos raciales que tuvieron lugar a lo largo de los años setenta en la localidad de Southall, en la parte oeste del área metropolitana de la ciudad de Londres, entre ellos el brutal asesinato del joven sij Gurdip Singh Chaggar el 4 de junio de 1976. Este asesinato originó la creación de un movimiento juvenil (el *Southall Youth Movement*) para, entre otras cosas, proteger a la comunidad asiática del racismo, e inspiró la creación de otros movimientos similares dentro del país.

Lecturas

FOUNDATIONS OF SOCIAL ECOLOGICAL ECONOMICS.
THE FIGHT FOR REVOLUTIONARY CHANGE IN ECONOMIC THOUGHT

Clive L. Spash.

Manchester University Press, 2024
259 págs.

El papel del modelo económico convencional –con su carrusel de la producción y el consumo y el metabolismo social asociado– en la generación de la crisis ecosocial en la que estamos sumidos es clave. El crecimiento ilimitado como objetivo indiscutido e indiscutible, el máximo beneficio de las actividades productivas y en el consumismo masivo como base del bienestar son aspectos de esta aproximación económica que provocan inevitablemente un choque con los límites ambientales y con la satisfacción de las necesidades sociales.

Desafortunadamente, lo que se enseña mayoritariamente en las facultades de economía no hace sino reproducir estos esquemas en todos sus ámbitos de influencia. Cambiar las bases de la economía como disciplina en su relación con la naturaleza y las personas es uno de los grandes retos necesarios para afrontar la crisis ecosocial. Son muchos los y las autoras que, desde la heterodoxia económica, en general, y la economía ecológica, en particular, han realizado

aportes significativos en esta dirección. Sin embargo, Clive Spash, el reconocido economista británico y profesor de Políticas Públicas y Gobernanza de la Universidad de Economía y Negocios de Viena, autor de este libro, opina que estas aportaciones no han ido suficientemente lejos, y que la impronta de la ortodoxia económica actual sigue lastrando el pensamiento económico mayoritario, por lo cual considera que sería necesario transitar hacia una forma diferente de entender, practicar y enseñar la economía: una economía ecológica y social, cuyos fundamentos esboza a lo largo de las páginas del libro.

El trabajo, edición revisada y ampliada en inglés del texto publicado en 2020 por FUHEM Ecosocial y La Catarata con el título *Fundamentos para una Economía Ecológica y Social* dentro de la colección de Economía Inclusiva, es el resultado de la dilatada y profunda experiencia del autor en la economía ecológica (ha ejercido diversos cargos en las sociedades internacionales y europeas de economía ecológica) y de su inmersión en el ámbito de las políticas públicas, la gobernanza y la filosofía de la ciencia durante varias décadas.

Los dos primeros capítulos, que se englobarían en lo que el autor califica como las bases radicales de la economía ecológica y social, tratan de ilustrar cómo la economía ha abordado la cuestión ambiental, desde las visiones más ortodoxas de la economía ambiental hasta el nacimiento

de la economía ecológica, pasando por las aportaciones de distintas ramas de la economía heterodoxa. El trabajo identifica algunos de los problemas que el diálogo economía-naturaleza ha tenido debido a la permeabilidad con la ortodoxia económica y el eclecticismo que esto ha originado: conceptualizaciones erróneas, incoherencia, contradicción, confusión, imperialismo disciplinar (la economía ecológica como una subárea de la ortodoxa economía de los recursos naturales y el medio ambiente), mala dirección o falta de representación o denigración del realismo social derivados de la visión tecnocrática, entre otros. En ellos se justifican dos cuestiones: la necesidad de toda una nueva economía que aborde de modo radical la relación entre ser humano y naturaleza, y el fracaso que habría tenido el primer intento desde la economía ambiental y el segundo, desde la economía ecológica, a la hora de conseguir afrontar este reto con éxito en su interacción con otras ramas de la economía heterodoxa.

Para evitar ese eclecticismo, y generar unos cimientos sólidos, la segunda parte del libro trata acerca de las bases filosóficas de la economía ecológica y social. En tres capítulos, el autor desgrana algunos de los contenidos más relevantes sobre filosofía de la ciencia que afectan a la economía, y las carencias y contradicciones que arrastra la economía actual en este sentido. Además, ya dentro del ámbito de la economía ecológica, el autor arremete contra ese eclecticismo metodológico que se extiende a través de la idea de un pretendido pluralismo. A continuación, el libro se dirige a la búsqueda de esas formas de conocimiento necesarias para una economía ecológica y social que se encuentran entre el objetivismo ingenuo y el relativismo absoluto. A esta perspectiva y a su aspecto crítico dedica la última parte de esta sección, incluyendo reflexiones sobre

el ineludible papel de la visión preanalítica (valores, ideología, etc.), así como el significado de lo que se entiende por un cambio transformador o un cambio de paradigma.

Finalmente, la tercera parte del trabajo entra de lleno en el despliegue de la propuesta del autor para los fundamentos de una economía ecológica y social. En el primer capítulo, el autor nos invita a desechar definitivamente los objetivos económicos estructuralmente contradictorios con la idea de una economía como forma de articular y dar salida a las necesidades sociales (especialmente el crecimiento y la eficiencia como mantras de la ortodoxia económica actual), tomándonos en serio aspectos éticos, políticos, institucionales y motivacionales del ser humano en el diseño de esta. Además, proporciona una visión de la ontología, epistemología, metodología, axiología e ideología que tendría esa economía ecológica y social. Por su parte, en el segundo y tercer capítulos nos proporciona una idea de cómo se integran actualmente los conocimientos procedentes de la economía, los conocimientos y el pensamiento social y el conocimiento ecológico y cómo habría que afrontar el diálogo entre estos campos. Y, para acabar el trabajo, el autor realiza una propuesta para concebir la estructura económica como múltiples estructuras y arreglos institucionales posibles, así como una agenda con tópicos relevantes para su tratamiento e investigación.

Foundations es un trabajo extenso, denso, ampliamente fundamentado y bien articulado, en el que se entrecruzan tanto contenidos de carácter más didáctico como otros de índole histórica, crítica y/o propensiva. La abundante experiencia del autor en el ámbito de la economía ecológica se refleja en su penetrante y amplia perspectiva acerca de cómo se abordan las cuestiones ambientales desde las distintas

ramas de la economía, así como de las debilidades que habría arrastrado el proceso de construcción y la práctica de la economía ecológica actual. Debilidades estas que se habrían convertido, en su opinión, en rasgos estructurales de la disciplina, y que acarrearían tanto la aproximación europea, más enraizada en tradiciones críticas, como la anglosajona, con mayor influencia de la ortodoxia económica.

Cabe destacar lo que, desde el punto de vista de este revisor, sería el aspecto más original de este trabajo, que supone el hecho de ir más allá del mero diagnóstico informado de problemas, y afrontar la tarea de escarbar en profundidad dentro del ámbito de la filosofía de la ciencia, tratando de fundamentar una aproximación más coherente con los planteamientos de una economía ecológica y social. El autor sugiere que, de entre todas las aproximaciones que analiza, ese papel lo podría jugar alguna forma de realismo crítico como vía intermedia entre el constructivismo extremo (todo, incluido lo biofísico, es una mera construcción social) y el objetivismo ingenuo (todo es natural, y no hay influencia humana posible).

Otra cuestión destacable del libro, dentro de este mismo trabajo de construcción, es aquel en el que el profesor Spash trata de comprender las distintas formas de conocimiento habituales, la generación de este, así como los supuestos preanalíticos que jalonan el camino de cualquier visión supuestamente objetiva y analítica y, por tanto, también de la economía. En una reflexión que abraza tradiciones críticas del modelo científico de corte hipotético-deductivo, pretende desligarse de la supuesta objetividad indiscutible de los modelos económicos y hacer explícita la visión preanalítica que subyace también a la visión convencional de la economía, y que la hace un objeto más de discusión y

debate. Esto le permite abrir el gran debate acerca de la supuesta necesidad de integrar bajo un gran paraguas pluralista las distintas visiones de la economía sobre el medio ambiente, concluyendo en un rechazo de semejante propuesta, calificándola como eclecticismo vacío que obvia completamente la incompatibilidad existente entre distintas aproximaciones, debido a los presupuestos diferentes o incluso opuestos de los que se parte en muchas ocasiones. Frente a esta visión implícita y no discutida que se esconde en la ortodoxia económica y, por tanto, dentro del supuesto pluralismo que abraza la economía ecológica, el autor hace explícitas las múltiples características de carácter ontológico, epistemológico, metodológico, axiológico e ideológico que compondrían esa economía ecológica y social. Se trata este de un trabajo que ayuda no solo a entender sino también a discutir y debatir su propuesta.

Esto entra en clara polémica con otras propuestas que sí conciben la necesidad de una aproximación paraguas que permita integrar conocimiento, y resume la encrucijada última en la que se situaría la economía ecológica en su opinión: cambiar desde dentro sin renunciar completamente a la ortodoxia, pero abrazando aspectos de la heterodoxia existente (independientemente de la ortodoxia que arrastren), o transitar hacia una nueva economía ecológica y social con otros fundamentos. Clive L. Spash es uno de esos autores que se sitúan ya desde hace algún tiempo en esta última opción, y es lo que viene a defender en este libro, en cuyo último capítulo propone incluso una agenda de trabajo para avanzar con ese propósito.

Pedro L. Lomas
Ambientólogo, doctor en ecología e
investigador en el Área Ecosocial
de FUHEM

SORTING MACHINES.
THE REINVENTION OF
THE BORDER IN THE 21ST
CENTURY
Steffen Mau
Oxford: Polity Press, 2022
174 págs

Si hubo un momento en el que parecía que los procesos de desterritorialización, desnacionalización y transnacionalización iban a definir el mundo por venir y, si bien para algunos ha sido efectivamente así, para una gran parte de la población mundial la experiencia cotidiana de las fronteras es la de la exclusión, la negación de la movilidad y la obstrucción. Dar cuenta de esta mutación es el objetivo fundamental que se propone el sociólogo alemán Steffen Mau en su libro *Sorting Machines*. En él trata de entender cómo operan las fronteras en el siglo XXI y para ello se empeña en mostrar que la creencia en la creciente permeabilidad de las fronteras debe ser complejizada en el marco de un mundo globalizado.

Este libro es un claro reflejo del desarrollo de los estudios fronterizos en el que Mau defiende que los procesos de fronterización no están anclados en una concepción fija del espacio: las fronteras son el producto de procesos funcionales dinámicos. Así, lejos de lo que se suele pensar –a saber, que la globalización contribuye unilateralmente al desmantelamiento de las fronteras–, Mau pretende dilucidar la naturaleza contradictoria de este fenómeno en su relación con las fronteras. De esta manera, el autor, a lo largo de nueve capítulos, tratará de mostrar cómo lo que realmente se produce en la globalización es la instauración de nuevos regímenes fronterizos –y no su abolición– que con-

vierten lo que antes eran líneas divisorias fijas en dispositivos móviles de clasificación y control.

Mau recorrerá un camino que va desde un replanteamiento de la estatalidad y la territorialidad hasta una nueva noción de frontera: la frontera global. Para ello, el autor tratará temas como la apertura y el cierre de las fronteras (capítulo 3), la fortificación de las fronteras (capítulo 4), su función como dispositivos de filtrado y de creación de desigualdad (capítulo 5), la introducción de sistemas de control inteligentes en los espacios fronterizos (capítulo 6), los macroterritorios y el reforzamiento de sus fronteras externas (capítulo 7) y la extraterritorialización del control de las fronteras a zonas fronterizas más amplias (capítulo 8). Tras todo este recorrido se podrá ver que la tesis se confirma: las fronteras tienen una función panóptica clasificatoria que consiste en filtrar y separar poblaciones, permitiendo solo la movilidad deseada y clasificando como movilidad de “riesgo” a todo aquel que no se quiera que cruce una frontera determinada. Así, en un mundo globalizado las fronteras son dispositivos que tanto permiten la libertad de circulación como la restringen.

Desde los años 2000 en adelante se desarrolló simultáneamente un proceso de apertura de fronteras en ámbitos regionales –extraterritorialización– y un aumento de los mecanismos de control para restringir la movilidad de ciertas personas o grupos de personas. El primer capítulo de este libro lleva por título «*Borders are back!*» (las fronteras están de vuelta). Ya en esta frase se concentra una de las tesis principales del libro, y es que la globalización no tiene que ver simplemente con cruzar fronteras; esta sería una visión no solo simplista sino también engañosa. La globalización, como señala Mau, crea estructuras de interdependencia «que in-

cluyen el refuerzo de las fronteras, la denegación de la movilidad y la selectividad fronteriza» (p. 5). Así, como decíamos, la pregunta que debemos hacer desde los estudios fronterizos no es tanto cómo están desapareciendo las antiguas fronteras sino, más bien, cómo están cambiando las fronteras actuales y qué lógica clasificatoria está operando en las “nuevas fronteras”. Por tanto, no se trata de definir la frontera sino de comprender y analizar su funcionamiento y los efectos que produce en el mundo.

Si bien desde que en 1648 se firmara la Paz de Westfalia las fronteras empezaron a ser pensadas, muy *grossó modo*, como instrumentos jurídico-políticos destinados a separar territorios e impedir la movilidad, ahora estas deben ser concebidas como dispositivos de gobierno diseñados para permitir solo la movilidad deseada y controlar o restringir, por tanto, la indeizada. Como señala el autor, la apertura y el cierre son dos caras de la misma moneda y esta doble función de la frontera es lo que nos permite pensarla en toda su complejidad. Debemos alejarnos, por tanto, de la concepción de la frontera como una barrera física, como un muro. La frontera de la globalización no es la misma que la que contenía al Estado-nación. Hoy nos enfrentamos a un conjunto de zonas, tecnologías y estructuras de control que sirven tanto para facilitar como para prevenir la movilidad. Es así que podemos distinguir, según el autor, entre dos funciones clasificadorias de las fronteras: (1) la espacial o territorial y (2) la que tiene que ver con la movilidad. La primera se refiere a la separación de territorios y poblaciones y, la segunda, a la selección que convierte a las fronteras en filtros de personas. Es esta última la función la que cobra más relevancia en la actualidad. La hipótesis que defiende Mau en el libro es la siguiente: en términos de movilidad las

fronteras están experimentando un proceso de cambio radical, tanto a nivel operativo como a nivel tecnológico y espacial, y son un elemento esencial de los procesos de globalización.

Las relaciones entre la soberanía estatal, la territorialidad y la movilidad son más complejas de lo que pensamos desde que en 1648 se comenzó a establecer que los Estados eran los actores centrales del sistema internacional. Si bien la territorialidad y la soberanía nunca han sido conceptos tan estables como se piensa idealmente, los Estados-nación siguen siendo un elemento crucial en la conceptualización de las fronteras. La capacidad de un Estado de cerrar fronteras es, sobre todo hoy, una medida de seguridad muy importante. Y Mau no nos recuerda solo los procesos de securitización que se pusieron en marcha tras los ataques terroristas de principios de siglo, sino también el gesto mundial que se produjo a principios de 2020 cuando estalló la pandemia de la COVID-19. Sea como fuere, los Estados siguen siendo un elemento crucial en la conceptualización de las fronteras, y la securitización de las mismas ha tenido mucho impacto en nuestra forma de entender su funcionamiento.

Sin embargo, lo que pretende destacar este libro es que esta reconfiguración de la frontera a la que estamos acudiendo implica la extensión de los controles fronterizos hasta el punto de que se vuelven omnipresentes. Si bien la frontera territorial sigue siendo relevante en la medida en que es allí donde las personas y viajeros se ven o bien obligados o dispuestos a facilitar su información, la instauración de lo que llama la “frontera inteligente” (*smart border*) también amplía el control fronterizo más allá de las barreras físicas. Uno de los ejemplos más claros de esta realidad es el caso de China, que Mau

usa para mostrar que a un ciudadano puede negársele la posibilidad de comprar un billete de tren según su comportamiento moral.

La narrativa de la desfronterización, contra la que Mau se dirige en su análisis, está basada, nos dice, en tres asunciones: la primera, que la globalización es un proceso a escala mundial; la segunda, que se trata de un proceso inclusivo que invita a todo el mundo a cruzar fronteras de forma constante y, la tercera, que produce efectos indirectos de una zona a otras zonas adyacentes. Sin embargo, si echamos un vistazo a la movilidad humana global, como nos insta el autor, vemos que viajar es un área de actividad muy estratificada. Solo el 3% de la población mundial coge un avión en algún momento del año (p. 34). Así, sería más apropiado pensar en la globalización como un proceso en el que las posiciones, los recursos, los derechos y las oportunidades se distribuyen de nuevas formas que aumentan y crean nuevas y mayores jerarquías globales. De esta manera el capítulo tercero del libro nos muestra de manera clara lo que ya venía señalando el autor desde el principio: que las fronteras operan como máquinas clasificadoras (*sorting machines*) que distinguen entre lo bueno y lo malo o, mejor dicho, entre las formas deseables e indeseables de movilidad.

En el cuarto capítulo, Mau ofrece una clasificación de los muros fronterizos para hacer patente que los muros están, de hecho, de moda. Así, podemos distinguir entre las fronteras de "tierra de nadie", las fronteras marcadas y con paso, las fronteras con paso controlado, las fronteras de barrera y las fronteras fortificadas. Esta clasificación pretende mostrar que la morfología de las fronteras es heterogénea y que, sin embargo, no hay una tendencia

generalizada de desfronterización. Tras un análisis pormenorizado de la situación actual de las fronteras uno se da cuenta de que la construcción de muros y vallas no está disminuyendo en la sociedad mundial globalizada: los muros fronterizos, hoy en día, son, en palabras de Mau «el centro de un arsenal ultramoderno y militarizado de sistemas y equipos de inteligencia y seguridad» (p. 41). Esta frontera fortificada, en sus diversas formas, encarna una arquitectura del cierre que suele estar dirigida solo a ciertos grupos: aquellos cuya movilidad quiere ser impedida.

Es así como la frontera, bajo las condiciones de un mundo globalizado, se convierte en un dispositivo de gobierno que crea desigualdades. La construcción de muros en espacios fronterizos contribuye a que el "otro" sea considerado cada vez más como una amenaza potencial y cada vez menos como un ser humano. En el quinto capítulo Mau muestra que la función de filtraje de la frontera se ve reforzada con la globalización y los avances tecnológicos que se han ido produciendo en las últimas décadas. En un primer momento las fronteras se vuelven más abiertas, luego más selectivas y finalmente más rígidas, siempre dependiendo de los grupos (sociales) de los que se trate. Las fronteras se convierten en instrumentos y lugares de clasificación social y de riesgos.

Es aquí donde entra en juego la ciudadanía como un dispositivo de creación de desigualdades y privilegios. En la medida en que no tiene que ver con la adscripción voluntaria, que es algo que nos es asignado al nacer y a lo que nos mantenemos inextricablemente conectados, la institución de la ciudadanía encarna formas de inclusión y de exclusión codificadas jurídicamente que tienen un gran impacto social tanto dentro de los Estados como en los espacios fronterizos que los separan.

Todo ello, además, va acompañado de la introducción de sistemas de inteligencia cada vez más refinados. “*Smart borders*”, como se ha indicado más arriba, es el término que utiliza Mau para referirse a las nuevas tecnologías digitales que se usan para controlar el tráfico fronterizo, e incluye «bases de datos, análisis algorítmicos de riesgos, identificación biométrica, control automatizado, tecnologías de sensores, procedimientos de seguimiento y localización, vigilancia por vídeo y audio, imágenes térmicas, etc.» (p. 83).

La frontera, tal y como nos lo explica en el capítulo sexto, convierte a los cuerpos en portadores de información: el cuerpo mismo se convierte en una frontera. Y gracias a los procesos de integración regional fruto de la globalización, todos estos mecanismos de control, de securitización y de filtraje de personas, han sido en muchos casos trasladados a fronteras extraterritoriales, produciendo desigualdades no solo entre los individuos de distintos países sino entre los países que se encuentran al interior de estos macroterritorios y los que se encuentran en sus lindes, encargados ahora de realizar el control fronterizo. Uno de los ejemplos más claros y cercanos de esta realidad es el denominado espacio Schengen. Este puede ser considerado como único en el mundo en términos de creación de un área de movilidad unificada. Sin embargo, existen otros proyectos de integración que tiene como objetivo la facilitación de la movilidad interna: a nivel mundial hay más de veinticuatro organizaciones o acuerdos regionales de este tipo. Y esto nos permite, siguiendo a Mau, distinguir entre dos fronteras: la frontera I, o el curso territorial real (actual) de la frontera, tal y como aparece dibujado en el mapa; y la frontera II, o la frontera en su función de ejercer control territorial, que puede encontrarse allí donde sea que este se ejerza. En estos

macroterritorios el control fronterizo ha sido extraterritorializado, creando zonas legalmente precarias y muchas veces invisibles a la mirada pública.

En definitiva, si bien está claro que la globalización ha cambiado y debilitado sustancialmente el efecto que tenían antaño las fronteras de limitar e impedir el movimiento, la idea de la globalización como la instauración de un orden mundial sin fronteras es una quimera. La naturaleza paradigmática y contradictoria de los procesos de globalización implica que, mediante nuevas y mejoradas tecnologías, las fronteras se ven reforzadas y su función de filtraje especialmente aumentada. Lo que cambia en un mundo globalizado no es el hecho de que haya más o menos fronteras, sino la forma en que su función se hace operativa y la profundidad espacial y social de las intervenciones que pueden conseguirse con los nuevos régimenes fronterizos. Como indica Mau hacia el final del libro, «la frontera en el siglo XXI es visible e invisible, geográficamente fija y flexible, física y virtual, permanente y ocasional, nacional e internacional, regional y mundial» (p. 133).

Se trata, por tanto, de un libro que, si bien no ofrece un análisis exhaustivo del contexto histórico presente en el que las fronteras se configuran como máquinas de filtraje, sí que propone una nueva forma de pensar la frontera, todo ello haciéndose cargo de lo abordado hasta ahora por los estudios fronterizos. Bajo toda su reflexión se hace patente que los derechos humanos están estrechamente conectados con la ciudadanía estatal, cosa que la convierte en un dispositivo de creación de desigualdades. En un mundo así, los refugiados, los demandantes de asilo, los migrantes, son privados no solo de sus derechos sino incluso del mundo como espacio en el que moverse y habi-

tar. Así, se instauran zonas en un estado de emergencia permanente que impiden que todos y todas gocemos de los derechos que, de hecho, son o deberían ser de todos. Esta reflexión final nos hace percatarnos de la importancia del análisis de Mau: el libro nos permite no solo comprender la naturaleza paradójica y compleja de la frontera en la era de la globalización, sino también plantear los nuevos problemas que surgen de su reconfiguración. Nos invita a seguir pensando en las consecuencias de esta máquina de filtraje de personas y, sobre todo, a preguntarnos de qué manera podemos intervenir en ellas y democratizarlas.

Claudia Sánchez Vidal
Instituto de Filosofía del CSIC

**LA CREACIÓN DE RIQUEZA Y
POBREZA
NEOLIBERALISMO Y
DESIGUALDAD**
Hassan Bougirne
Catarata/ FUHEM, Madrid, 2024
249 págs.

El profesor Hassan Bougirne nos presenta en su obra *La creación de riqueza y pobreza* una explicación plausible de cómo funciona el sistema neoliberal y su consustancial vinculación a la desigualdad, elementos de gran importancia para quienes nos encargamos de luchar contra la pobreza desde una visión holística, puesto que no solo indaga sobre las causas de la pobreza, sino que nos hace propuestas para responder al reto que supone para las democracias modernas esta lacra que silenciosamente se cierne sobre la ciudadanía.

Esta obra supone un recorrido en el que Hassan desgrana las funciones teóricas y “bien intencionadas” de determinados instrumentos e ideas que teóricamente persiguen el bien común y cómo son distorsionadas por la voluntad de quienes pueden “hacer” que esas funciones e ideas se adecuen a sus intereses específicos.

A lo largo de toda la obra el profesor nos muestra cómo las élites económicas, financieras y políticas se protegen de posibles ataques a su posición de poder, desplegando un catálogo de actuación que va desde la colonización del Estado hasta la privatización del conocimiento colectivo, pasando por la creación artificial de la escasez del empleo y de la riqueza. Por ello, nos presenta las claves que explican cómo se hace muy difícil, si no imposible, el desarrollo de políticas distintas a las neoliberales, consideradas de “sentido común”, gracias a la infiltración de dichas posiciones tanto en universidades como en otros actores sociales y partidos políticos. En este contexto, se visualiza que el papel del Estado no es neutral en sus actuaciones y siempre tiene un sesgo en favor de quienes son acreedores de los que llegan al poder. Este cúmulo de situaciones mediatiza las políticas y hace muy difícil que se persigan (y no digamos se consigan) ciertos objetivos, tales como el pleno empleo, la justicia social, la innovación e investigación, etc., que, aun siendo de común aceptación social, no son percibidos como beneficiosos por las élites económicas y sociales.

Siguiendo con el papel del Estado y el mercado, queda claro que los que piden un Estado reducido, lo quieren así solo para políticas de desarrollo social, pero no tienen ningún problema para que sea tan grande como sea necesario si lo que hace es proteger “sus” regulaciones de un mer-

cado “regulador” de la vida. Con este Estado pequeño y ese mercado regulador, que no regulado, nos encontramos con una sociedad dual generadora de desigualdad, pobreza y en la que la luchas por la supervivencia es un objetivo vital.

En este sentido, el profesor nos pone en la disyuntiva de que, si queremos cambiar esa deriva, debemos tener un sistema democrático digno de dicho nombre, ya que la democracia directa sería un fuerte instrumento de cambio, aunque vemos cómo las élites son claramente refractarias a dicha idea, por lo que surge la duda razonable de si en el actual desarrollo de las redes sociales y proceso de digitalización social una democracia directa no estaría exenta de poder ser manipulada por esas élites. Con todo, en el texto se nos evidencia que actualmente vivimos una situación de cambio de modelo capitalista y debemos ver cómo podemos afrontar los antiguos retos con nuevas propuestas.

En este sentido, se nos presentan una serie de evidencias respecto a las dificultades de una democracia sin unos niveles mínimos de bienestar social para gran parte de la ciudadanía: los ingresos del hogar, la educación, la sanidad, la vivienda, los servicios sociales, etc. Alcanzar estos niveles mínimos no es posible sin una política económica y fiscal coherente del Estado.

Tenemos que afrontar que la movilidad social apenas existe, fruto de una desigualdad que el mercado no corrige. Y por ello debemos afrontar que no es posible sostener un sistema en el que los beneficios siempre son privados y las deudas públicas. Todos los informes sobre pobreza y desigualdad de los últimos años realizados por EAPN España muestran la dificultad del llamado “ascensor social”. Lo que podría enlazarse con el comenta-

rio del premio Nobel de Economía Stiglitz, que nos viene a decir que el 90% de las personas que nacen pobres morirán pobres por mucho que se esfuercen, y que el 90% de las personas que nacen ricas morirán ricas, independientemente de los méritos que hagan para ello.

En su análisis nos insta a desenmascarar el mito del déficit y la deuda pública. Ambos se consideran negativos; sin embargo, en realidad, el primero genera beneficios privados y la segunda genera crecimiento. Posiblemente, en un análisis más profundo de lo que ha pasado con la pandemia del COVID-19 corroboraríamos esta diferencia entre los efectos del déficit y la deuda pública.

El profesor también entra en otro de los mitos que todos dicen perseguir, pero que casi nadie quiere conseguir: el pleno empleo. En este sentido, hace un razonamiento acertado de por qué las élites económicas, financieras y políticas no pueden aceptar el pleno empleo, llegando a diversas conclusiones y destacando que, en última instancia, alteraría el sistema económico y debilitaría la posición de los empresarios. Asimismo, indica que el mantenimiento del desempleo se basa en la escasez, que siempre se asume y argumenta, pero nunca se demuestra. Y que cuando el desempleo es insostenible, se fomenta un empleo de baja calidad que es un desempleo camuflado y explotador.

Pero no solo presenta críticas a la situación actual, sino que también hace propuestas de cambio que están ligadas a la economía social y a la función empresarial del Estado. Por ello son tan importantes las políticas de fomento de la economía social, que ha de dejar de ser marginal para pasar a tener un papel mucho más determinante. Una economía

que no se deslocaliza y que crea comunidad, pues su objeto tiene un carácter socio/comunitario. Y en este punto entra en un espacio controvertido, indicando que el Estado debe recuperar la generación de empresas públicas que permitan, como poco, influir en racionalizar el mercado y conseguir un acceso a servicios de una forma equitativa y universal a las personas. Es aquí cuando se hace necesario valorar qué instrumentos tenemos para evitar las llamadas ineficiencias o protección de los miembros de esas empresas por encima de los derechos de la ciudadanía que las crea. Posiblemente aquí tengamos uno de los elementos de especial debate sobre las fórmulas de relación empresas públicas/empleados a la luz del siglo XXI. No podemos actualizar el modelo productivo sin actualizar el modelo contractual empresa/empleado.

En línea con las conclusiones del relator de Naciones Unidas para la Pobreza Extrema, el autor viene a decir que la pobreza y la desigualdad son fruto de una decisión política. Por tanto, para conseguir el pleno empleo debemos fomentar la economía social, la función empresarial del Estado y orientar las políticas económicas y fiscales. Pero para ello necesitamos cambiar también los procesos de investigación e innovación, en los que el sistema actual de patentes hace imposible un desarrollo equitativo a medio y largo plazo. Esta práctica choca con la evidencia de que la investigación de base la sufraga el Estado, y la investigación especializada, privada, se basa en esa investigación de base y conocimiento previo, por lo que no podemos seguir permitiendo que la investigación privada solo se oriente al beneficio y, por tanto, se focalice en los temas o materias que puedan generar dicho beneficio. Es en este aspecto donde el profesor nos muestra un nuevo sistema de fomento de la investi-

gación y la innovación en el que los recursos se dirijan a los temas de conocimiento que puedan ser relevantes para la sociedad en su conjunto.

Es muy interesante la visión que aporta *La creación de riqueza y pobreza en la apuesta por un proceso de industrialización*: la recuperación de la industria como elemento esencial del desarrollo sostenible. Para ello se necesita acceso al conocimiento y a la financiación, y reclama el cambio del actual sistema de patentes, como he indicado anteriormente, y un nuevo sistema financiero internacional superador del actual dogma marcado por el FMI y el Banco Mundial. Nos recuerda las posiciones de Keynes al respecto, con su correspondiente actualización. Todo este proceso se hace más perentorio en los países en vía de desarrollo que vieron desmantelados sus débiles sistemas industriales y de protección social por recomendación de los citados organismos internacionales, lo que provocó un proceso de empobrecimiento acelerado de los países y de sus ciudadanos, y que en estos momentos están presos de la trampa de la ausencia de acceso al conocimiento y a la financiación.

El autor es consecuente pues vincula esa industrialización, la “nueva” industrialización, al proceso de cambio climático que él mismo asume como un cambio mucho mayor: lo que algunos científicos empiezan a llamar la era del Antropoceno, tras el Holoceno. Un cambio de era geológica donde las acciones del ser humano desempeñan un papel decisivo por forzar cambios ecológicos de gran trascendencia.

Finalmente, pese a las grandes dificultades del posible cambio, se apuesta por la democracia en el Gobierno, mayor poder del pueblo, que es la palanca más importante en este proceso de transformación.

A lo largo de todo el escrito se ve una construcción coherente de las tensiones de las necesarias políticas de mejora de la sociedad y los intereses de las élites buscadoras de sus beneficios.

Tiene algunas ausencias y, para mí, la más importante, es la visión de género en toda la reflexión. En todos los índices de desigualdad y pobreza, las mujeres están peor que los hombres y eso no es casualidad, sino que es estructural y, por ello, las mujeres sufren una discriminación como consecuencia de esas políticas económicas, fiscales y políticas. Además, las propuestas planteadas por el profesor Bougrine deberían ser contempladas a la luz de lo que está ocurriendo con el mundo digital, las redes sociales, los procesos de desinformación o el control interesado de la información. Estas situaciones nos muestran un nuevo espacio de control por parte de una minoría (muy minoritaria) que afecta a la democracia.

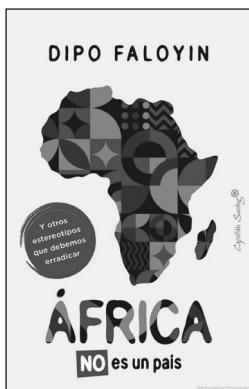
Pero lo que queda claro es que los cambios en favor de la mayoría no “caerán

por su propio peso”, sino que tendrán que ser reclamados y trabajados para conseguirlos. Y todo contra resistencias muy poderosas que no solo quieren mantener el *statu quo* actual, sino que quieren mayores procesos de regresión en la justicia social. Pero si no se consigue que la función primigenia del Estado se recupere, la situación irá empeorando paulatinamente, y si no lo hacemos pronto los propios estados se verán una situación de alta debilidad ante los nuevos actores: gigantes digitales y de la comunicación.

Por ello, instituciones supranacionales, como la Unión Europea, dotadas de competencias fuertes, son cada vez más necesarias. Y, aun así, la posición ante el reto es cada vez más desigual. Por eso es tan importante saber de dónde venimos, qué ocurre, por qué ocurre y cómo podemos afrontarlo.

Carlos Susías Rodado
Licenciado en Ciencias Política y
Sociología

NOTAS DE LECTURA



ÁFRICA NO ES UN PAÍS
Dipo Faloyin
Capitán Swing, Madrid, 2024
407 págs.

Sumidos en un clamoroso etnocentrismo, a menudo damos por hecho como universales ideas que son solo creencias de nuestro reducido universo. Una de las más lacerantes, sin duda, es nuestra idea de África. De forma recurrente, se entiende África como cajón donde vertemos sin matices nuestras nociones del continente, como si fuera una unidad homogénea y como si fuera el epítome de lo que Eric Wolf definió –en su crítica al colonialismo europeo– «la gente sin historia»¹, los pueblos dominados anclados por siempre jamás en espacios y tiempos estáticos. Frente a estas ideas reduccionistas, el libro de Dipo Faloyin es una bofetada en la cara, pero una bofetada que se agradece porque nos hace despertar y consigue sacarnos del ensimismamiento.

¹ Eric R. Wolf, *Europa y la gente sin historia*, FCE, Buenos Aires, 2005.

Dipo Faloyin es periodista, redactor y editor jefe de la revista *VICE*, y escribe sobre temas de cultura, raza e identidad en Europa, Oriente Medio y África. Faloyin afirma que quiso escribir este libro fruto de su propio hartazgo con la extendida imagen de África como tierra de pobreza o de safaris, y del profundo desconocimiento del continente que encuentra a su alrededor.

El libro se compone de ocho partes (1. Lagos; 2. Por el poder que me ha sido conferido, yo te declaro país; 3. El nacimiento de la imaginería del salvador blanco o cómo no ser un salvador blanco y aun así provocar un cambio; 4. La historia de la democracia en siete dictaduras; 5. No existe el acento africano y Binyavanga Wainaina sigue teniendo razón; 6. El caso de los artefactos robados; 7. Las guerras del *jollof*: una historia de amor; 8. ¿Y ahora qué?).

En su libro, Faloyin hace una crítica profunda a la mirada orientalizante de los países posdesarrollados hacia África como caja de Pandora donde se juntan pobreza crónica, enfermedad, violencia, terrorismo, y autoritarismos, que supuestamente son aceptados con resignación por una pasiva población. Esta idea errónea se conjuga con la de un lugar de exultante naturaleza y animales salvajes y, por qué no, un paraíso para el extractivismo. Estos estereotipos suelen alimentarse continuamente a través de las noticias que nos ofrecen los medios de comunicación. En contraposición, Faloyin nos recuerda que África es un continente compuesto por 54 países, más de dos mil lenguas y 1 400 millones de personas, en su mayoría jóvenes (la media de edad de la población en su conjunto es de 19 años).

El propio autor no puede representar más una contranarrativa a estos presupuestos sobre África y sus gentes: nacido en EEUU, criado en Lagos (Nigeria) y residente actualmente en Londres, representa el cosmopolitismo de las nuevas generaciones de africanos o de raíces africanas, donde las identidades se tejen en complejos tapices de procedencias, residencias y trayectorias entrelazadas.

A lo largo del texto, el autor va retratando una imagen de África y sus países bien distinta al estereotipo: vibrante, dinámica y rica, tanto a escala social como de los sujetos que la componen. Como indica Faloyin: «A lo largo de la historia, se ha despojado de manera sistemática tanto a individuos como a comunidades enteras de su individualidad e idiosincrasias con el objetivo frecuente de facilitar que puedan ser degradadas, denigradas y subyugadas (y, en algunos casos, erradicadas). Tener la posibilidad de definirse abierta y completamente es un privilegio; un honor que muchas personas dan por sentado» (p. 22). Y remacha: «En realidad, África es un mosaico de experiencias, de comunidades e historias diversas, y no un único monolito de destinos predeterminados» (p. 23).

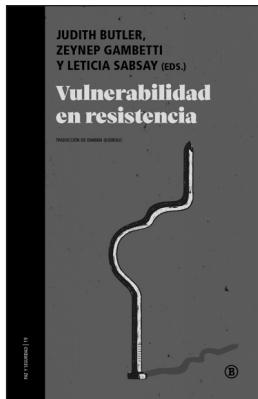
El autor no ignora los grandes desafíos que enfrentan los países africanos y sus ciudadanías, pero renuncia a quedarse estancado en los clichés y apuesta por ofrecer una imagen más real de África que, a su vez, permita comprender por qué la his-

toria se ha desarrollado de ese modo. Una de las partes más interesantes del libro aborda las historias de activismo y varias generaciones de reformistas que llevan luchando desde la era de la independencia con el objetivo de cambiar gobiernos y normas sociales. Historias recientes y actuales de protestas de la sociedad civil en Nigeria, Argelia y Namibia, entre otros lugares, y el cambio pacífico de rumbo político en Tanzania gracias a su presidenta, Samia Suluhu Hassan. Historias que no llegan a los periódicos y de las que no tenemos noticia alguna, pero que existen. La imagen que ofrece Faloyin se puebla también de creadores culturales, científicos y técnicos e incluso nos introduce a la pujante industria cinematográfica de Nollywood, en Nigeria. Todo ello complejiza la visión de la realidad social en los países africanos en la actualidad.

El estilo, de corte periodístico, combina relatos personales y de su familia con datos y hechos históricos y actuales de numerosos países, con agilidad y toques de humor que convierten el libro en una agradable lectura.

Como sintetiza Faloyin, «Este libro pretende deshacer la historia imprecisa de un continente, arrastrando este relato impuesto hasta colocarlo dentro del perímetro de la realidad» (p. 23). En definitiva, un libro muy recomendable.

Área Ecosocial de FUHEM



VULNERABILIDAD EN RESISTENCIA

*Judith Butler, Zeynep Gambetti,
Leticia Sabsay (eds.)*

Bellaterra, ICIP, Barcelona, 2024
426 págs.

Estamos ante un nuevo ejemplar de la colección Paz y Seguridad publicada por la editorial Bellaterra y el Instituto Catalán Internacional por la Paz – ICIP, cuyo objetivo es visibilizar obras con enfoque crítico y constructivo orientadas a la investigación para la paz, ofreciendo textos que pueden servir como herramientas para la formación y el aprendizaje de una cultura de paz.

Este libro se propone el desafío de reformular dos conceptos fundamentales: vulnerabilidad y resistencia. Parte del cuestionamiento, a través del análisis de contextos específicos, de la premisa básica de que la vulnerabilidad y la resistencia son mutuamente opuestas incluso cuando la oposición se encuentra en todas partes en la política convencional, así como las corrientes prominentes en la teoría feminista. Las interpretaciones do-

minantes de la vulnerabilidad y la acción presuponen y apoyan la idea de que el paternalismo es el lugar de la agencia, y la vulnerabilidad, entendida solo como victimización y pasividad, es siempre en lugar de la inacción.

El punto de partida común del libro se deriva de la teoría social feminista crítica, que busca superar las versiones aceptadas acríticamente de la distinción entre mente/cuerpo y su dependencia de las asociaciones de actividad con masculinidad y pasividad con feminidad, para mostrar de esta manera que las definiciones de vulnerabilidad como algo pasivo (que necesita protección activa) y agencia como algo activo (basado en una negación de la criatura humana como «afectada») requiere una crítica exhaustiva.

Contextualiza la discusión sobre la vulnerabilidad de manera tal, que sus vínculos con el paternalismo, o incluso con el discurso de victimización, sean mejorados críticamente, para dar pie a un análisis del papel de la vulnerabilidad en las estrategias de resistencia.

Las estrategias de resistencia en las que se centran las autoras, conlleva repensar los actos humanos y las movilizaciones infraestructurales, incluidas las barricadas, las huelgas de hambre, el carácter improvisado de los grupos informales en los puestos de control, los modos de exposición deliberada y formas de arte e intervención artística en el espacio público que implican «quedarse expuestos» y oponerse a las formas de poder.

Este libro aborda por qué la vulnerabilidad no se ha relacionado adecuadamente con las prácticas de resistencia existentes. Su objetivo es ampliar el vocabulario político para enfrentar el desafío de pensar en formas de vulnerabilidad que muestran ma-

neras de resistencia, y para «resistir» a aquellos marcos que buscan restar importancia o rechazar formas de agencia política desarrolladas bajo condiciones de coacción, sin presumir, como tienden a hacer algunas explicaciones sobre la resiliencia, que siempre resultan efectivas.

Cada una de las autoras que aparecen en este volumen, emprendieron diferentes tareas de traducción cultural, por eso llegan al tema desde ubicaciones geopolíticas muy diferentes y a través de diferentes modos de reflexión teórica. Cada colaboradora tiene una visión distinta, pero cada una de ellas han hecho un esfuerzo por participar en un proceso de «pensamiento plural y colectivo».

Los ensayos de este volumen se centran en las luchas políticas en curso de las mujeres y las minorías frente a la violencia estatal, los activistas contra la guerra y la ocupación, las luchas a nivel de representación cultural y práctica estética, y los dilemas de oposición que surgen dentro de la política antiausteridad.

Judith Butler busca establecer las formas importantes en las que la vulnerabilidad, reconcebida como exposición corporeizada, es parte del significado mismo y la práctica de la resistencia.

Zeynep Gambetti revisa las nociones de exposición y protesta popular, pero esta vez a través de una teoría arendtiana de la individualización agonística. Evoca las protestas del Occupy Gezi de 2013 para ilustrar la intrincada conexión entre actuar y sufrir.

Sarah Bracke pone en primer plano cómo la categoría neoliberal de «resiliencia» funciona con una táctica gubernamental destinada a gestionar la resistencia y ocultar la miseria. Sostiene que la «resi-

liencia» constituye un nuevo código moral que funciona a través de nociones de subjetividad y agencia de género para producir la idea de un sujeto dispuesto a afrontar condiciones de precarización creciente.

Marianne Hirsch aporta nociones de vulnerabilidad y resistencia a las teorías de trauma y memoria que, a menudo, fallan en la cuestión de cómo es posible identificarse con el dolor de los demás sin apropiarse del mismo. Se centra en el trabajo de varios artistas y escritores que movilizan la vulnerabilidad como una forma de responder y asumir la responsabilidad de historias traumáticas y violentas.

Başak Ertür toma como marco las protestas de Occupy Gezi y el tema de la memoria para hablar de las barricadas como recurso de resistencia. Sostiene que las barricadas operan simultáneamente como repertorios de acción colectiva y como formas de resintonización con la vulnerabilidad.

Elena Loizidou, sobre los sueños y el sujeto político, ofrece una interpretación alternativa de las zonas involuntarias de anhelo como cruciales para la comprensión de la acción política y, por tanto, revisa nuestra comprensión del actor político como alguien que ejerce un dominio del espíritu mientras actúa.

Elena Tzelepis analiza la obra del artista Mona Hatoum y se pregunta qué gramática de pertenencia vulnerable se produce tras la expulsión forzosa y la existencia diáspórica de los palestinos. Reflexiona sobre cómo la estética feminista de Hatoum genera una representación corporal de la vulnerabilidad.

Rema Hammami se centra en la lucha y estrategia del activismo palestino que se

produce en el trabajo diario de sostener la existencia en una Cisjordania ocupada.

Nükhet Sirman habla sobre otra población precarizada, los kurdos en Turquía. Al involucrarse en la lucha kurda por la libertad política, considera la prominencia de la figura de Antígona para pensar sobre la vulnerabilidad de las mujeres kurdas a la violencia estatal turca.

Meltem Ahiska analiza de forma crítica la campaña «Violencia contra las mujeres» en Turquía y cuestiona su lenguaje victimizatorio.

Elsa Dorlin ofrece un análisis crítico de como el «rostro» como categoría ética sufre transvaloración política en Francia. Al situar el «desvelo» con un requisito del civismo francés. Muestra cómo la hipervisibilidad obligatoria influye en los debates sobre el *nicab* y la vigilancia contemporánea.

Athena Athanasiou analiza el antagonismo como una forma no soberana en el poder. El Movimiento Serbio Mujeres de Negro es el foco de su investigación, de

una forma de resistencia que se basa en lo que ella llama duelo agonístico.

Por último, Leticia Sabsay plantea una serie de preguntas críticas a las teorías de la vulnerabilidad y al discurso actual sobre el afecto, para ver hasta qué punto son compatibles con la teoría de la hegemonía y un concepto más amplio de lo político. Ofrece una manera de pensar sobre el sujeto relacional en conjunto con la articulación hegemónica.

La vulnerabilidad y la resistencia entran en escena en el libro de manera diferente, según el contexto y la cuestión política que se plantean. Los términos vulnerabilidad y resistencia no solo están relacionados entre sí, sino que también con los contextos que activan sus relaciones.

El libro pretende ser una motivación para una mayor reflexión, con el fin de que la vulnerabilidad deje de ser una maldición, para convertirse en la base misma para modos de solidaridad desde abajo.

Área Ecosocial de FUHEM

Resúmenes

A FONDO

¿Qué hacer? Reflexiones para la izquierda hoy

JOAQUIM SEMPERE

Resumen

El autor realiza un diagnóstico de la situación de crisis ecosocial, con las amenazas y riesgos implícitos. Perfilá los principales agentes sociales, con su desigual correlación de fuerzas y avanza algunas ideas sobre los retos de la izquierda para enfrentar los retos presentes.

Palabras clave: Crisis ecosocial, hegemonía, agentes sociales, transición justa

Abstract

The author makes a diagnosis of the ecosocial crisis situation, with the implicit threats and risks, and outlines the main social actors, with their unequal correlation of forces, and puts forward some ideas on the challenges facing the left in order to confront the current challenges.

Keywords: Ecosocial crisis, hegemony, social partners, just transition

La empresarialización de la vida y la crisis de lo social

LUIS ENRIQUE ALONSO Y CARLOS JESÚS FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ

Resumen

Se analiza la evolución del capitalismo corporatista que se afianzó después de la Segunda Guerra Mundial hacia un modelo gerencial que alienta la desindustrialización y traslado de buena parte del aparato fabril a zonas históricamente semiperiféricas, la informatización, la economía de los servicios y la economía de las plataformas.

Palabras clave: Capitalismo corporatista, economía de plataformas, modelo gerencial, efectos sociales

Abstract

The article analyzes the evolution of the corporatist capitalism that took hold after World War II towards a managerial model that encourages deindustrialization and the transfer of a large part of the manufacturing apparatus to historically semi-peripheral areas, computerization, the service economy and the platform economy.

Keywords: Corporatist capitalism, platform economy, managerial model, social effects

¿Condenados a una esfera pública espectacularizada? La política de los mercados de la atención

JAVIER ZAMORA GARCÍA

Resumen

El artículo ofrece un análisis exhaustivo del nacimiento y evolución de las redes sociales en cuanto a su papel en alimentar o no el debate público, identificando los principales obstáculos y ofreciendo recomendaciones para reencauzar este instrumento hacia la creación de un ágora ciudadana.

Palabras clave: Redes sociales, debate público, ciudadanía

Abstract

The article offers an exhaustive analysis of the birth and evolution of social networks in terms of their role in nurturing or not nurturing public debate, identifying the main obstacles and offering recommendations to redirect this instrument towards the creation of a citizen agora.

Keywords: Social networks, public debate, citizenship

Por una política de los afectos en la economía social y solidaria

DANIELA OSORIO-CABRERA

Resumen

Las experiencias de la economía social y solidaria se componen de manera heterogénea en el Sur-Norte Global. Atravesada por las epistemologías feministas y la mirada de la sostenibilidad de la vida, propongo pensarlas desde la política afectiva. Esta perspectiva permite visualizar las tramas que sostienen la vida (todas las vidas) y los afectos como potencia y freno para los procesos de transformación social.

Palabras clave: Sostenibilidad de la vida; economía solidaria; política afectiva, tramas comunitarias.

Abstract

The experiences of the Social and Solidarity Economy are constituted in a heterogeneous way in the Global South-North. Through feminist epistemologies and the perspective of the Sustainability of life, I propose to think of them from the point of view of affective policies. This perspective allows us to visualize the plots that sustain life (all lives) and the affections that are both a power and a brake for the processes of social transformation.

Keywords: Sustainability of life; Solidarity Economy; Affective politics; Community networks.

Alfabetizar mediáticamente en un mundo mediatizado

RICARDO GORDO MUSKUS

Resumen

El documento presenta la importancia de la alfabetización mediática como mediadora para la construcción de posicionamientos críticos que permitan enfrentar el entrecruce efectivo de los medios y la sociedad buscando comunidades independientes y críticas frente a la información y las propuestas de consumo comercial.

Palabras clave: Mediación, mediatización, alfabetización mediática, pensamiento crítico.

Abstract

The document presents the importance of Media Literacy as a mediator for the construction of critical positions that allow facing the effective intertwining of the media and society, searching for independent and critical communities in the face of information and commercial consumption proposals.

Key words: Mediation, Mediatization, Media Literacy, Critical Thinking.

El consumo en un metabolismo sociedad-sistema Tierra sostenible: Una perspectiva alternativa

DANIEL ALBARRACÍN SÁNCHEZ

Resumen

Nos aproximamos a la práctica del consumo para interrogarnos sobre su alcance y capacidad de transformación del modo de vida y, en particular, su contribución a la sostenibilidad ecológica. Como fenómeno social total, desde un enfoque histórico antropológico, identificamos las relaciones que el consumo ha de guardar para producir cambios de los modos de vida y prevenirse de las condiciones del mercado.

Palabras clave: Prácticas sociales, consumo, producción, sostenibilidad.

Abstract

We approach the practice of consumption to question its scope and capacity to transform lifestyles and, in particular, its contribution to ecological sustainability. As a total social phenomenon, from a historical anthropological approach, we identify the relationships that consumption has to keep in order to produce changes in lifestyles and to prevent itself from market conditions.

Keywords: Social practices, consumption, production, sustainability.

Entrevista a Alberto Fraguas y Jose Manuel Naredo

MONICA DI DONATO

Resumen

En conversación con dos referentes del pensamiento alternativo, Alberto Fraguas y José Manuel Naredo, la autora desgrana la nueva iniciativa denominada Alianza Más allá del crecimiento, formada por un amplio abanico de 24 organizaciones de la sociedad civil para impulsar la reflexión y pedagogía desde la sociedad civil organizada hacia la superación del paradigma del crecimiento.

Palabras clave: Sociedad civil, postcrecimiento, pensamiento alternativo.

Abstract

In conversation with two leaders of alternative thinking, Alberto Fraguas and José Manuel Naredo, the author describes the new initiative called Beyond Growth Alliance, formed by a wide range of 24 civil society organizations to promote reflection and pedagogy from organized civil society towards overcoming the growth paradigm.

Keywords: Organized civil society, post-growth, alternative thinking

EXPERIENCIAS

La PAH: Resistencia y esperanza frente a la crisis de la vivienda

PLATAFORMA DE AFECTADOS POR LA HIPOTECA (PAH)

Resumen

El artículo describe el momento histórico de la crisis económica que vino acompañada en España de la crisis de las hipotecas y desahucios masivos, lo que propició la creación de la Plataforma de Afectados por la Hipoteca (PAH), un espacio de politicización y de acogida que muestra la capacidad multiplicativa de la acción en común.

Palabras clave: Crisis hipotecaria, burbuja inmobiliaria, derecho a la vivienda, acción directa, desahucios

Abstract

The article describes the historical moment of the economic crisis that was accompanied in Spain by the mortgage crisis and mass evictions, which led to the creation of the Platform of People Affected by Mortgages (PAH), a space of politicisation and welcome that shows the multiplicative capacity of common action.

Keywords: Mortgage crisis, housing bubble, right to housing, direct action, evictions.

Del periodismo internacional al consumo crítico

LAURA VILLADIEGO

Resumen

La autora, cofundadora de Carro de Combate, narra la experiencia de esta iniciativa. Carro de Combate nació en 2012 de la mano de dos reporteras que contaban historias similares sobre trabajo esclavo en puntos muy lejanos del planeta y que se unieron para relatarlo de forma conjunta y más.

Palabras clave: Consumo crítico, periodismo, cadenas productivas transnacionales

Abstract

The author, co-founder of Carro de Combate, narrates the experience of this initiative. Carro de Combate was born in 2012 from the hand of two reporters who told similar stories about slave labor in very distant points of the planet and who joined forces to tell it together and more.

Keywords: Critical consumption, investigative journalism, transnational production chains

ENSAYO

Yo, en Gaia; la ley moral, en mí

RAÚL GARROBO ROBLES

Resumen

Con la crisis ecológica extendiéndose extramuros y con la catábasis ecosocial en el umbral mismo de la aldea global humana, el Siglo de la Gran Prueba exige de nosotros una ética a la altura de nuestro tiempo, una simbioética fundada ontológicamente sobre la realidad empírica que es Gaia de conformidad con los conocimientos que las ciencias de la vida, en particular, y las ciencias naturales, en general, nos dispensan. ¡Lástima que, como tantas veces se nos ha dicho, una ética como esta —naturalista, de fines y material— sea incompatible con el formalismo kantiano! ¿O quizás no lo es? ¿Existe algún camino por el que una ética material y extramuros, como la simbioética de Jorge Riechmann, podría confluir con otra, deontológica y formal, a la manera kantiana?

Palabras clave: *Éthos, simbioética, Gaia, Jorge Riechmann, Immanuel Kant.*

Abstract

With the ecological crisis extending extramural and with ecosocial catabasis at the very threshold of the global human village, the Century of the Great Test demands of us an ethics at the height of our time, a symbioethics founded ontologically on the empirical reality that is Gaia, in accordance with the knowledge that the life sciences, in particular, and the natural sciences, in general, provide us. It's a pity that, as we have been told so many times, an ethics like this —naturalistic, of purposes and material— is incompatible with Kantian formalism! Or maybe it's not? Is there any path by which a material and extramural ethics, such as Jorge Riechmann's symbioethics, could converge with another, deontological and formal, in the Kantian manner?

Keywords: *Éthos, symbioethics, Gaia, Jorge Riechmann, Immanuel Kant.*

REFERENTES

E.P. Thompson y las identidades como clausura

XAVIER DOMÈNECH SAMPERE

Resumen

El autor selecciona y comenta un texto del historiador E.P. Thompson, que es la primera vez que se publica en español, sobre las identidades, su relevancia junto a sus peligros y la importancia de la acción política común que sea capaz de trascenderlas. El texto, de 1980, es hoy más actual que nunca.

Palabras clave: Clase obrera, acción común, identidades

Abstract

The author selects and comments on a text by E.P. Thompson, which is the first time it has been published in Spanish, on identities, their relevance alongside their dangers and the importance of common political action that is capable of transcending them. The text, dating from 1980, is more topical than ever.

Keywords: Working class, common action, identities

Pautas generales

- Los textos publicados en la revista deberán ser originales, sin que hayan sido publicados con anterioridad en otra fuente.
- Agradecemos que a la entrega del texto el autor incluya su nombre y dos apellidos completos y el cargo que ocupa o título universitario con el que desea aparecer en la firma del texto.
- Los artículos de la revista tienen una **extensión** en torno a las 3.500 palabras, sin sobrepasar las 4.000 palabras.
- El **tono** del texto debe ser divulgativo, no excesivamente especializado, sin que ello suponga restarle rigor y profundidad de análisis.
- Al principio del texto se incluirá un breve párrafo a modo de **resumen** (en castellano y en inglés) que no debe superar las 5 líneas de extensión, además de en torno a cuatro **palabras clave** (también en ambos idiomas).
- Los párrafos irán separados por una línea de blanco.
- Los **epígrafes** se marcarán en negrita, y los subepígrafes en cursiva (ambos sin numerar). Las subdivisiones del texto deberían limitarse exclusivamente a estos dos tipos anteriores.
- Los artículos **no** precisan de ir acompañados de bibliografía puesto que las **referencias bibliográficas** irán a pie de página en forma de nota.

Pautas específicas

- Las **siglas** y acrónimos deben ser mencionados en su versión completa solo la primera vez que aparecen en el texto. Ejemplo: Organización de Naciones Unidas (ONU). No deben llevar puntos entre las iniciales.
- Se usan las comillas **latinas** «»:
 - Para encerrar una cita textual, así como una palabra o expresión atribuida a otra persona.
 - Para encerrar los títulos de artículos de revista, capítulos de una obra u otros textos.
- Se usan las comillas **inglesas** „“:
 - Para dar a una palabra un sentido diferente del que tiene normalmente.
 - Para referirse a una palabra o expresión cuya connotación no se comparte (lo que se denominó la “nueva economía”).
 - Con sentido irónico o peyorativo (*su laboriosidad es “enviable”*: se levanta a mediodía).
- Se usan comillas **simples** (o semicomillas) “”: para entrecollar una o más palabras dentro de una frase que ya está entre comillas latinas e inglesas («..... „..... ‘.....’ »).
- Se empleará **cursivas**: para indicar énfasis y para palabras extranjeras. No se utilizarán en ningún caso las negritas y subrayados.
- **Citas**
 - Si tienen una extensión superior a los dos renglones, irán en párrafo aparte, en cuerpo menor, y con una línea de blanco por arriba y por abajo. Entrecolladas y correctamente identificadas en nota a pie de página.
 - Si tienen una extensión de dos renglones irán dentro del texto, entre **comillas** «» y correctamente identificadas en nota a pie de página.
- **Notas**
 - Las notas irán a pie de página y numeradas correlativamente. La llamada dentro del texto irá siempre después del signo de puntuación: Ej.: [...] la transformación del capitalismo.¹
 - **Libros o informes**
Maria Mies y Vandana Shiva, *Ecofeminismo: teoría, crítica y perspectivas*, Icaria, Barcelona, 2015, pp. 196-197.
 - **Capítulos de libros**
Jorge Riechmann, «Para una teoría de la racionalidad ecológica» en Santiago Álvarez Cantalpiedra y Óscar Carpintero (eds.), *Economía ecológica: reflexiones y perspectivas*, Círculo de Bellas Artes, Madrid, 2009.
 - **Artículos en revistas**
Eduardo Gudynas, «Extractivismos: el concepto, sus expresiones y sus múltiples violencias», *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global*, núm. 143, 2018, pp. 61-70.
 - **Páginas web o artículos de prensa en línea**
Douglas Rushkoff, «La supervivencia de los más ricos y cómo traman abandonar el barco», ctxt, 1 de agosto de 2018, disponible en: <https://ctxt.es/es/20180801/Politica/21062/tecnologia-futuro-ricos-pobres-economia-Douglas-Rushkoff.htm>
 - **Para una referencia utilizada con anterioridad, usar la fórmula:**
Cristina Carrasco, *op. cit.* [Si se ha citado más de la misma autoría, añadir año de publicación].
 - **Si la referencia es citada en la nota inmediatamente anterior, usar *Ibidem*.**
- Todos los textos serán editados una vez recibidos para adecuarlos a los criterios y formato de la revista. En caso de que tengamos dudas nos pondremos en contacto con el autor para aclararlas.

PAPELES

DE RELACIONES ECOSOCIALES Y CAMBIO GLOBAL

EDICIÓN IMPRESA

	Precio de la suscripción (4 números)	Precio un ejemplar
España	32 euros	12 euros
Europa	54 euros	22 euros
Resto del mundo	56 euros	24 euros

EDICIÓN ELECTRÓNICA

Precio de la suscripción (4 números)	Precio un ejemplar
16 euros	5 euros

COMPRAS Y SUSCRIPCIONES

- ✓ A través de la librería electrónica
<https://www.fuhem.es/libreria/>
- ✓ a través de nuestro correo electrónico
publicaciones@fuhem.es
- ✓ Llame al teléfono
91 431 02 80

